

Gloria Bendita

Norma Estrella

Serie
**Como
cabras**

1



Gloria bendita

Norma Estrella

Como Cabras 1

«Si vamos a acabar todos locos, que sea de amor»

Índice

[Sinopsis](#)

[Nota previa de la autora](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[Epílogo](#)

[Próximamente](#)

Sinopsis

Gloria se siente abrumada, ya que 2020 le está resultando demasiado intenso. Pensaba que odiaba su trabajo, pero se desespera al perderlo; de los hombres, mejor no hablar, y una pandemia se ha llevado lo que más quería: a su abuela. Cuando realiza los trámites para enterrarla en su pueblo natal, se entera de que unas inundaciones se han llevado medio cementerio por delante. Si quiere cumplir la última voluntad de su abuela, deberá antes reconstruirlo.

Las complicaciones siguen llamando a la puerta de Gloria, igual que Quim, recién llegado al pueblo con el mismo objetivo que ella y que se convierte en un inesperado compañero de confinamiento. Y por si todo esto fuera poco, el pasado regresa para poner en orden unos cuantos asuntos pendientes.

Si notas que te falta el aire, vente a La Munia del Risco. ¡Es gloria bendita!

Nota previa de la autora

Querido lector, lectora:

Esta novela está situada en 2020 y en ella hablo de la covid-19. No es el tema principal, pero sí una circunstancia que lo marca todo. Doy gracias por no haber perdido a ningún familiar cercano y lamento tu pérdida si la enfermedad te ha arrebatado a algún ser querido. La pandemia nos ha quitado muchas cosas, pero el ser humano siempre se ha refugiado en el humor como escudo contra el miedo. Espero que no nos quite ese refugio.

He procurado abordar la escritura con respeto y cariño, como siempre, pero si el tema te afecta de manera directa, tal vez lo mejor será que no sigas leyendo. Por suerte, tengo compañeras maravillosas que escriben historias muy bonitas, situadas en todas las épocas.

Si decides seguir adelante, espero que la historia de Quim y Gloria te despierte sonrisas y algún suspiro. Deseo que te sientas como en casa en La Munia del Risco, un pueblo que sólo existe en mi cabeza, pero que probablemente te recordará a muchos otros. Ojalá no desaparezcan nunca, porque sin ellos somos todos mucho más pobres y nos sentiremos mucho más perdidos.

Sin más, retrocedemos en el tiempo al oscuro mes de marzo de 2020. Te dejo con ellos.

Barcelona, marzo de 2020

—Pero, ¿ha cerrado la llave de paso del agua? —preguntó Gloria mientras revisaba el expediente en la pantalla del ordenador del *call center*.

—La cerré, pero la volví a abrir porque tenía que ducharme.

—Entonces, ¿cómo quiere que no le siga cayendo agua a la vecina?

—¿Cómo lo quiero? ¡Lo quiero ya! ¡Es la tercera vez que llamo! Esto es una vergüenza. ¿Para qué pago un seguro si no vienen cuando lo necesito?

—He pasado la petición, señora Rodríguez. Un operario se pondrá en contacto con usted antes de setenta y dos horas.

—¡Y dale con las setenta y dos horas! Lo mismo me dijeron cuando llamé hace tres horas. ¿Es que no pasa el tiempo en su oficina?

Gloria miró el reloj que colgaba de la pared y contuvo un suspiro. No, el tiempo parecía no pasar.

—Sí, por supuesto que pasa, señora Rodríguez. Me refería a setenta y dos horas desde la primera llamada. Le recomiendo que vuelva a cerrar la llave de paso hasta entonces.

—¡Ya, claro! Ahora me vais a echar la culpa por no haber cerrado el agua, ¿no? ¡Nada de escaquearse, ¿eh?, que os tengo calados!

—No, descuide. Su póliza cubre los desperfectos por agua, pero si cierra la llave de paso, su vecina dejará de quejarse.

La señora Rodríguez se echó a reír.

—¿Mi vecina? Ésa solo dejará de quejarse el día que se muera. Si no es el agua, es porque taconeó o porque riego las plantas. —Resopló—. ¡Qué pesada es!

Gloria sintió lástima de la vecina de la señora Rodríguez. Su vecina de arriba también taconeaba siempre que estaba en casa, ya fueran las siete de la mañana o las doce de la noche. Si no fuera porque adoraba su pisito, desde el que podía ir al trabajo andando, ya se habría mudado a la casa pareada de Alejandro, su novio, aunque sólo fuera por no volver a oír los zapateados de Rosita, la taconera, como llamaba a su vecina.

—¿Puedo ayudarla en algo más, señora Rodríguez?

—De momento no me has ayudado en nada.

Gloria se mordió el labio inferior y cerró los ojos para contenerse.

—Pronto la llamarán, ya verá.

—Cuando lo vea, me lo creeré.

—Buenos días, señora Rodríguez.

—Serán para ti —replicó la cliente y Gloria suspiró aliviada cuando colgó el teléfono.

Alargó la mano para dar un trago de agua antes de que entrara la siguiente llamada, pero no le dio tiempo a desenroscar el tapón del botellín. Debía responder antes del quinto timbrado o su cuota de productividad bajaría.

—Área de seguros, le atiende Gloria Ariza, dígame.

—¡Agua! ¡Cae agua por la pared de la cocina! Se han caído dos baldosines. ¡Y debajo está el horno!

—Tranquilo, señor... ¿Puede decirme su nombre y número de carnet de identidad?

—¿Le digo que cae agua y que puede llegar a un cable y se pone a pedirme el DNI? ¿Quiere que me lo ponga en la boca también?

Gloria inspiró hondo, dio un trago de agua y contó hasta cinco.

—¿Comemos juntas? —le propuso Alma, su compañera de cubículo. A pesar de que, en teoría, la normativa de emergencia establecía que debía dejarse un metro y medio de distancia de seguridad entre teleoperadores, en realidad seguían tan pegadas como siempre.

Gloria asintió con ganas.

La compañera de Gloria era una mujer de cincuenta años, veinte más que ella. Llevaba años empalmando contratos temporales en la empresa, de la que siempre despotricaba, aunque al mismo tiempo daba las gracias por haber encontrado trabajo allí. Gloria llevaba dos años y estaba más que harta, pero era lo único que había conseguido. Era eso o trabajar en el supermercado de Alejandro y, aunque el trabajo de cajera no le desagradaba, se resistía a trabajar bajo las órdenes directas de su novio.

Él aseguraba que tenían la relación perfecta: vivían cada uno en su casa de lunes a viernes y se veían los fines de semana, de viernes noche a domingo por la mañana. Aunque a ella se le hacía corto, Alejandro decía que era una situación inmejorable, porque así siempre se quedaban con ganas de más y no se cansaban el uno del otro.

Los domingos él comía con su familia y ella con su abuela, en la residencia donde estaba ingresada. Por las tardes Gloria se dedicaba a planchar y preparar menús para comer durante toda la semana, mientras trataba de alejar a escobazos la sensación de que algo no iba bien en su vida.

Durante la pausa del mediodía, Gloria se comió la ensaladilla de pasta directamente del tupper, mientras comentaba con su compañera el contenido del artículo de una revista de cotilleos, en el que se daban trucos para reavivar la vida de pareja.

—Es que mi costillo está en una edad muy tonta —admitió Alma—. Su padre murió de un infarto a la misma edad que tiene él ahora y lo lleva regular tirando a fatal. Si le doy una de estas sorpresas, igual no lo cuenta. Y es un poco pelma, pero le tengo cariño.

Gloria sonrió. Por lo que le contaba su compañera, el marido de Alma le parecía un tipo encantador, hipocondríaco y cargado de manías, pero que nunca escatimaba demostraciones de amor hacia su mujer, algo que echaba de menos.

—¡Pero tú sí puedes hacerlo! —la animó Alma. ¿No te habías comprado un conjunto nuevo de lencería? ¿Con liguero y todo?

—Sí, pero lo guardaba para su cumpleaños.

Alma sacudió la cabeza.

—Cualquier día de estos nos confinan en casa y te quedas sin poder darle su regalo hasta dentro de dos meses, o tres, o hasta que encuentren una vacuna. ¡Hay que vivir al día, ahora más que nunca!

Gloria siguió comiendo, pero no dejó de darle vueltas al tema durante el resto de la jornada. Unas horas más tarde, satisfecha porque el perito se había puesto en contacto ya con la señora Rodríguez, salió de la empresa junto a cientos de personas más y agradeció poder volver a casa andando, ya que el metro se había convertido en un lugar donde todo el mundo se

miraba con desconfianza y trataba de no rozarse con nadie, lo que era imposible y muy frustrante.

Al pasar por delante del supermercado, vio colas para entrar y se fijó en que casi todo el mundo salía con paquetes grandes de papel higiénico.

«¿Para qué querrán tanto papel de wáter? Que yo sepa, el virus nuevo provoca tos y fiebre, pero no han dicho nada de diarreas, ¿no?»

Por la mañana había oído a un presunto experto en la radio diciendo que no hacía falta ponerse mascarillas, que había que lavarse mucho las manos. Pero al llegar a casa, se encontró a la vecina de enfrente, que abrió la puerta al verla llegar y que la riñó por ir sin mascarilla por la calle.

—Mira los chinos —le dijo—. No verás ni un chino sin mascarilla. Ellos saben más que el gobierno, porque les llegan la información directa de Wuhan. ¡Vete a comprar una mascarilla ahora mismo! ¡No quiero que te mueras!

Asegurándole que se compraría una, entró en casa, dejó la ropa en el suelo de la cocina y fue a ducharse. Lo que peor llevaba del virus nuevo era que nadie parecía saber nada. Trataba de informarse, pero lo único que conseguía era una opresión en el pecho. Suponía que era ansiedad, aunque no pensaba ir a su psicóloga, la doctora Gallego, a que se lo confirmara, porque no podía tomarse la baja. Aunque por supuesto no era oficial, todo el mundo sabía que cuando alguien se tomaba una baja, no volvía a trabajar en la empresa.

Le dejó una nota de voz a Alejandro, preguntándole cómo le había ido el día y, al ver que no respondía, volvió a darle vueltas a la idea de Alma. Buscó el conjunto de lencería negra y se lo probó. Era martes y quedaba mucho para el viernes. Además, los rumores sobre un posible confinamiento no dejaban de crecer. Al ver a la gente encerrada en China, se había horrorizado, pero tenía la sensación de que era algo que quedaba muy lejos. Sin embargo, la Lombardía había seguido su ejemplo. Italia estaba demasiado cerca para pensar que algo así no podía pasar en España.

«¿Cuándo fue la última vez que hiciste una locura?», se preguntó y tuvo que remontarse muy atrás para recordar alguna, a su época de estudiante de secundaria, antes de conocer a Alejandro.

Se puso una gabardina encima del conjunto, unos zapatos de tacón y se dirigió a la estación de Sants que, por suerte, estaba muy cerca de su casa, porque no estaba acostumbrada a caminar con tacones. Faltaba un cuarto de

hora para que saliera el tren que llevaba a Vilanova. Al ver que mucha gente llevaba mascarilla, se acercó a la farmacia de la estación a preguntar.

—No, lo siento, no nos quedan. Ni guantes, ni solución hidroalcohólica. Las únicas mascarillas que hemos encontrado son FFP2.

—Ah, pues una de éstas —replicó, aunque el nombre le sonaba a chino.

—No han llegado. Si quieres te apunto en la lista de espera, pero valen cincuenta euros.

—¿Perdón? —Gloria abrió mucho los ojos—. ¿Son de Channel o qué?

La farmacéutica hizo una mueca que Gloria reconoció. Era la mueca de alguien que llevaba todo el día repitiendo las mismas palabras y estaba más que harta.

—Es que van muy buscadas.

—Ya, lo entiendo. Gracias igualmente.

Bajó al andén, tapándose la nariz y la boca disimuladamente con el pañuelo que se había puesto al cuello para que no se notara que no llevaba nada más debajo de la gabardina. Sería muy sexy, pero ella no estaba acostumbrada a esas cosas.

Aunque al subir al tren no encontró sitio donde sentarse, en l’Hospitalet bajó alguien y pudo hacerlo. Revisó el teléfono y vio que Alejandro le había respondido.

«Un día agotador. Voy a prepararme un caldito y a dormir.»

Gloria bajó la vista hacia la gabardina y vio que se le estaba abriendo, dejando al descubierto la liga y las medias negras. Su vecino de enfrente se había dado cuenta antes que ella y no perdía detalle. Ésa era la reacción que esperaba despertar en Alejandro. Por una mirada así, daría el viaje por bien empleado.

Media hora más tarde, inspiró hondo antes de llamar al timbre de la casa pareada de su novio. Alejandro era gerente en un supermercado perteneciente a una gran cadena internacional. Últimamente, tenía más trabajo que nunca, pero esperaba que su visita sirviera para relajarlo y motivarlo en aquel mes de marzo tan tenso y oscuro.

Llamó al timbre de la verja y esperó, pero al ver que se acercaba un hombre, se puso nerviosa y usó su propio juego de llaves. Mientras subía los cinco escalones que separaban la terraza de la puerta de la casa, empezó a dudar. Quería darle una sorpresa pero, ¿y si la sorpresa se la llevaba ella?

¿Qué haría si entraba y se lo encontraba con otra mujer? ¿O con un hombre?

«¿Quieres dejar de pensar tonterías?»

Llamó al timbre de la casa y al ver que tampoco respondía, abrió la puerta y entró.

—¿Alejandro? —preguntó. La luz de la cocina estaba encendida, pero él no estaba allí.

Tras revisar toda la planta baja, subió al primer piso y entró en el dormitorio, con el corazón desbocado. Y aunque en segundos su imaginación le presentó un catálogo de imágenes lujuriosas, con todo tipo de parejas y todo tipo de posturas, Alejandro tampoco estaba ahí.

Por un instante se preocupó, pero enseguida se relajó al oír un chapoteo en el baño de la habitación. Sonriendo, se acercó a la puerta. La cosa pintaba bien.

Dio un par de golpes en la puerta y la abrió.

Allí estaba Alejandro, relajado en la bañera, con cascos en los oídos y una mascarilla de gel helado sobre los ojos.

Sintiéndose culpable por haber dudado de él, se acercó a la bañera, dispuesta a compensárselo. Inclinandose sobre él, le pellizcó el dedo gordo del pie.

—¡Aaaaaaaah!

La cara de terror de Alejandro y su grito desgarrado hicieron que Gloria diera un brinco hacia atrás y se torciera el tobillo.

—¡Aaaaaaaah! —gritó ella, de dolor, pero también del susto.

—Gloria, ¿qué haces aquí? —Alejandro se sentó, con una mano en el pecho.

Ella soltó una risita nerviosa y colocó un pie delante del otro, adoptando la pose sexy que había visto en la revista.

—He pensado que te vendría bien relajarte tras una dura jornada, vaquero —dijo, tan seductoramente como pudo, aunque el tobillo había empezado a latirle como si el corazón se le hubiera desplazado allí.

Durante el trayecto en tren había tenido tiempo de imaginarse distintas reacciones de Alejandro. Se lo había imaginado abriéndole la puerta de la calle, tirando de ella y empotrándola contra la puerta. Se lo había imaginado también invitándola a entrar con una sonrisa cansada pero feliz, abriendo una botella y brindando con ella por la vida y por las sorpresas. Incluso

había tenido tiempo de rendirse a las inseguridades e imaginárselo poniéndole los cuernos, pero ni por un momento se lo imaginó mirándola así, con miedo y desconfianza, como si... como si temiera que le contagiara algo.

—Ale, ¿por qué me miras así?

Él se levantó, cogió la toalla y se la enroscó a la cintura.

—Gloria, iba a avisarte el jueves... —dijo, secándose los pies con otra toalla.

Ella frunció el ceño.

—¿Ibas a avisarme de qué?

—Salgamos fuera. Este espacio es muy pequeño, no permite mantener la distancia de seguridad.

«Vamos, que de follar ni hablamos, ¿no?», comentó su cerebro, con ironía. Estuvo a punto de decirlo en voz alta, pero pocas veces había visto a su novio con tan pocas ganas de bromear, y eso era decir mucho, porque nunca había sido la alegría de la huerta.

En el dormitorio, Alejandro se puso un grueso albornoz y unas zapatillas y se dirigió a la terraza.

Gloria dirigió una mirada hacia la cama y suspiró.

—Ale, ¿no crees que estás exagerando? —le recriminó, siguiéndolo al exterior. La temperatura no era excesivamente fría para un mes de marzo, pero se estaba mejor dentro.

—Creo que no eres consciente de lo que se nos viene encima.

—Bueno, por eso he venido, por si nos confinan.

Él suspiró hondo.

—Mira, Gloria, por lo que me has contado, en tu trabajo no se cumplen las medidas de seguridad y yo ahora no puedo arriesgarme a que me contagies. El gobierno ha declarado los supermercados servicios esenciales. Me paso el día asegurándome de que todo el mundo cumple con las normas de seguridad: distancia, higiene, mascarillas, alcohol...

—¡Yo también cumplo las medidas! —se defendió ella, pero Alejandro la interrumpió.

—¿Ah, sí? ¿Has venido con mascarilla en el tren? —Ella negó con la cabeza—. ¿Te has quitado los zapatos al entrar en casa? —Gloria bajó la vista y se arrepintió de haberse puesto los tacones—. No hace falta que respondas.

—Yo... Quería darte una sorpresa. ¿Quién sabe si podremos celebrar juntos tu cumpleaños?

Alejandro perdió la paciencia.

—Pero, ¿cuándo vas a madurar, Gloria? Tienes casi treinta años.

Ella resopló.

—No hace falta que me lo recuerdes, ¿eh? Bastante pena tengo.

Alejandro le regaló una nueva mirada que se unió a la colección de miradas horribles que le estaba dirigiendo desde que había entrado en el baño. A las miradas de miedo, de rechazo y de exasperación, se unió ahora la de hartazgo.

—Gloria, cumplir años es bueno. La juventud está sobrevalorada. Quiero llegar a viejo, jubilarme y vivir en paz, pero no lo conseguiré si vienes a mi casa y la llenas de virus.

—¡Oh! —Gloria sintió que le daba una bofetada. Le dolía el tobillo. Quería sentarse y ponerse hielo, pero no quería ver la cara de repugnancia de Alejandro si se sentaba en sus muebles o tocaba su nevera. No podría soportarlo.

—Respetar mi salud y respetar la de los demás —siguió diciendo él, y Gloria tuvo la sensación de que le estaba soltando el mismo sermón que a las cajas de su supermercado—. Nada de venir sin avisar. De hecho..., lo mejor será que no volvamos a vernos hasta que hayan encontrado la vacuna para el virus.

Gloria se quedó boquiabierta unos instantes.

—Pe... pero si han dicho que igual tardan un año, ¡o dos!

Él asintió con solemnidad.

—Así es. Y mientras tanto cruzarse con alguien es una ruleta rusa.

—¿No crees que estás exagerando?

Alejandro le señaló la puerta.

—No, no lo creo, y te agradecería que te marcharas.

—¿Me vas a hacer volver a Barcelona a estas horas?

—Yo no te he pedido que vinieras —respondió él, y por mucho que lo buscó, Gloria no encontró ni rastro de amor en sus ojos.

—Ya veo —susurró. Entró en la habitación y se dirigió a la puerta, tratando de no cojear. Cuando alargó la mano, él la llamó:

—¡Gloria!

Y por un instante, se imaginó que le pedía perdón, se arrodillaba ante ella y le rogaba que superaran los malos momentos juntos. Se volvió hacia él, esperanzada.

—¿Sí?

—No toques el pomo; usa el codo para abrir la puerta.

Gloria lo vio todo rojo. Tenía ganas de llorar y de gritar al mismo tiempo. Sintió el impulso de pasar la lengua por el pomo de la puerta y de chuparle el cepillo de dientes, pero no tenía ganas de que volviera a llamarla inmadura. Con la respiración alterada y los puños apretados le dijo:

—Pues no pienso esperar dos años a que todo esto acabe para volver a verte.

Él alzó una ceja.

—¿Me estás dejando?

No había sido ésa la intención de Gloria. Lo que había tratado de decirle era que quería verlo antes, pero en los ojos de Alejandro leyó algo inesperado: alivio. Y supo que, si no lo dejaba ella, la dejaría él. Y además de romperle el corazón, le haría añicos el orgullo.

—Sí, te estoy dejando. No te preocupes, no volveré a contaminarte la casa. —Agarró el pomo con todos los dedos y abrió la puerta—. ¡Ah! —Se volvió hacia él por última vez—. Y no sufras por no llegar a viejo. ¡Naciste viejo!

—¡Pst, pst!

Gloria dejó de mirar por la ventanilla del tren al oír el molesto y persistente ruido. Se volvió hacia su vecino de enfrente y al instante deseó no haberlo hecho.

—¿Cuánto? —le susurró el tipo, que le estaba mirando las piernas con lujuria.

Gloria cerró los ojos, sabiendo que no le estaba preguntando cuánto faltaba para llegar a Barcelona. Ruborizándose, incomodísima, se levantó. Al ver que el tipo la imitaba, se volvió hacia él con rabia.

—¡Ni se le ocurra seguirme!

Sin escuchar lo que refunfuñaba el hombre, se dirigió a la plataforma más cercana, para bajar del tren en cuanto llegaran a Sants. En la puerta de la estación recibió un par de proposiciones parecidas. Cuando abrió la puerta de su casa por segunda vez ese día, no pudo más y lloró todas las lágrimas que había aguantado hasta ese momento.

Sentada en el suelo de la cocina, cogió una bolsa de ensaladilla congelada y se la puso sobre el tobillo mientras seguía llorando. Por muy dolorida y desanimada que estuviera, al día siguiente tocaba volver al trabajo.

Al oír que le entraba un mensaje en el WhatsApp, no pudo resistir la tentación y lo abrió. Como solía decirse, la esperanza era lo último que se perdía y durante el viaje de vuelta a casa Gloria había tenido tiempo de plantearse muchas cosas. Sus padres habían muerto de la misma afección pulmonar tras trabajar muchos años en una fábrica. No tenía hermanos ni primos. Adoraba a su abuela, a la que le debía —entre otras muchas cosas— el nombre, pero con la abuela Gloria no podía irse de vacaciones una semana en verano, ni ir a conciertos durante la fiesta mayor ni pegarse un revolcón entre las sábanas los fines de semana, es decir aquellas cosas que hacían que tuviera la sensación de que era una persona con una vida, y no una pieza en un engranaje. Estaba muy enfadada con Alejandro, pero le daba pánico quedarse sola y más en una situación tan rara y desconocida como la que estaban viviendo.

Se desanimó un poco más al ver que no era él quien le escribía; era Alma. Sin ganas de revivir el fiasco de las últimas horas, dejó el mensaje sin abrir. Al no ver la foto de Alejandro en su contacto —trajeado, frente al panel de honor de la empresa—, frunció el ceño.

Al principio lo achacó a que veía borroso por las lágrimas. Luego pensó que él, en un impulso, había decidido cambiarse la foto de perfil, pero pronto tuvo que admitir que Alejandro no era una persona impulsiva. No lo había visto nunca cambiar la foto por darse el gusto, ni siquiera durante las vacaciones. La cambiaba cada vez que obtenía un ascenso y así habían sido siempre las cosas.

Hasta ese día.

Al parecer, Gloria había logrado que su cuadrulado novio hiciera algo espontáneo e inesperado: la había bloqueado.

Con la cabeza hundida entre las rodillas, trató de respirar lentamente, pero no pudo. La ansiedad estaba ganando la partida. Rosita la taconera eligió ese momento para recorrer la cocina arriba y abajo con su energía habitual y Gloria perdió la poca cordura que le quedaba.

Formando una pistola con dos dedos, empezó a disparar al techo, siguiendo el ruido de los tacones de la vecina.

—¡Es que no lo entiendo! —le gritó al techo—. Yo tengo los pies destrozados por haber andado un rato con estos zapatos del demonio y tú taconeando por casa por gusto, ¡tía loca! Han inventado las zapatillas, ¿no te has enterado? Son comodísimas, ¡el mejor invento de la humanidad!

Como Rosita seguía taconeando con más ímpetu que Sara Baras, Gloria alargó la mano, cogió la escoba que guardaba en el hueco que quedaba entre la nevera y la pared y volvió a apuntar al techo.

Imaginándose que era una ametralladora, disparó un buen rato, haciendo el ruido de las balas con la boca. En su mente alterada no quedó un centímetro por agujerear.

Cuando no pudo más, se quedó quieta, tratando de normalizar la respiración, pero no lo consiguió. Mareada, se levantó con cuidado y se preparó una tila doble. Se la tomó con dos pastillas de hierbas para ayudarla a conciliar el sueño y se metió en la cama, donde dormía siempre con dos almohadas, una para apoyar la cabeza y otra para tener algo que abrazar. Y con una gran incertidumbre y un nudo en el estómago, lloró durante mucho rato, hasta quedarse dormida.

—Rubén, ¡no me líes!

—No te lío, Glori, preciosa. Sabes que eres mi operaria favorita.

—¡Rubén! Tienes que acabar hoy de poner el suelo en Sabadell. Mañana a primera hora te esperan en Badalona.

—Que no puedo, amor. Me he quedado doblado. La mujer tiene unos muebles macizos que pesan como muertos. He tenido que moverlos yo solo y me he quedado hecho un cuatro. Tengo que ir a casa a tumbarme con dos antiinflamatorios y una bolsa de agua caliente. Llama a la señora de Badalona y dile que iré el lunes.

—¿Cómo que el lunes? ¿Por qué no vas el viernes?

—El viernes no puedo. Tengo que ir a otro sitio, a acabar una cosa que dejé a medias la semana pasada.

Gloria frunció el ceño.

—¿Te dejaron pasar a otra casa con el expediente abierto?

—No, no, el expediente está cerrado, pero la señora dijo que con el parque nuevo del comedor, el del pasillo se ve muy viejo, y que si podía cambiárselo, ya sabes, así, entre nosotros...

—¡Pero Rubén!

—Venga, Glori, no seas así, que la cosa está muy jodida y necesito la pasta.

Ella inspiró hondo. Sabía que las cosas estaban difíciles para todos. Los parquetistas, fontaneros y pintores que trabajaban para la empresa eran autónomos y se buscaban otros trabajos con los que complementar las ajustadas tarifas que les pagaba la aseguradora, pero no solían hablar de ello tan abiertamente.

—Pero podrías ir el sábado, ¿no? Y así no haces esperar a la señora de Badalona hasta el lunes.

—¿El sábado? Imposible. El crío tiene partido. ¿Quieres que me mate la Yoli?

—Mira, Rubén, ¿es que ni te molestas en ponerme excusas un poco curradas!

—Con las demás me las curro un poco más, es verdad, pero contigo no hace falta. Eres buena gente; sé que no me vas a hacer la pirula.

Gloria resopló.

—Mira, yo contigo no puedo. Me rindo. Pero el lunes a las nueve te quiero en Badalona. ¡Ni una excusa más!

—Yo también te quiero, Glori. ¡Cuídate!

Ella sacudió la cabeza, sonriendo. Rubén le tomaba el pelo como quería, pero siempre le sacaba una sonrisa y cada vez las valoraba más.

—Ese Rubén un día se va a meter en un lío —comentó Alma, a su lado.

Gloria se encogió de hombros.

—Tal vez, o tal vez no. A mí me da mucha envidia. Ojalá pudiera ser como él y no estar siempre sufriendo por todo. —Suspiró—. Voy a avisar a la señora de Badalona. Si oyes gritos, tranquila.

Pero la llamada tuvo que esperar porque los teléfonos de las dos teleoperadoras sonaron a la vez avisando de nuevas averías. A veces a Gloria le parecía que el mundo hacía aguas por todos lados, pero le gustaba tener la sensación de que hacía algo por contener los escapes. Aunque Alejandro no lo entendía, le gustaba su trabajo porque le gustaba ayudar a la gente. Y en esos momentos se alegró mucho de no trabajar a sus órdenes. Si como novio dejaba mucho que desear, como ex tenía que ser una pesadilla.

Cuando le sonó el móvil, lo primero que le vino a la cabeza fue que Alejandro la llamaba para disculparse por el calentón y para pedirle que el viernes fuera a su casa, pero no era él; era la residencia donde vivía su abuela desde hacía dos años. Inquieta, fue al lavabo para no tener que esperar hasta el mediodía para atender la llamada.

—Soy la nieta de Gloria Santacana. ¿Me habéis llamado?

—Ah, sí. —El resoplido de la persona que atendió el teléfono no auguraba nada bueno. Gloria lo conocía porque a ella misma se le escapaba cada vez que llamaba a alguna casa para avisar de que el

fontanero/paleta/pintor no se presentaría el día esperado—. Me temo que su abuela está enferma.

Gloria sintió que los pulmones se le paralizaban y no entraba ni salía aire de ellos.

«Calma, cálmate, Gloria.»

—¿Es el azúcar? —logró preguntar—. ¿Se ha descompensado?

—No hay diagnóstico porque no tenemos tests, pero podría ser gripe o...

Gloria se sentó en la taza del wáter, porque las piernas no le aguantaban.

—¿Tiene coronavirus? El domingo me dijeron que no había ningún caso en la residencia. ¡Me dijeron que se estaban cumpliendo todas las medidas de precaución! —Aunque empezó hablando en un susurro, acabo gritando.

—Ni se imagina cómo ha cambiado esto desde el domingo —admitió la recepcionista.

«Si ha cambiado tanto como mi vida, me hago una idea.»

—Voy a buscarla ahora mismo.

—No venga, no la dejarán pasar.

—¿Perdón?

—No puede entrar ni salir nadie hasta nuevo aviso.

Gloria se levantó y abrió la puerta del cubículo porque le faltaba el aire.

—Pues dígame a qué hospital van a llevarla. Iré a verla allí.

La recepcionista suspiró.

—Estamos intentando que venga una ambulancia a llevarse a los enfermos, pero no nos han confirmado ninguna.

Gloria recorrió el lavabo de señoras sin darse cuenta de las miradas de miedo que la seguían. Nadie quería reconocerlo porque nadie quería quedarse sin trabajo, pero todo el mundo estaba asustado ante ese enemigo que no se veía pero que se estaba colando por todos los rincones.

Pasó por su silla, cogió el bolso y se dirigió a la salida sin despedirse, sin ver, sin oír nada.

La residencia estaba situada en el otro extremo de la ciudad, por lo que tomó el metro. Una vez dentro, se dio cuenta de que la cantidad de gente que llevaba mascarilla había aumentado mucho desde la última vez que lo usó. Se había metido un buff —una braga de cuello— en el bolso antes de salir de casa. La buscó y se la puso, sintiéndose mal por las miradas de sus compañeros de vagón. Era una sensación rara, desconocida, que no le

gustaba nada. Cuando una mujer estornudó, las personas que iban sentadas a su lado se levantaron y se alejaron, dejándola sola.

«¿Qué le está pasando al mundo?»

Gloria salió del metro con una gran sensación de ansiedad y ahogo, que no hizo más que aumentar a lo largo del día.

Tal como le había advertido la recepcionista, no la dejaron entrar en la residencia. Más parientes de ancianos ingresados fueron llegando a la puerta del edificio. Ante la falta de información, los rumores se impusieron. Y cuando alguien aseguró que estaban llevando a los pacientes a escondidas al hospital Vall d'Hebrón, Gloria y unas cuantas personas más se dirigieron hacia allí, andando, ya que no quedaba lejos.

Si la entrada de la residencia le había parecido un caos, el estado del hospital era mucho peor. Había estado allí muchas veces. Durante los últimos años su abuela había ingresado tras romperse la cadera, para una operación de vesícula y para varias transfusiones cuando las plaquetas le hacían el tonto. Aunque había rincones donde se notaba la falta de inversión y mantenimiento, el trato de los profesionales siempre había sido cercano y muy humano.

Pero los sanitarios que vio iban vestidos de un modo rarísimo, con trajes de plástico, mascarillas y una especie de pantallas de soldador en la cara. Gloria tuvo la sensación de haber entrado en una película apocalíptica, en la que acabara de explotar una central nuclear o algo parecido.

Todo el mundo estaba nerviosísimo, andando deprisa de un lado a otro sin saber adónde iban, exigiendo información sin saber quién la tenía.

Cuando, tras hacer una larga cola, logró hablar con una recepcionista que le confirmó que su abuela no estaba allí, Gloria regresó a la puerta de la residencia, llorando.

Echaba terriblemente de menos a Alejandro. No era divertido ni romántico, pero en situaciones como aquella, era la compañía perfecta. Siempre sabía lo que había que hacer y nunca perdía la calma. Sentada en un banco, frente a la entrada vallada de la residencia, volvió a buscar su contacto, pero seguía sin estar.

«¿Por qué tenías que bloquearme, capullo?»

Se juró que no lo llamaría por nada del mundo, pero al cabo de dos horas, no pudo más. Buscó el número del supermercado en internet y llamó.

—¿Podría avisar a Alejandro Paredes?

—¿Quién lo llama?

—Soy su... —Gloria maldijo en silencio—. Soy Gloria Ariza. Dígale que es muy importante.

—Un momento.

Gloria se levantó del banco y caminó por la acera, arriba y abajo, tratando de controlar la respiración.

—¿Señora Ariza? —No era Alejandro, era la persona que la había atendido hacía un momento.

—Sí.

—Lo siento, pero no puede ponerse.

Gloria cerró los ojos y se tragó el orgullo una vez más antes de decir:

—Insista, por favor. Es una emergencia familiar.

La mujer resopló.

—Lo intento.

Esta vez, Alejandro se puso al teléfono, aunque su tono de voz, seco y agresivo, sólo sirvió para hacerla sentir peor.

—Gloria, estoy trabajando. De mí depende que no falten productos esenciales en los hogares españoles; no puedo estar pendiente de tus juegucitos de despechada.

—No son juegucitos. ¡Mi abuela está enferma y no me dejan verla!

El silencio de Alejandro le dio esperanzas. ¿Reaccionaría al fin?

—¿Tiene...

—No lo sé. No tienen tests.

—Pues están haciendo lo que hay que hacer —respondió él, casi sin expresión—. Mantenerla aislada.

Gloria miró a su alrededor, sin ver nada.

—Pe... pero es mi abuela. Me necesita. ¡Seguro que está preguntando por mí!

Alejandro chasqueó la lengua.

—No sé qué pretendes que haga yo, Gloria.

—¡Ayúdame, por favor! Ven, seguro que a ti te escuchan y te dejan entrar.

Él contuvo el aliento un instante.

—¿Quieres que baje a Barcelona y me meta en una residencia de ancianos infectada? ¿Te has vuelto loca? ¿Cómo tengo que decirte que el gobierno nos ha declarado servicios básicos?

A Gloria le pareció que se le llenaba la boca cada vez que lo repetía, como si el presidente de los Estados Unidos en persona le hubiera encomendado la defensa del planeta contra un ataque alienígena. Sabía que su trabajo era importante, y no sólo durante una epidemia de gripe rara, sino siempre, pero ¿tanto como para apartarla de su vida de manera tan brusca y radical? No podía entenderlo. ¿Acaso él no echaba de menos alguien en quien poder descargar las tensiones y los miedos por todo lo que estaba pasando?

—Pero ¿tú estás bien, Ale? ¿No me echas de menos? —Gloria se tapó la boca, pero ya era tarde—. ¡Perdón, perdón, se me ha escapado!

La respuesta del que, hasta hacía un par de días, pensaba que era el hombre con quien iba a compartir alegrías y penas hasta que la muerte los separara, le heló el alma.

—No, no te echo de menos; no tengo tiempo para tonterías.

Dos horas más tarde, Gloria seguía sentada en el mismo banco. Algunos parientes se habían marchado, pero habían llegado otros. Cuando sonó el teléfono, pensó que sería Alejandro, que llamaba para disculparse, pero no. Era una de las doctoras de la residencia.

—¡Gracias a Dios! Bueno, gracias a usted por llamarme. ¿Cómo está mi abuela? Dígale que estoy en la puerta, que pasaré cuando me dejen.

—Lo siento mucho.

—No pasa nada, lo entiendo. Hay que tomar precauciones.

—No, me refiero a que... su abuela ha fallecido hace un momento, lo siento mucho.

Gloria abrió la boca varias veces para hablar, pero no le salía la voz. Negó con la cabeza, una y otra vez.

—No, no, no —murmuró.

—Se pondrán en contacto de la funeraria, pero me temo que las medidas son también muy restrictivas. Lo siento mucho, de verdad. Tengo que dejarla, me están llamando de una habitación.

Gloria quiso darle las gracias, por inercia, pero no le salió la voz y, cuando quiso darse cuenta, la doctora había colgado.

Sintiéndose sola, culpable por no haber estado con su abuela en sus últimos momentos, enfadada con Alejandro por haberla echado de su vida de una patada y furiosa consigo misma por no haberse dado cuenta de que su relación estaba hueca por dentro, echó a andar, calle abajo, en dirección a Sants.

Los recuerdos se mezclaron en su mente de un modo curioso. Fue como si estuviera usando dos filtros de Instagram. Los malos recuerdos de su abuela desaparecieron. Se olvidó por completo de sus exigencias, de su falta de paciencia, de su malhumor cuando le ponían fruta y no arroz con leche de postre... Y en cambio, recordó vívidamente sus abrazos y sus besos. Recordó cómo había llorado en su regazo cuando primero su madre y después su padre murieron. Su cara traviesa cuando le preguntaba si le había traído sus caramelos favoritos y cómo se tapaba la boca con las dos manos cuando se los enseñaba y los guardaba en el cajón de la mesita de noche. La doctora le había dado permiso para que se los llevara. Eran caramelos light, sin azúcar, pero la ilusión de su abuela era cien por cien genuina.

«No como Alejandro. ¿Cómo puede ser tan falso? Y yo, ¿cómo he podido estar tan ciega?»

Si el filtro de su abuela se lo devolvía todo teñido de amor, el de su novio —sabía que tenía que acostumbrarse a llamarlo exnovio, pero le costaba asimilar tantos cambios de golpe— le devolvía caras de fastidio, de desgana, de hartazgo.

Pasar constantemente de la incredulidad por la muerte de su abuela a la frustración por la ruptura con Alejandro la estaba sumiendo en un círculo vicioso de dolor y ansiedad. Varias veces la sobresaltaron las bocinas de los coches al cruzar alguna calle sin mirar si tenía el semáforo en verde o si venía alguien. Una de las veces, los bocinazos la sorprendieron en medio de la avenida Diagonal porque las lágrimas no le habían dejado ver la luz roja. Cuando dio un brinco y salió corriendo hacia la acera, se sorprendió por la fuerza de su instinto de supervivencia, por el que no habría apostado ni un euro un minuto antes.

«Gloria, para atrás ni para tomar impulso», oyó la voz de su abuela, tan claramente como si estuviera a su lado, y fue en ese momento cuando asimiló que su alma ya no estaba en ninguna residencia, ni en ningún

hospital, ni siquiera en la funeraria. Su abuela se había quedado a su lado y cuando se echó a llorar de nuevo, su llanto era distinto.

3

—Vaya, te acompaño en el sentimiento —le dijo la empleada de Recursos Humanos.

—Gracias —Gloria había llamado al trabajo a primera hora del día siguiente—. Me han dicho que tengo cuatro días por fallecimiento de un familiar directo, pero voy a intentar dejarlo todo resuelto el fin de semana para volver al trabajo el lunes. Sé que hay bajas y que vamos justos de personal.

—Claro, no te preocupes —le dijo la empleada, que tantas veces le había pasado los turnos y horarios durante los últimos años.

Gloria colgó y respiró hondo varias veces. Había dormido poco y tenía una losa sobre el pecho que le impedía respirar normalmente. No podía imaginarse a su abuela en sus últimos momentos, luchando por conseguir aire, o tendría un ataque de ansiedad. Perdería el control y se quedaría en un rincón de la casa, encogida, hecha un ovillo. No sabía nada. No sabía si había muerto por culpa del virus nuevo o si había sufrido un infarto o un ictus. Necesitaba información o se volvería loca dándole vueltas a la cabeza.

Llamó a la residencia, pero comunicaban. Insistió tres veces más, pero pensó que debía dejar la línea libre por si la llamaban de la funeraria. Se vistió y se obligó a comer algo. Necesitaba estar fuerte para lo que trajera el día. Aunque la Nochevieja anterior, al brindar con Alejandro, sus padres y sus tíos, todos estaban seguros de que iba a ser un gran año, las cosas habían ido en caída libre.

«¡Salud, dinero y amor!», había exclamado la tía de Alejandro, como cada año. De momento, se había quedado sin amor, aunque empezaba a sospechar que lo que tenía con él no era más que un sucedáneo. El trabajo lo conservaba, pero no podía confiarse; tenía que volver cuanto antes. Y la salud había resultado ser el bien máspreciado en todo el mundo, aunque también el más escaso. Tras las angustiosas imágenes llegadas de China, en que varios médicos alertaban de lo peligrosa que era la nueva gripe, Gloria

se había quedado pegada a la tele muchas noches, sin acabarse de creer que hubieran encerrado a una ciudad entera en sus casas. Oír a los ciudadanos confinados gritarse frases de ánimo de balcón en balcón le había puesto el vello de punta. Al verlo en China le dolió, pero le pareció algo muy lejano; sin embargo, las imágenes de Italia le habían resultado amenazadoramente cercanas. Y la llamada de la doctora de la residencia le había llevado el drama hasta la puerta de casa.

«Pero la abuela Gloria... Si el domingo estaba bien. No lo entiendo.»

De golpe, se planteó si ella también se habría contagiado y sintió un escalofrío. Notó que le empezaba a doler la cabeza, como si le hubieran atado una cinta metálica alrededor de las sienes y hubieran apretado con fuerza. Carraspeó y notó una punzada en la garganta. Se llevó la mano a la frente. ¿Tenía fiebre? ¿Debía quedarse en casa? ¿Se había contagiado en la residencia? ¿Si iba al trabajo, contagiaría a sus compañeras? ¿O tal vez se había contagiado en la empresa y había sido ella la que había llevado el virus a la residencia?

«¡Dios! ¿Qué hago, qué hago, qué hago?»

Recordó que había un teléfono para dudas sobre el virus y lo primero que pensó fue en lo que tendrían que estar aguantando esos teleoperadores. Lo segundo fue buscar el número en internet y llamar. Por supuesto, comunicaban.

Empezó a caminar de un lado a otro del pasillo. Echó de menos tener familia para poder llamarlos.

«Yo antes tenía amigas. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde están?»

Sin nada mejor que hacer, pasó revista de los últimos años y fue dándose cuenta, horrorizada, de que las había ido perdiendo por comentarios de Alejandro, al que ninguna le parecía bien.

—¿Qué demonios has hecho con tu vida, Gloria? —se dijo, en un murmullo, notando que los ojos volvían a llenársele de lágrimas.

El teléfono sonó, sobresaltándola tanto que estuvo a punto de caérsele al suelo. Lo salvó, agarrándolo con los dedos sudorosos y respondió, ansiosa, sin mirar quien era.

—¿Sí? ¿Hola? ¿Sí?

—¿Familiares de Gloria Santacana?

—Sí, soy yo. Soy su nieta.

—La acompaño en el sentimiento.

Gloria notó que se le llenaban los ojos de lágrimas otra vez. Siempre le había parecido una frase hueca, pero en ese momento la agradeció porque la hizo sentirse un poco menos sola.

—Gracias.

—Verá, debido a la epidemia hemos tenido que adoptar medidas excepcionales. No pueden venir más de tres parientes de la difunta y no se pueden celebrar velatorios.

Ella tragó saliva y se forzó a hablar con decisión, para que no le temblara la voz.

—Eso no va a ser un problema. Soy su única pariente viva.

—Oh, de acuerdo. Si quiere le envío por correo electrónico nuestro catálogo para que elija el ataúd.

—No hace falta. Usen el más sencillo.

—Oh. El más sencillo es el que usamos para la incineración.

—Exacto, por eso mismo.

—¿Quiere que la incineremos?

Gloria cerró los ojos.

«Prefería ir a comer con ella el domingo, pero me temo que esa opción no está disponible.»

—Sí. ¿Algún problema?

—No, no. Es que como la señora posee un nicho en propiedad, di por hecho que la enterrarían allí.

Gloria frunció el ceño.

—¿Un nicho? ¿Dónde?

—Mmm, un segundo, por favor. Sí, aquí está: en La Munia del Risco.

Gloria asintió.

—Ah, sí. En el pueblo.

—Nosotros no gestionamos ese cementerio. Queda en otra demarcación, pero podemos encargarnos del traslado si lo desea.

Gloria inspiró hondo y tomó una decisión.

—No, yo me encargaré. Por favor, ocúpense de la incineración y avísenme cuando pueda ir a recoger la urna. Cuanto antes, por favor.

—Así lo haremos.

Gloria se preparó un café con leche y se sentó junto a la ventana. Hacía muchos años que no se pasaba por el pueblo, pero de pronto la asaltó la sensación de libertad que experimentaba allí cuando era niña, sus padres

vivían y su abuela saludaba a los vecinos con entusiasmo al encontrárselos de cara y los criticaba con el mismo entusiasmo cuando les daban la espalda.

Sintió unas ganas enormes de estar allí; estaba segura de que en el pueblo no le faltaría el aire. De no ser por la situación tan precaria en el trabajo, lo dejaría todo y se tomaría unas vacaciones.

Sumida en recuerdos del pueblo de la abuela, perdió la noción del tiempo. Le entró un SMS y vio que era de la empresa, pero no tuvo tiempo de leerlo, porque sonó el teléfono. Se alegró al ver que se trataba de Alma.

—Hola.

—Gloria, acabo de enterarme, lo siento mucho.

—Siento haberme ido ayer sin avisarte, pero fue todo tan fulminante...

—Y que lo digas. Aún no me lo creo.

—Sé que era muy mayor, pero una nunca se espera algo así.

—¡Qué manía con la edad! Aún no tienes treinta años, eres una cría.

Gloria frunció el ceño.

—Me refería a mi abuela.

—¿Tu abuela?

—Sí, claro. ¿A qué te referías tú?

—Acabo de oír que el lunes ya no vas a volver a trabajar, que no te renuevan el contrato.

—¿Qué?

«¿Me acaban de despedir con un SMS? ¿Tras darlo todo por la empresa durante estos años? Trabajando enferma, sin vacaciones, sin...»

Sintiendo que los pulmones se le volvían de yeso y que las piernas no la sostenían, buscó la pared más cercana para apoyarse en ella.

—Aaaa...

—¿Gloria? ¿Estás bien? Y ¿qué le pasa a tu abuela?

Deslizándose por la pared, acabó sentada en el suelo. El teléfono se le cayó de la mano y no lo recogió. Se quedó inmóvil, mirando al vacío mientras Alma la llamaba una y otra vez. Pero no le quedaban fuerzas para seguir luchando. La losa había vuelto a desplomarse sobre su pecho, y esta vez no se veía capaz de quitársela de encima.

La Munia del Risco, marzo de 2020

—Ya llegamos, abu —comentó Gloria al tomar el desvío que llevaba al pueblo situado al pie de los Pirineos, en un valle tan pequeño y escondido que muy pocos lo conocían, ya que no tenía puesto fronterizo con Francia ni quedaba de paso para ir a ninguna parte.

Había alquilado un coche para ir hasta allí. Desde la última parada del autobús de línea había un buen trecho hasta La Munia. Por eso había desempolvado el carnet de conducir, había colocado la urna de la abuela en el asiento del copiloto para que le hiciera compañía —había tratado de ajustarle el cinturón de seguridad, pero enseguida se dio cuenta de que era absurdo— y se había puesto en camino. Su plan era enterrar las cenizas de la abuela en su nicho y volver a casa, ya que la situación variaba cada día. Muchas voces pedían el confinamiento total de la población para frenar los contagios; aunque otros decían que eso sería la ruina.

Lo único que ella tenía claro era que, desde que circulaba junto al río, respiraba mejor.

El pueblo quedaba en lo alto de la carretera, al pie de un risco muy parecido a los famosos mallos de Riglos, compuesto por el mismo tipo de piedra conglomerada y redondeado por la erosión. A Gloria de pequeña le había parecido que el pueblo llevaba una peineta de piedra y le había hecho mucha gracia. Al dar una curva pronunciada, lo vio por primera vez. Estaba igual: los arcos del puente, las mismas casas, el mismo campanario, los mismos árboles, por supuesto, el risco... Al menos desde lejos no se apreciaba ningún cambio.

Una luz roja llevaba un rato parpadeando en el salpicadero, pero no le hizo caso porque estaba a punto de llegar. Había dejado de conducir hacía unos años porque Alejandro le dijo que era tonto que mantuviera el coche con su precario sueldo. Ella estuvo de acuerdo y lo vendió. Las pocas veces que salían de fin de semana, conducía él. Además, viviendo tan cerca de la

estación, el tren era bastante cómodo. A menos que quisieras ir a La Munia del Risco, que quedaba apartado de todo.

Sintió una punzada de dolor al recordar la última vez que subió al tren, ilusionada por darle una sorpresa a su novio.

«¡Qué ciega has estado! Pero ¡qué ciega! ¡Y qué idiota has sido!»

La cuesta se inclinaba un poco más en el tramo final de la carretera. El coche empezó a petardear, se metió en un bache y se caló.

—¡Mierda! Con lo bien que íbamos. —Inspiró hondo—. Va, tranquila, que ya queda poco.

Trató de ponerlo en marcha otra vez, y otra y otra, pero al cabo de un rato tuvo de rendirse a la evidencia: la lucecita roja que había estado ignorando era la reserva de la gasolina. Dejando el coche en medio de la carretera, cogió a su abuela y acabó de recorrer el último kilómetro a pie.

A la entrada del pueblo, junto al río, estaba el lavadero público y frente a la pared de éste, un abrevadero, donde bebían las vacas y cabras cuando volvían de pasar el día en los prados.

Con cuidado, dejó la urna en la esquina del abrevadero y se agachó para beber a morro del ancho caño. El agua estaba más fresca todavía de como la recordaba.

—¡Aaah! ¡Qué rica, abuela! —Se secó la barbilla con la manga y sintió que recuperaba parte de las fuerzas que había perdido durante los pasados meses.

Recuperó la urna y siguió subiendo hacia la plaza donde se encontraba la casa de los Santacana y casi todas las demás casas del pueblo. Al llegar, en el banco corrido que había a la entrada de la plaza, se encontró a tres ancianas.

—¡Anda lo que viene por aquí!

—¿Te has perdido, nena?

—Tú no eres de por aquí, ¿no?

Gloria no supo a cuál de las tres responder primero, porque habían hablado todas a la vez, así que hizo un saludo general con la mano.

—Hola, me he quedado sin gasolina.

Una anciana se aguantó la risa; otra frunció el ceño con preocupación y la otra se encogió de hombros.

—Pues en el pueblo no hay gasolinera —le respondió la risueña—. Aquí sólo hay cabras y viejos.

—No estamos tan mal —protestó la seria—. No hay servicios, pero nos traen lo que necesitamos al pueblo. Ahora está a punto de llegar el pescado. —Una bocina sonó a lo lejos—. Lo ves, ya viene. Dentro de un minuto estará aquí.

—El pan viene dos veces por semana —le informó la resignada—. Pero la carne, el pescado y la fruta sólo una, así que más nos vale estar atentas.

Volvió a sonar el claxon, esta vez con bocinazos más largos y fuertes, pero igual de lejanos que la primera vez.

—Qué raro. Ya tendría que estar aquí —comentó la primera de las ancianas.

Gloria tuvo un mal presentimiento.

—Igual no puede pasar porque mi coche se ha quedado en medio de la carretera —comentó, haciendo una mueca.

Las tres ancianas contuvieron la respiración.

—¡Pero muchacha! ¿Cómo se te ocurre?

—¡Si le encargué medio besugo!

—El aire de la ciudad les ablanda el cerebro, ¡qué pena de juventud!

—No lo he dejado ahí queriendo —protestó Gloria—. No arranca y no puedo moverlo.

Las ancianas se miraron entre ellas y tomaron una rápida decisión.

—Toma —una le dio su bolsa de malla y las demás la imitaron—. Baja hasta la camioneta del pescado y recoge lo que nos haya traído Jorge. Dile que le pagaremos la semana que viene, que tampoco es plan de andar dando los dineros a una desconocida.

—No soy una desconocida; soy la nieta de Gloria.

—¿Qué Gloria?

—Santacana, la de la casa de ahí.

—¿Eres la nieta de Gloria? —La miraron de arriba abajo, con una mezcla de extrañeza y desconfianza.

—Sí, de hecho... —Les mostró la urna que llevaba bajo el brazo.

—No hay tiempo, Jorge se va a marchar y nos va a dejar sin pescado toda la semana —la interrumpió la más seria, que era un poco más alta que las demás—. Dame la fiambra, yo te la guardo. Toma, los dineros. —Le dio el monedero que había estado guardando dentro del gran bolsillo de la chaqueta de lana y las otras dos la imitaron.

—Va... vale.

Gloria empezó a caminar a paso normal, pero cuando las ancianas le gritaron que se diera prisa, echó a correr. Cuando llegó a la camioneta, le sobraba el anorak.

—¿Es tuyo el coche?

Ella asintió, mientras recuperaba el aliento.

—Pues quítalo del medio, que me estás retrasando y aún he de ir a tres pueblos más.

—No puedo. Me he quedado sin gasolina y se ha trabado la rueda en el bache.

Jorge soltó unas cuantas maldiciones. Cuando se montó en la furgoneta y dio marcha atrás, Gloria temió que las ancianas se quedaran sin pescado. No podía volver al pueblo con las manos vacías.

—¡Eh! ¡No se vaya! Traigo dinero. Las tres señoras de la plaza me han encargado que les lleve el pescado.

Jorge bajó del coche y la miró con exasperación.

—No me voy. Estoy dejando espacio para poder mover tu coche. — Señaló el utilitario—. Anda, monta. Lo empujaré y cuando salga del bache maniobras hacia el lado del monte.

A Gloria le empezaron a sudar las manos. Una cosa era conducir hacia delante y otra marcha atrás, en punto muerto, en una estrecha carretera de montaña con un precipicio a sus pies. Pero el pescadero le estaba dando una solución para que el pueblo dejara de estar aislado y no podía desperdiciar la oportunidad.

Muy tensa, siguiendo las instrucciones de Jorge, logró dejar el coche lo bastante pegado al terraplén como para que pudieran pasar más vehículos.

—Muchas gracias —dijo, al bajar del coche—. No llevará una lata de gasolina encima, ¿no? —probó suerte.

—No, llevo besugo para Pilara, merluza para Guayén y pescadilla para Águeda —replicó el pescadero desde la parte trasera de la furgoneta.

Cuando ella se acercó, le ofreció los tres monederos.

—No sé de quién es cada monedero.

—Yo sí. —Tras tomar de cada monedero lo que necesitaba, Jorge se los devolvió.

—La cuenta va dentro —le aclaró, señalando las bolsas de pescado—. Pero bueno, ya se lo digo yo. —Cerró las puertas traseras y se dirigió al asiento del conductor—. Te subo al pueblo y así doy la vuelta en la plaza.

—¡Oh, gracias! —Gloria no se lo hizo repetir. En la ciudad no se le habría ocurrido montarse en el vehículo de un desconocido, pero allí las cosas eran distintas—. ¿Sabe dónde podría encontrar gasolina? —le preguntó por el camino.

—Pregúntale a Ramiro. Él es quien se ocupa de todo en La Munia. Bueno, en el valle entero.

Gloria asintió, sonriendo.

—Ramiro, okey.

Jorge le dirigió una mirada de reojo.

—¿Has venido de excursión? —le preguntó—. Pues en La Munia no hay albergue. Vamos, no hay de nada.

Ella negó con la cabeza y se le apagó el brillo de los ojos.

—No, he venido... por temas familiares —respondió, agachando la cabeza.

Jorge no insistió. Ya lo informarían Águeda y las demás de lo que tuviera que saber cuando volviera la semana siguiente. El pescadero entró en la plaza, dio la vuelta y se detuvo frente a las tres ancianas.

Gloria se fijó un poco más en ellas. Eran más jóvenes que su abuela, pero no sabría decir si tenían sesenta y pocos años o setenta y muchos. O tal vez ochenta bien llevados.

«Quizás gracias al aire del pueblo se conservan mejor que las abuelas de ciudad», se dijo.

Iban vestidas casi igual, con tonos poco llamativos y tejidos sufridos. Dos llegaban faldas rectas y la risueña, pantalones.

—Ya hemos llegado —dijo Jorge, al ver que Gloria no se movía.

—¡Ah, sí! —abrió la portezuela—. ¡Gracias! Y siento las molestias.

Él se echó a reír.

—Aquí no nos andamos con tantos miramientos. —Asomándose a la ventanilla, se dirigió a las tres mujeres—: ¿Todo bien por aquí, Águeda?

—Todo bien —respondió la más alta—. Lo bueno de estar lejos de todo es que aquí no llegan ni las plagas.

—Pues que dure. Ya me diréis por el wasap qué os traigo la semana que viene. —La furgoneta arrancó—. ¡Con Dios! —se despidió el pescadero sacando la mano por la ventanilla.

Gloria se despidió con la mano y al volverse vio que las tres ancianas la estaban observando.

—Ah, sí. Aquí están las bolsas y los monederos. —Alargó las manos y ellas se las repartieron.

—Tu fiambarrera —replicó Águeda.

—Em, no es una fiambarrera —les aclaró, abrazando la urna—. Es la abuela Gloria.

Las tres ancianas se quedaron paralizadas unos instantes. Águeda fue la primera en reaccionar.

—¿Perdona?

—Es una urna.

—¿Y ahí dentro dices que está...? —preguntó la resignada, que había perdido parte de su estoicismo.

—Mi abuela. Bueno, sus cenizas.

Las tres ancianas se persignaron a la vez.

—Jesús, María y José.

—Dios bendito.

—Ave María purísima —exclamó la risueña, llevándose una mano a la frente, como si fuera a darle un vahído.

—Guayén, ¿estás bien? —se preocupó la resignada. Gloria asumió que debía de ser Pilara, por eliminación.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Águeda—. No sabíamos que estuviera enferma.

Gloria sacudió la cabeza.

—Tenía sus achaques, pero iba tirando. El maldito virus que entró en la residencia y...

Las tres mujeres se la quedaron mirando horrorizada.

—¿Ha muerto por la plaga? —Águeda se llevó una mano al pecho.

—Bueno, es un virus...

—¿Y nos lo traes al pueblo? —Guayén estaba mirando la urna como si llevara uranio enriquecido dentro.

—¿Quieres matarnos a todos? —susurró Pilara.

—¡No, claro que no! ¡Las cenizas no contagian!

—Pero, ¿y tú? Si estuviste con ella...

Gloria sintió que perdía la fuerza en brazos y piernas.

«Tienen razón. ¿Cómo he podido ser tan irresponsable? Puedo llevar el virus sin tener síntomas y... ¡Ay, Dios mío! ¡No, por favor!»

—Vete del pueblo —le ordenó Águeda.

Gloria sintió un cansancio enorme.

—No puedo. Me he quedado sin gasolina. Y tengo que enterrar a la abuela en su nicho; es lo que ella querría.

Pilara señaló hacia la casa de los Santacana.

—Pues métete en la casa y no salgas en quince días.

Gloria pensó que la anciana se había vuelto loca, pero no tenía una idea mejor.

—Sí, me voy a casa. Siento...

—Déjate de disculpas y tira para dentro —la interrumpió Guayén.

Gloria asintió en silencio y se dirigió hacia la casa. No llevaba bolsa de viaje porque no pensaba quedarse mucho tiempo, por mucho que pretendieran que hiciera una cuarentena. Llevaba un pequeño neceser y una muda en el bolso y nada más.

Al llegar frente a la casa, sacó el manojito de llaves del bolso y a la tercera acertó. Empujando con el hombro, la pesada puerta de madera se abrió. El silencio y la oscuridad fueron su comité de bienvenida. Tuvo la sensación de estar frente a un gran nicho y se resistió a entrar. Se volvió hacia las tres ancianas que la miraban desde el centro de la plaza. Guayén le hizo un gesto con la mano, animándola a entrar.

—Venga, entra de una vez. Después te llevaré algo de cena.

Gloria inspiró hondo y entró, pero dejó la puerta abierta. Abrió todas las ventanas de la planta baja, se asomó para fijar los ventanos de madera a los topes y luego subió a la primera planta.

Entró en el baño y abrió el grifo, pero el agua no estaba dada. Tenía que abrirla, pero no sabía dónde estaba la llave de paso. Probó un interruptor de la luz y comprobó que tampoco funcionaba. Tras abrir las ventanas de la planta de arriba, volvió a la planta baja para dar la luz. La caja estaba detrás de la puerta, eso sí lo recordaba.

Entró en la cocina y abrió la puerta trasera, la que daba al patio. En otra época su abuela había tenido gallinas y conejos, pero las jaulas estaban vacías. El patio estaba cercado por un muro de unos dos metros de altura. La puerta que estaba al fondo del patio daba al río, que rodeaba el pueblo por detrás. La abrió y se asomó al exterior, pero volvió a entrar enseguida; tenía cosas que hacer.

Tras buscar un poco encontró la llave de paso del agua y la abrió. Regresó a la cocina y dejó correr el agua mientras buscaba en los armarios

café, té o sopa en polvo para prepararse algo caliente. En los armaritos no encontró nada, pero dentro de la alacena esquinera vio varios botes y al abrirlos encontró hierbas secas. Al principio todas le parecieron iguales, pero mientras calentaba agua, abrió todos los botes y el olor de las hierbas le trajo recuerdos de la infancia, recuerdos que tenían la voz de la abuela Gloria.

—La manzanilla para el empacho, la hierba luisa para el insomnio y la menta... La menta va bien para todo.

Gloria se puso un poco de cada en el tazón y mientras se acercaba a buscar el agua, oyó el primer golpe. Acabó de servir el agua y tapó el tazón con un platito para dejar infundir las hierbas.

De nuevo los golpes, que parecían venir de todas partes a la vez. Salió al salón, que era también comedor y vestíbulo y vio que el viento había cerrado los ventanos que había dejado abiertos.

«Pero ¿cómo puede ser? Si he puesto los topes..., y además no hace viento.»

Se acercó a la puerta de la calle y trató de abrirla, pero no pudo.

«Pero, ¿qué demonios?»

Se acercó a la primera ventana y repitió el proceso con el mismo resultado. Los postigos que había abierto sin dificultad hacía un momento, ahora no se dejaban abrir. Empujó con más fuerza, mientras empezaba a asaltarla una sensación de claustrofobia.

Se dirigió a la escalera, subió al primer piso y se acercó corriendo a un ventanuco alto y estrecho que quedaba encima de la puerta principal. Al abrirlo y asomar la cabeza, vio a dos ancianos desconocidos subidos a escaleras, clavando tablones en sus ventanas, mientras las abuelas de antes martilleaban en la planta baja.

—¿Se puede saber qué están haciendo? ¡Que estoy aquí dentro! —Al ver que no le hacían caso, gritó con más fuerza—. ¡Paren! ¡Dejen de clavar! ¡Me están dejando encerrada dentro!

—Francho, Santos, parad un momento —ordenó Águeda. Aunque no había gritado, los hombres la obedecieron al momento.

—Vaya, o sea que sordos no estáis. Me alegro —comentó Gloria con ironía—. No sé por qué estáis cerrando la casa, pero si es algún rito de luto del pueblo, esperad a que salga.

—No es ningún rito —replicó Águeda—. Se trata de que no salgas. Ya que no tienes luces para pensar por ti misma, te estamos echando una mano.

—El más joven del pueblo es Francho, y tiene sesenta y cinco —argumentó Pilara—. Si el bicho entra, va a arrasar. Sólo quedamos nosotros. Cuando faltemos, el pueblo morirá. Lo siento, no te lo tomes como un ataque; nos estamos defendiendo.

A esas alturas, Gloria respiraba ya entrecortadamente.

—No... no podéis dejarme aquí encerrada quince días. No hay de nada. Y hace frío. Si queréis matarme, pegadme un tiro, pero no me dejéis morir lentamente. Tengo ansiedad y no me he traído las pastillas ni... ni nada. No tengo nada.

—En eso te doy la razón —comentó Pilara—. Ni gotica de conocimiento tienes, y muy poco talento.

—No queremos matarte, ababol —añadió Guayén—. Francho, tírale la cuerda.

—Lo siento, moza —le dijo el tal Francho—, pero con la salud no se juega. ¡Agarra ahí!

Gloria no alcanzó la cuerda a la primera ni a la segunda, pero a la tercera sí.

—Y ¿qué se supone que tengo que hacer ahora? —preguntó, malhumorada—. ¿Colgarme de una viga?

—¡Ave María Purísima! —exclamó Pilara—. ¡Al diablo ni mentarlo!

—Yo no he mentado... —se defendió Gloria.

—Pasa la cuerda por esa polea que tienes encima del ventanuco —le indicó Águeda.

Frunciendo el ceño, Gloria miró hacia arriba y la encontró. Pasó la cuerda por la polea y la hizo bajar. Guayén, que se había puesto unos guantes de fregar platos, ató la cuerda a un cesto de mimbre.

Pilara y Águeda se acercaron y metieron varias cosas dentro de la cesta.

—Súbelo con cuidado; no lo dejes caer. Mañana por la mañana vendremos a verte. Quédate ahí tranquila y tómatelo como unas vacaciones.

—Pe... pero...

—Date prisa en subir el cesto o vendrán los perros y te quitarán la comida —le advirtió Pilara.

Gloria tiró de la cuerda con rabia; era imposible razonar con esa gente.

—Como cabras —murmuró—. Están todos como cabras.

Cuando abrió los ojos, Gloria tardó unos segundos en situarse.

«¡Llego tarde al trabajo!», fue lo primero que pensó, pero al incorporarse se dio cuenta de que no estaba en su casa. Los recuerdos la alcanzaron uno tras otro, como torpedos: Alejandro, el trabajo, la abuela.

Conteniendo el aliento, miró a su alrededor.

«Estoy en el pueblo. Con la abuela. ¡Y estoy encerrada!»

Se llevó la mano al pecho, que empezó a subir y bajar violentamente.

—No serán capaces —murmuró—. No pueden dejarme aquí quince días. Hoy hablaré con ellas. Esto es absurdo, tienen que dejarme salir. Yo me largo, aunque sea andando y las dejo en paz. Ya volveré a enterrarte cuando pase la locura del virus, abuela.

Se llevó la mano a la espalda y se estiró, resoplando. La noche anterior había cenado lo que le habían traído las ancianas, había ido a buscar un par de mantas al armario de la abuela y había dormido en el salón, enfrente de la chimenea apagada, porque era la habitación más espaciosa y tenía miedo de sufrir un ataque de claustrofobia a media noche. Los dormitorios olían a cerrado... y no había manera de ventilarlos, porque los locos vecinos del pueblo habían asegurado las ventanas de toda la casa con tablones mientras ella hablaba con Águeda y las demás a través del ventanuco, la única ventilación de la casa y su contacto con el exterior.

«¡La madre que los parió!»

Ni siquiera había podido encender el fuego porque la leña estaba en el patio, y también habían inutilizado esa salida. Al menos los suministros funcionaban, lo que al principio le resultó extraño porque hacía años que la abuela no pasaba los veranos allí.

«Desde que empecé a salir con Alejandro», se dijo, sintiendo una punzada de culpabilidad.

Pero la abuela le había contado que tanto la luz como el gas los contrataba el ayuntamiento y lo distribuía entre los vecinos. El agua ni siquiera tenían que contratarla, ya que se la suministraba directamente el río.

Mientras iba al lavabo de la planta baja, Gloria se preguntó cómo se llamaba el río. Siempre lo habían llamado así, sencillamente «el río».

Se secó las manos y la cara en una de las bonitas toallas bordadas que había encontrado en el armario de la abuela y suspiró. Al ir a buscarlas había encontrado también camisones, muy amplios, de hilo blanco y se había puesto uno para dormir.

No sabía qué hora era. Había apagado el móvil al darse cuenta de que se había dejado el cargador en casa. Le quedaba la mitad de la batería y la estaba guardando por si necesitaba llamar a la policía, a los bomberos, o a los Navy Seals, pero antes intentaría razonar con los habitantes del pueblo.

Resopló dudando si desayunar los restos de la cena o asomarse al ventanuco y empezar a pegar gritos hasta que viniera alguien, pero unos golpes en la puerta resolvieron sus dudas.

Asomó la cabeza y comprobó que los golpes provenían de la puerta principal. Estaban retirando los tablones.

—¡Sí! —exclamó—. Han recuperado la cordura. ¡Menos mal!

Poco después, la puerta se abrió. Gloria se cruzó de brazos, dispuesta a soltarles una buena bronca por haberla hecho sufrir sin motivo.

—Ya os vale. Como broma es un poco pesada, ¿no os parece? —logró decir, pero un segundo más tarde se quedó sin habla al ver caer a sus pies a una persona, de género masculino concretamente, y una envergadura considerable. El impulso de la caída la arrastró y ella también fue a parar al suelo.

—Pero ¿qué... —dijeron los dos a la vez.

La puerta se cerró rápidamente y volvieron los martillazos, un ruido que Gloria odiaba ya con todas sus fuerzas.

—¡Aparta, idiota, que nos vuelven a encerrar! —gritó, mientras trataba de liberarse de las largas piernas del recién llegado. Al apoyarse en ellas, notó que tenía los muslos duros como piedras.

«Uh, los de Alejandro no eran así.»

Los golpes se detuvieron y se oyeron voces en el exterior. Al cabo de un momento, cuando volvió a abrirse la puerta, Gloria corrió para salir de allí, pero el tal Francho la ahuyentó con un grito.

—¡Aparta, moza!

Una bicicleta entró rodando en la casa. Gloria logró esquivarla en el último momento. La voluminosa bici, que llevaba una caja amarilla en la

parte trasera, chocó contra el recién llegado, que volvió a caer al suelo.

—¡Aaah!

—¡Eeeeh! —exclamó Gloria, demostrándole al tipo del suelo que ella no se quedaba atrás en el uso de las vocales—. ¡No cierres! ¡Francho, joder! ¡Déjame salir! No respiraré hasta el abrevadero, ¡lo juro! Me iré y no volveréis a verme. Dejadme salir. ¡Esto es un secuestro! ¡No podéis retenerme aquí!

Los martillazos se detuvieron y Gloria pensó que tal vez habían entrado en razón. Escuchó con atención al reconocer la voz de Águeda, que al parecer llevaba la voz cantante en el pueblo.

—Si te dejamos salir, irás al pueblo de al lado. Y lo que no queremos para nosotros tampoco lo queremos para nuestros vecinos, por muy tocapelotas que sean.

—Oh, ¡será posible! —Gloria golpeó la puerta con rabia, sintiéndose una apestada—. ¡No entraré en ningún pueblo, lo prometo! Volveré andando a casa si hace falta.

—No digas tonterías, niña. Tu casa está muy lejos. Además, el gobierno acaba de decretar el confinamiento general. Lo han dicho por la radio, esto es una emergencia nacional —le informó Águeda.

—Internacional —la apoyó Pilara.

—Y en situaciones extremas, hay que tomar medidas extremas —siguió diciendo Águeda—. No estáis secuestrados, estáis confinados. Pero no os preocupéis; no os faltará de nada.

—¿Cómo que no? ¡Me falta el aire! ¡Dejadme salir al patio al menos!

Se oyeron voces discutiendo en la puerta. Gloria pegó la oreja a la madera, pero no distinguió lo que decían.

—Lo discutiremos y os diremos algo de aquí a un rato —concluyó Águeda.

—¡Os dejo pan, mantequilla y mermelada en el cesto! —añadió Guayén, alegremente—. Es de fresas silvestres. Me salió riquísima.

—¡Y una mierda! —Gloria se sobresaltó cuando el recién llegado la apartó bruscamente y empezó a golpear la puerta—. Abran ahora mismo. ¿Por qué me encierran aquí? ¡Ésta no es la casa de mi abuelo!

Los ánimos de Gloria se hundieron un poco más. La reacción del chico era lógica, pero no pudo evitar sentirse rechazada... otra vez.

—El tejado de la casa Guallart se cayó hace tres inviernos —declaró una voz masculina, que no era la de Franchó.

El ciclista, que llevaba el pelo recogido en una coleta, se dio de cabezazos contra la puerta. Gloria lo examinó a la escasa luz que se colaba entre los maderos. Incluso en la penumbra vio que tenía un culo tan bien puesto como los muslos y unos hombros anchos bajo la camiseta de microfibra, que se pegaba a sus músculos como una segunda piel.

—¡Nena, tira de la cuerda! —exclamó Guayén.

Gloria suspiró. Al oírla, el desconocido se volvió hacia ella y la recorrió con la vista de arriba abajo.

—¿Eres un fantasma? —le preguntó, alzando una ceja.

En ese momento ella se acordó de que iba vestida con el viejo camisón de su abuela. Se agarró la falda como si estuviera a punto de hacer una reverencia y volvió a soltarla con decisión.

—¡No! ¡Claro que no soy un fantasma! —respondió molesta. Últimamente se sentía insignificante, prescindible. Desde hacía unos minutos se sentía también una paria, intocable. Ya sólo le faltaba que la llamaran invisible.

—¡Gloria! ¡El cesto! —insistió Guayén.

—¡Ya voy!

Subió la escalera corriendo y tropezó. Maldiciendo, se levantó y se subió el camisón por encima de las rodillas para no volver a enredarse con la poco práctica prenda. Al pie de la escalera le pareció que el chico murmuraba algo parecido a:

—Se les está yendo la mano con los parques temáticos sobre casas encantadas.

—Otro —refunfuñó ella—. ¡Otro que está como una cabra! ¿No has visto un camisón en tu vida? Con ese carácter no me extraña, la verdad.

—¿Cómo ése? —gritó él desde abajo—. Sí, en una película. *Rebeca* creo que se llamaba.

Gloria apretó los puños y siguió subiendo.

Vestida con la misma ropa del día anterior —vaqueros, deportivas blancas, camiseta blanca y jersey amarillo—, Gloria desayunaba en la mesa del comedor. Guayén no había exagerado: la mermelada estaba espectacular.

«Y la mantequilla. Y el pan. Cuánto tiempo hacía que no probaba un pan como éste. ¿Por qué llamarán pan de pueblo a la mierda que compro en el super?»

Se le escapó un gemido de placer justo cuando su nuevo compañero de confinamiento salía del baño, con una toalla envuelta a la cintura y la melena empapada y suelta.

—Pero, ¡qué bueno, por favor! —murmuró, con los ojos entornados.

Él la miró de reojo.

—Gracias —replicó, distraído, dirigiéndose a la mochila que había dejado sobre el sofá.

Gloria abrió los ojos de golpe, con la intención de sacarlo de su error, pero se quedó embobada mirándole la espalda mientras él caminaba por el comedor con pasos largos y seguros, que le recordaron a los de un gran felino. Al llegar al final de la espalda, siguió descendiendo, por inercia.

«Si se te pone ese culo montando en bici, tengo que comprarme una pero ya.»

Él se volvió, como si lo hubiera dicho en voz alta, pero era imposible, porque sólo lo había pensado.

—¿Decías? —le preguntó, mirándola por encima del hombro.

—¿Yo? ¡Yo no he dicho nada!

—¿No? Pues has pensado tan fuerte que lo he oído todo.

Gloria soltó el aire, exasperada. El tipo estaba francamente bien, pero se lo tenía demasiado creído.

—Estaba hablando del desayuno. Anda, come un poco, que no sabemos lo que traerá el día. Cada día de este año cuenta como un mes, parece que vivamos en una *scape room*.

—Me he dado cuenta —refunfuñó él, llevándose las manos a la cintura para soltarse la toalla—. ¿Seguro que no formas parte de la organización? Las cosas están jodidas, la gente ya no sabe qué hacer para atraer clientes.

—¡No, no formo parte de la organización de nada! ¡No hay nada organizado en mi vida! ¿Y no irás a cambiarte aquí en medio? Estoy comiendo.

Con las manos en la cintura, él alzó una ceja y se le escapó la risa por la nariz.

—La desnudez es algo natural, de lo que no hay que avergonzarse. Siempre voy a playas nudistas. ¿Tú no?

Gloria recordó la última vez que fue a la playa con Alejandro, el verano anterior. Entre elegir el lugar, en un sitio donde el acceso al mar fuera plano, plantar el parasol, la sillita baja y un paravientos sujeto con piquetas para que no lo salpicaran de arena los niños al pasar por su lado, cuando él acabó de montar el campamento, Gloria ya se había bañado dos veces y estaba harta de playa.

—Yo soy más de monte, la verdad —respondió, negándose a caer en la trampa del guapo ciclista, que sin duda estaba buscando que lo piropeará, diciéndole que, con un cuerpo como el suyo, era lógico que no se avergonzara de mostrarlo—. ¿Cómo te llamas, por cierto?

Él alzó la comisura de los labios, en una sonrisa canalla que Gloria estaba empezando a odiar.

—Joaquín Guallart, como mi padre, como mi abuelo —respondió, haciendo una mueca—, pero mis amigos me llaman Quim.

—Yo soy Gloria Ariza, nieta de Gloria Santacana. Te diría que estoy encantada, pero la verdad es que estoy harta de estar aquí.

—¿Vives en el pueblo?

Ella alzó las cejas.

—¡No! —exclamó, sacudiendo la cabeza—. ¿En serio? ¿Piensas que ésta es mi vida normal? ¿Crees que me encierran para que no me escape? ¿Por quién me tomas? ¿Por una psicópata peligrosa?

A él se le borró el brillo burlón de la mirada y Gloria se lo tomó como una pequeña victoria.

—¿Lo eres?

—No, no lo soy. Llegué ayer tarde y me encerraron. ¿Y tú por qué te has dejado encerrar? Eres más fuerte que ellos.

Quim resopló.

—He venido en bici desde la estación de tren de Huesca, pero se me pinchó la rueda en el desvío de la carretera. Al llegar a la plaza, les pregunté si podía repararla en algún sitio y me dijeron que el dueño de esta casa podría ayudarme.

—¿Yo?

Él se encogió de hombros.

—Debí sospechar, pero esas mujeres no paraban de hablar y me aturdieron. Cuando quise darme cuenta ya estaba dentro.

—A mí se me acabó la gasolina a media cuesta.

—¿El coche que estaba en la pista es tuyo?

—Sí, bueno, no. Es de alquiler. ¡Oh, no! Si no me dejan salir en quince días me voy a gastar el sueldo en el alquiler.

«El sueldo que ya no tengo», se recordó.

—¿Quince días? ¡Y una mierda! ¿Están locos?

—Como cabras. —Gloria asintió con vehemencia.

Quim se sentó en el sofá, cogió la mochila y sacó la ropa que llevaba dentro.

—¿Y los calcetines? —musitó, metiendo la mano hasta el fondo.

Al no encontrarlos, se levantó y se dirigió a la bicicleta.

—Deja, yo te los llevo —Gloria se acercó a la bici, que estaba apoyada en la pared, junto a la puerta principal y abrió la caja amarilla que llevaba en la parte trasera—. ¡Oh! —exclamó al ver algo que, por desgracia, le resultó muy familiar. Era una urna, igual que la que había hecho el viaje al pueblo en el asiento del copiloto, pero de color azul marino.

Cuando contuvo el aliento, él la miró.

—¿Es... es...? —Señaló Gloria.

—Es mi abuelo. Mejor dicho, era mi abuelo Joaquín —rectificó él, muy serio.

Cuando Gloria abrió la boca, él alzó la mano, marcando distancias.

—No hace falta que me des el pésame; tampoco nos conocemos tanto.

Ella agachó la cabeza e inspiró hondo. Había estado a punto de proponerle que dejara la urna junto a la de su abuela, sobre el aparador, pero su actitud arrogante le hizo cambiar de idea.

—Tranquilo, no pensaba lanzarme sobre ti —le dijo, dolida—. Tengo novio. Bueno, lo tenía hasta hace un par de días, así que no estoy tan

desesperada.

Gloria no había esperado palabras de consuelo ni palmaditas en la espalda, pero tampoco la mirada de odio profundo que él le dirigió.

—Otro pobre desgraciado. ¿Qué pasa? ¿Es tendencia o algo? ¿Un nuevo reto viral? Deja a tu novio durante una epidemia mundial. ¿Te han dado muchos puntos por el reto conseguido?

Mientras ella lo miraba, boquiabierta, sin entender su reacción, Quim se dio la vuelta y dejó caer la toalla al suelo. Gloria se imaginó que al mostrarle el culo quería expresarle su rechazo, pero ella se llevó la mano a la barbilla y pensó que, si ése era su modo de hacerlo, podía soportarlo. Se había dejado el portátil en casa. Sólo había una vieja tele en el comedor y una radio a pilas en la cocina. Sin Netflix, la mejor opción iba a ser engancharse a la primera temporada de *El culo de Quim*.

«Creo que va a triunfar más que *La casa de papel*», se dijo, asintiendo en silencio.

—¿Me vas a puntuar? —preguntó él, cuando acabó de ponerse los boxers negros, los vaqueros oscuros, la camiseta negra y el jersey verde. Sentándose en el sofá, se puso los calcetines que había encontrado al fondo de la mochila, negros como las zapatillas deportivas.

Mirándolo de reojo, Gloria se fijó en que tenía los pies muy grandes.

—No puedo; me faltan datos —replicó, haciendo una mueca, antes de darse la vuelta y dirigirse al piso de arriba.

Mientras subía la escalera, lo oyó reír y, aunque no quería pensar nada bueno sobre él, reconoció que tenía una risa bonita.

Horas más tarde, Gloria miraba las noticias sentada en el incómodo sofá, cuyos cojines parecían estar llenos de pelotas, porque notaba bultos por todas partes. La tele estaba enfrente, en una mesita auxiliar que tenía un revistero debajo. Había tapetes de ganchillo por todas partes, un pequeño jarrón con flores secas encima del televisor —pero secas, sequísimas, igual llevaban treinta años en el mismo sitio— y varios militares informando sobre el avance de la pandemia en la pantalla. Gloria tuvo la sensación de haber viajado en el tiempo, varias décadas hacia atrás, a una época de la que había oído hablar, pero que no había conocido personalmente.

Lo único moderno de la casa era su acompañante forzado. Lo miró de reajo disimuladamente. Sólo le faltaba la barba de leñador para ser la viva imagen del hípster que había llenado las calles y plazas de Barcelona —y de buena parte del mundo— durante la última década. El jersey de lana que llevaba parecía tejido a mano. No le habría extrañado que lo hubiera tejido él mismo, porque tenía varios puntos torcidos en una franja gris que le rodeaba el cuello. Un cuello que le parecía tremendamente sexy con una pronunciada nuez de Adán en el centro.

«No recuerdo que Alejandro tuviera una nuez así», se dijo, y se reprendió al momento. «¿Quieres dejar de compararlos?»

Quim la miró de reajo y ella disimuló, fingiendo mirar por la ventana, aunque el hecho de que estuviera cerrada con tablones le restaba credibilidad a la excusa.

—¿Me vas a puntuar ya? —la provocó él.

Gloria apretó los puños y sintió que se ruborizaba. En parte por la rabia que le daba que no se comportara como un caballero y fingiera no haberla pillado, pero también porque tenía un tono de voz grave que le retumbaba en el vientre y le causaba un efecto de lo más inoportuno. Que tuviera un rastro de acento extranjero que no acababa de ubicar no ayudaba.

«Mierda, me he dejado el Satisfier en casa. Esto sí que es una emergencia. ¡Tengo que salir de aquí!»

Alma y ella se habían regalado mutuamente el juguete sexual de moda la Navidad anterior, tras pasarse el otoño leyendo las maravillas del invento en revistas y redes sociales. Y lo cierto era que, desde que había entrado en su casa, no había echado tanto de menos a Alejandro.

—Estás guapa cuando te ruborizas —dijo Quim, sacándola de sus pensamientos.

Gloria alzó las cejas.

—Vaya, un piropo. No te veía capaz de piropoear a una mujer. El 2020 no deja de sorprenderme.

—No me hagas caso. Cosa del encierro, que me afecta.

Ella se levantó, disimulando una sonrisa.

—A mí me está afectando el hambre. Si llego a saber que no pensaban darnos de comer, no te habría dejado parte del desayuno.

—Eh, más te vale llevarte bien conmigo. Soy más fuerte que tú, tengo las de ganar. —Dobló el brazo para hacer bola, pero el jersey de lana no marcaba lo suficiente el bíceps, y se intentó subir la manga. Se quedó trabado a la altura del codo, pero fue suficiente. Gloria nunca había visto un antebrazo tan trabajado y... ¿atractivo? ¿Podía ser atractivo un antebrazo?

—Ya veo —admitió, carraspeando, porque se le había secado la garganta—. ¿Te pasas el día en el gimnasio?

Él se echó a reír con ganas.

—No, no tengo pasta para gimnasios, pero no veas lo en forma que te pones en mi trabajo.

—¿A qué te dedicas? —le preguntó ella, apoyada en la chimenea.

Él señaló la bicicleta.

—¿No lo adivinas?

—¿Eres repartidor?

—Sí, soy repartidor de Glovo —respondió él en tono desenfadado—. Pagan una mierda, pero conoces calles que no sabías que existían, haces un montón de kilómetros al día, subes escalones y cargas paquetes. No hay gimnasio que pueda competir con eso.

—¡Oh! Pues sí —replicó Gloria, imitando su tono falsamente optimista—. La verdad es que me vendría bien un trabajo así. Me acabo de quedar en el paro y hace siglos que no hago deporte. ¿Me enchufarás?

Él se rio por la nariz, pero era una risa desganada, de alguien que no tiene ganas de hablar de su trabajo.

—No te hace falta, lo tienes todo muy bien puesto.

Gloria volvió a abrir mucho los ojos.

—¿Ya me has puntuado?

Él le dirigió una sonrisa canalla.

—Por supuesto. Te puntué mientras subías la escalera con el camisón de la niña del exorcista.

Ella fingió ofenderse.

—¡Eso es injusto! ¡Con el camisón de mi abuela suspendería hasta la Pedroche!

Quim abrió la boca, pero Gloria se quedó sin saber lo que iba a decirle porque oyeron la voz de Francho en la plaza.

—¡Quino! ¡Quinito! Asómate a por las provisiones.

Gloria sonrió.

—Venga, usa esos músculos prodigiosos..., Quinito.

—Menos cachondeo —murmuró él, pero se levantó ágilmente, subió a la primera planta y se asomó al ventanuco que no cerraban en ningún momento, para ventilar, pero también para no sentirse tan encerrados.

Cuando Quim dejó la cesta de provisiones en el suelo, Gloria lo apartó de un empujón para asomarse ella.

—¿Habéis cambiado de idea? ¿Nos vais a dejar irnos del pueblo?

—No, muchacha. Las cosas cada vez están más fastidiadas. Las autoridades dicen que hemos de quedarnos todos quietos; los hospitales ya no pueden atender a más gente.

Gloria se estremeció, pero siguió insistiendo.

—¿Y qué hay de lo del patio? ¿Lo habéis hablado? ¿Podéis abrirnos la puerta de la cocina?

El hombre, que llevaba unos gastados guantes de cuero y un pañuelo que le cubría media cara, como si fuera un vaquero de las películas que le gustaban a su abuela, sacudió la cabeza.

—Hemos decidido que no. Guayén proponía que echáramos rejas metálicas por encima y convirtiéramos el patio en una especie de gallinero, pero ya no estamos para andar subiendo a los muros y los tejados. Lo siento, vais a tener que seguir así. Ah, ¡Quino! Quinito, ¡asoma otra vez!

Esta vez fue él quien la apartó con brusquedad.

—¿Qué pasa?

—No se te ocurra aprovecharte de la situación, tú ya me entiendes —le dijo muy serio—. A la nieta de la Gloria me la respetas o tendrás que vértelas conmigo.

—Ah... sí, claro. —Quim se volvió hacia su compañera de cárcel rural y la encontró tapándose la boca con una mano para aguantarse la risa—. ¿Y quién me protege a mí de ella? —protestó, volviendo a asomar la cabeza—. Que las mujeres del siglo XXI no son como las de antes. Tienen mucho peligro y muy mala leche —añadió.

—Pues como toda la vida de Dios, zagal. ¿Tú qué te crees? Pero me la respetas igualmente.

—Que sí, que no le pondré un dedo encima, ni a ella ni a ninguna otra mujer.

—¿No me digas que eres...

—¿El qué?

—Ya sabes.

Quim miró hacia atrás y vio que Gloria se estaba partiendo de risa mientras empezaba a bajar la escalera.

«Está guapa cuando se ríe.»

—Si quieres saber si soy gay, no, no lo soy, pero cada cual que meta en su cama a quien quiera. A mí me gustan las mujeres, pero me desquician y ya bastante desquiciante es esta situación. No necesito más líos, gracias.

—Más te vale. ¡Si se sobrepasa, avisa, Gloria!

—Ha bajado a la cocina.

—Sí, ya hay hambre a estas horas. ¡Venga, con Dios! ¡A seguir bien!

—Igualmente, Francho.

Quim se apoyó en la pared más cercana y soltó el aire.

«¿Igualmente, Francho? ¿Vas a aceptar esta situación sin protestar, como si nada?»

—¡A comer! —exclamó Gloria desde la cocina. Sonaba animada y las tripas de Quim se animaron al oírla.

—Bueno, como diría el yayo: «Habrà que comer.»

Al bajar, vio que Gloria había encendido los tres fuegos de la cocina de gas, que daban luz y calor. Estaban a finales de marzo y la casa llevaba años deshabitada.

—Mierda, me he olvidado de pedirle que nos traigan leña para la chimenea.

Gloria se encogió de hombros.

—Pues si tienes frío, no se te ocurra meterte en mi cama. Ya has oído a Francho —comentó ella, aguantándose la risa, mientras servía el estofado de carne con patatas en los dos platos.

Él se inclinó sobre el estofado y su estómago volvió a croar, entusiasmado. Sin esperar a que acabara de servir, metió el tenedor en el plato y comió con hambre.

—¡Mmm! —gimió, sacudiendo la cabeza para mostrar su aprobación, y siguió comiendo a toda prisa, mientras Gloria lo observaba, fascinada.

«Nunca vi a Alejandro comer con tanto entusiasmo. Ni en la mesa, ni en la cama. La verdad es que nunca lo vi hacer nada con entusiasmo.»

Quim alzó la vista y al verla boquiabierta, se detuvo.

—Perdón. —Se limpió la boca con la servilleta—. Si me viera mi abuelo, me daría de collejas por maleducado. Siéntate, por favor. Gracias por servirme la comida, está de muerte.

Gloria se sentó, agradeciendo que él no hubiera adivinado lo que le había pasado por la cabeza al verlo comer con tantas ganas.

—No lo he cocinado yo —le recordó, antes de probarlo—. ¡Mmm, qué bueno está! —Esta vez fue ella la que hundió el tenedor y se olvidó de hablar por un rato—. Lástima no tener un poco de vino para acompañar —se lamentó, con la boca llena.

Quim asintió, sin levantar la cara, que tenía a pocos centímetros del plato para no perder tiempo entre bocados.

—¿No hay bodega en la casa?

Gloria negó con la cabeza.

—No, hay una despensa. —Señaló hacia la esquina y empezó a levantarse, pero él alargó la mano, la agarró por la muñeca y la hizo sentar.

—Deja, luego la buscamos; acaba de comer.

Ella agachó la cabeza para que él no viera que se emocionaba. Se señaló la muñeca con la otra mano y exclamó:

—¡Francho! ¡Me ha puesto la mano encima!

—¡Serás cabrona! —protestó él, con una mirada asesina que la hizo reír—. Anda, come y calla.

Y Gloria comió y calló, pero su mente no permaneció quieta. Desde que había llegado al pueblo, no dejaba de tener una revelación detrás de otra. Y acababa de darse cuenta de que su alma estaba hambrienta. Hacía tanto

tiempo que nadie se preocupaba por ella, que cualquier gesto de amabilidad, ya fuera Francho erigiéndose en defensor de su virtud o Quim preocupándose de que comiera caliente, derribaba sus defensas.

«Estás más vulnerable que un castillo con paredes de algodón de azúcar», admitió, mirando disimuladamente a Quim, que le devolvió la mirada y alzó una ceja. «Justo antes de una tormenta», reconoció, suspirando.

Por suerte, él malinterpretó el suspiro. Se llevó la mano al estómago, se lo acarició y suspiró también.

—Qué hambre tenía —comentó. Al ver que ella permanecía en silencio, añadió—: ¿En qué piensas?

Ella se encogió de hombros.

—Pensaba en nuestros abuelos, que se fueron del pueblo buscando una vida mejor, menos precaria, y hoy sus nietos volvemos más pobres que nunca. Porque ya no es sólo que no tengamos ni un euro. Es que nos hemos dejado encerrar en jaulas que nos alquilan a precio de oro. Estamos solos, aislados, asustados y siempre de mala leche. ¡Qué desastre!

Quim soltó el tenedor sobre el plato ruidosamente.

—Vaya, y yo que pensaba que estabas teniendo fantasías sexuales conmigo.

Ella abrió la boca formando una o y esta vez fue él quien tuvo fantasías sexuales.

—¿Perdona? He venido a enterrar a mi abuela. ¿Cómo puedes pensar...

—¿Tu abuela también?

Gloria asintió, se levantó y fue al salón. Él la siguió en silencio.

—Abuela, él es Quim, nieto de Joaquín Guallart. Supongo que seríais amigos. Quim, te presento a mi abuela, Gloria Santacana.

Él se fijó por primera vez en la discreta urna, igual que la de su abuelo pero de color verde botella, que no había visto por falta de luz y falta de atención.

—Yo... —titubeó, no sabiendo si debía darle el pésame a Gloria o saludar a la abuela. Se decidió por seguirle la corriente—, mucho gusto, abuela Gloria. Espero que no le importe que mi abuelo y yo pasemos unos días en su casa. Se ve que a la casa del abuelo se le ha caído el tejado —añadió Quim, que tragó saliva, compungido—. No sabía que estaba tan mal. He estado... liado con otras cosas —añadió, avergonzado.

—¿Quieres dejar la urna de tu abuelo junto a la de mi abuela? Así se harán compañía, seguro que tienen muchas cosas que contarse.

Quim asintió. Cuando se acercó al aparador con la urna en las manos, Gloria se fijó en que tenía los ojos enrojecidos por la emoción. Por eso no le extrañó cuando, tras dejar la urna, señaló la escalera.

—Voy a tumbarme un rato en la cama. Creo que me ha salido el cansancio del viaje y de... todo en general.

Gloria asintió y lo siguió en silencio.

—Yo duermo en esa habitación —le dijo, señalando el cuarto donde solía dormir cuando visitaba a la abuela de pequeña—. Puedes elegir entre las otras dos.

Quim abrió la primera puerta que encontró. Era la habitación de los abuelos de Gloria. Él no lo sabía ni le importaba; se hubiera quedado en la otra si hubiera estado más cerca.

—Me quedo aquí.

Asintiendo, Gloria entró tras él, abrió el armario de su abuela y sacó un juego de sábanas.

—¿Te ayudo a hacer la cama?

—No, no hace falta —respondió él, apagado, sosteniendo las sábanas en silencio abrazadas contra su pecho.

El silencio se alargó hasta que Gloria, incómoda, señaló la puerta.

—Pues me voy.

Él asintió.

Y ella se fue.

- Cuánto tiempo, Gloria.
- ¿Nos conocemos?
- No seas así.
- No recuerdo haberte invitado a mi casa. Vete.
- Gloria...
- No hablo con desconocidos ni con cobardes.
- No soy ni una cosa ni la otra.
- No luchaste por nosotros cuando debías; ahora es tarde.
- No es tarde, dame otra oportunidad.
- ...
- Gloria.
- ...
- Tengo toda la eternidad para seguir insistiendo.
- ¡No! Vete, déjame en paz.
- Sabía que estabas ahí.
- ¿Dónde quieres que esté?
- Aquí, a mi lado; para siempre.
- Ahora, ¿no? No es por el resquemor que te guardo, que también, pero te recuerdo que estás muerto, Joaquín. ¿Qué quieres que hagamos a estas alturas?
- Podemos hacer muchas cosas.
- Ilumíname.
- No necesitas que te ilumine; la luz que desprende tu alma es preciosa, pero, por ejemplo, puedo hacerte compañía. Te conozco, y sé que no vas a resistir la eternidad sin poder hablar con alguien.
- Supongo que habrá alguien más por aquí aparte de ti. Vamos, eso espero.
- No seas tan dura conmigo. Sabes por qué lo hice.
- Por cobardía.
- No es cobardía retirarse de una batalla que no se puede ganar. Nos habrían matado a los dos.

—Tal vez no.

—Sabes que sí. Y si hubiéramos muerto los dos, ahora tu nieta y mi nieto no estarían aquí, conociéndose y comiéndose con los ojos.

—¿Tú también lo has notado?

—Hasta un muerto se daría cuenta.

—¡Joaquín!

—Qué ganas tenía de oírte reír y de oír tu voz pronunciando mi nombre, Gloria. Estos años se me han hecho eternos.

—No te creas que voy a perdonarte sólo porque me hagas reír.

—No, no lo creo, pero tal vez pueda empezar a perdonarme yo.

Gloria se había acostumbrado rápidamente a la compañía y, en soledad, la tarde se le hizo eterna. Examinó el contenido de la despensa, por hacer algo. Estaba en un rincón de la cocina, y si uno no se fijaba, se confundía con un armario normal. No dejaba de ser un armario, pero un poco más profundo, con baldas a lado y lado, donde había botes de conserva de frutas y hortalizas, hierbas medicinales, botellas de aceite, sal, legumbres secas y una docena de botellas de vino, sin etiquetar. De hecho, ninguno de los productos que encontró tenía etiqueta.

Ver que disponía de todos aquellos alimentos en la casa y que no dependía de que un grupo de ancianos se acordaran de alimentarlos la hizo sentir un poco más segura.

Cogió una de las botellas de vino y la dejó sobre la mesa de la cocina. Frunció el ceño al ver que lo habían dejado todo por el medio de cualquier manera. No por el desorden, que casi agradeció porque así tenía algo que hacer, sino por lo bruscamente que había cambiado el ambiente en la casa. Habían estado charlando y riendo, relajados, y de pronto Quim se había venido abajo.

«Ha perdido a su abuelo y, al parecer, lo ha dejado la novia. Es normal que tenga altibajos», se recordó.

—Pero no dejes que te apabulle —murmuró—. No puedes cargar con los problemas de todo el mundo.

Guardó el estofado que había sobrado y las manzanas que no habían probado, y se puso a lavar los platos. Mientras tanto fue recordando lo sucedido durante los últimos días. Y aunque seguía muy triste por no haber podido estar con su abuela cuando enfermó, se dio cuenta de que la ansiedad que la había acompañado durante los últimos tiempos había mejorado mucho. Y no lo entendía, porque las puertas y ventanas estaban cerradas y barradas.

Debería estar teniendo un ataque de claustrofobia, pero estaba más tranquila de lo que se había sentido en mucho tiempo. Saber que no tenía que volver al trabajo ni volver a colocarse la diadema por la que la gente le

hablaba, descargando sobre ella sus problemas, frustraciones y mal humor, le quitó de encima un peso que había cargado sin ser demasiado consciente. Se sintió como una reina obligada a abdicar, que se hubiera librado de una corona maciza que le oprimía la cabeza y le machacaba las cervicales.

Se sirvió un vaso de vino, lavó la manzana y fue a tomarse el postre al sofá, apoyando los pies sobre una banqueta que rescató de un rincón.

—Majestad —se dijo—. Disfrute de su retiro en las montañas.

El primer trago de vino le pareció amargo, pero el segundo no tanto. La manzana estaba ácida y el contraste no funcionaba mal. Cuando no quedó vino en el vaso, se tumbó en el sofá y suspirando, se quedó dormida.

—¡Quino! ¡Gloria! ¡Tirad de la cuerda de una vez!

Gloria se desperezó. Estiró los brazos y se secó la baba que le caía por la mejilla. ¿Dónde estaba? ¿Qué hora era?

—¿No queréis la cena? —preguntó una voz femenina—. Os he hecho arroz con leche de postre.

Las palabras «arroz con leche» la despejaron de golpe.

—¡Sí, sí! —respondió, con la voz ronca—. ¡Ya voy!

Con los músculos entumecidos por la mala postura y el frío, Gloria subió tropezando la escalera y se asomó al ventanuco. Le costó reconocer a la anciana que la saludaba, porque había poca luz en la plaza y porque llevaba un pañuelo floreado cubriéndole media cara, pero cuando la oyó hablar reconoció a Pilara.

—¿Todo bien por ahí?

—Mmm, sí. Nos hemos echado la siesta, pero creo que se nos ha ido la mano. ¿Qué hora es?

—Son las ocho.

—¡Madre mía! No recuerdo la última vez que me pegué una siesta así.

—Gloria dejó caer el cesto.

—Ya está —la avisó Pilara cuando acabó de llenarlo—. Tira de la cuerda.

Gloria tiró hasta meter el cesto en la casa y volvió a asomarse.

—Gracias.

—De nada —replicó la anciana—. Parece que va a hacer frío. Abrigaos. Y hasta mañana, Gloria.

—Hasta mañana, Pilara. Cuídate tú también.

Suspirando, Gloria se dirigió a la escalera, pero al pasar frente a la habitación de sus abuelos se detuvo y llamó a la puerta.

—Quim, nos han traído la cena. Si quieres, baja.

Al no oír respuesta, se encogió de hombros y bajó a la cocina. Aunque no tenía hambre, le apetecía mucho tomar algo caliente, así que se alegró al ver que había sopa de pistones. Pilara también les había dejado pan, un trozo de queso que olía divinamente y tomates para untar.

—Y el arroz con leche —murmuró, mientras sacaba las cosas de la cesta—. Voy a salir de aquí con cinco kilos más.

Volvió a encender los tres fuegos de la cocina, pero cada vez tenía más frío.

—Me he vuelto a olvidar de pedirles leña, me cago en todo —refunfuñó, temblando—. Pero juraría que la abuela tenía estufas. ¿Dónde estarán?

Revisó los rincones y encontró una estufa de butano en una esquina del salón, oculta bajo de una funda de tela, un tapete y un cuenco con brezo seco.

—¡Sí! ¡Genial!

Movió un poco la bombona, para asegurarse de que estaba llena y regresó a la cocina en busca de algo con lo que encender la estufa.

La desplazó sobre los ruedines y la dejó cerca del sofá, junto a la tele. Animada por el éxito, subió al primer piso y buscó más estufas en los armarios de las habitaciones.

—Nada. Qué raro. ¿Tal vez en el armario empotrado de la habitación de los abuelos?

Volvió a acercarse a la puerta y pegó la oreja a la madera.

—Quim. —Golpeó la puerta con timidez y luego con más decisión. Finalmente, abrió la puerta y lo oyó gemir—. Perdona, entro un momento a buscar estufas; hoy va a hacer frío.

Esperó, pero él no dijo nada. Encogiéndose de hombros, encendió la luz y se acercó al armario empotrado. Efectivamente, dentro encontró tres estufas eléctricas, todas distintas, que recordaba de su infancia.

—¡Ah, qué bien! ¡Estaban aquí! Te dejaré una, ¿vale? —Se volvió hacia Quim y, al verle la cara, roja y congestionada, se dio cuenta de que algo iba

mal.

—¡Quim! ¡Quim! ¿Estás bien? —Se acercó a la cama y le acercó la mano a la frente. Ya antes de tocarlo, le llegó el calor que desprendía. Estaba ardiendo y temblando.

—Agua —musitó él, agarrándole la muñeca—, agua.

Gloria apartó el brazo bruscamente y se alejó de la cama, sintiendo que el miedo le cerraba el estómago y los pulmones.

«¡Está enfermo! Mierda, mierda, mierda, ¡está enfermo! ¿Qué hago? ¿Aviso a los del pueblo? ¿Y si nos cierran también el ventanuco con tablas y no nos dan ni comida?»

Estaba siendo absurda, lo sabía, pero si ella —que era joven— estaba aterrorizada, ¿cómo se sentirían los ancianos, sabiendo que ninguna ambulancia subiría a buscarlos si enfermaban? Por primera vez desde que la habían encerrado en la casa, entendió su actitud.

—Gloria, piensa. No te dejes llevar por el pánico. ¿Qué haría la abuela si estuviera aquí?

«Dale agua y algo para bajarle la fiebre», dijo la voz de su cabeza, que tal vez fuera su abuela o, más probablemente, el sentido común.

Bajó a la cocina, llenó una jarra con agua y la puso en una bandeja, junto a un vaso y un trapo, que mojó en agua y escurrió bien. Abrió los cajones, en busca de algún medicamento para bajarle la fiebre, pero no encontró nada.

«Hay hierbas en la alacena, pero ¿cuál sirve para eso?»

Cogió la bandeja y subió al dormitorio con cuidado, lamentándose por no haber prestado más atención cuando la abuela le hablaba de las hierbas. De su madre no aprendió nada de eso, ya que todo lo arreglaba con aspirinas.

Dejó la bandeja sobre la cómoda, llenó el vaso con agua y se acercó a la cama.

Cuando Quim le agarró la mano de nuevo, ella trató de soltarse.

—Puedes beber solo —murmuró, pero él ni la oyó. Bebió con tanta ansia que se acabó atragantando. Cuando tosió, Gloria se cubrió la nariz y la boca con la mano y se alejó de la cama.

—Marta —llamó él con la voz ronca—. Marta, no me dejes, por favor.

Gloria pensó que la tal Marta debía de tener el corazón de piedra para abandonarlo.

«Pues aplícate el cuento. Está enfermo y no tiene a nadie más. No lo dejes solo. Pero, eso sí, protégete.»

Había visto que los ancianos se habían hecho mascarillas caseras y llevaban guantes cuando les traían la comida. Bajó otra vez a la cocina y en uno de los cajones encontró paños. Cogió el primero, se lo ató detrás de la cabeza y el trozo que le colgaba como un babero se lo remetiÓ por dentro del jersey. No era una gran mascarilla, pero la hizo sentirse un poco más segura.

Puso una olla a hervir y cogió la menta de la despensa.

—La abuela decía que la menta iba bien para todo, así que daño no le hará —se dijo.

Mientras el agua se calentaba, volvió a subir.

«No voy a necesitar gimnasio con tanta escalera.»

Quim se había vuelto a dormir, pero se revolvía, inquieto.

Sentándose a su lado, le apoyó la toalla húmeda en la frente. En cuanto notó su contacto, levantó una mano hacia ella.

—Marta, no te vayas.

Ella dudó, pero la compasión acabó imponiéndose al miedo.

—No me voy —le aseguró, apretándole la mano—. Me quedo contigo —le aseguró.

Él se relajó un poco.

—Sabía que volverías —susurró—. Te he echado de menos.

Y aunque Gloria sabía que no era ella la destinataria de sus sentimientos, sus palabras fueron un bálsamo para su corazón magullado.

Al cabo de un rato bajó a echar hierbas en la olla. Apagó el fuego y volvió a subir. Dejó la olla en el lavabo del piso superior para no tener que estar bajando tan a menudo. Volvió al dormitorio a por el vaso, pero gruñó al darse cuenta de que necesitaba colar las hojas de menta.

—Va, baja otra vez.

Una vez abajo, buscó un colador y ya puestos subió también un cucharón para servir la infusión.

Completada con éxito la misión, dejó el vaso en la mesilla. Antes de ofrecérselo, acercó una silla a la cama y enchufó una de las viejas estufas eléctricas, redonda, que le recordó a una antena parabólica metalizada.

—Toma, bebe un poco más —le dijo, y él empezó a beber con ganas—. Despacio, que está caliente —le advirtió.

Él hizo una mueca.

—Y amarga.

«Vaya. Otra vez a bajar.»

—Pero, ¿muy, muy amarga? —le preguntó, queriendo evitarse un viaje, pero enseguida se arrepintió. «No va a cenar nada. Ponle al menos un poco de azúcar o miel en la infusión para que tenga fuerzas, no seas rancia»—. Ahora vuelvo.

Tuvo que subirse a una silla para alcanzar un bote de miel que había en lo alto de la alacena. Cuando metió la cuchara para obtener un poco, le costó porque estaba dura como una piedra.

«Calma, calma, calma. No tienes nada mejor que hacer», se recordó.

Puso agua a hervir de nuevo y metió el bote al baño maría. Cuando al cabo de un rato logró que la miel se ablandara un poco, subió y echó una cucharada en el vaso, pero frunció el ceño al ver que no se disolvía.

—¡Ahora la infusión está fría! —refunfuñó—. ¡Cómo esto dure mucho voy a echar un colchón en el suelo de la cocina y te cuido allí!

—No te enfades, Marta —murmuró él—. No te enfades.

Mientras volvía a bajar la escalera, Gloria sintió una gran admiración por el personal que había cuidado de su abuela en la residencia. Ella sólo tenía que ocuparse de un único paciente, joven. Llevaba con él un rato y ya estaba harta de cuidarlo.

«Menudo mérito cuidar de todos aquellos ancianos día tras día.»

Poco después, volvió a ofrecerle la infusión, ni fría ni caliente, y endulzada con miel.

—Sigue estando amarga —protestó él.

Gloria perdió la paciencia.

—¡Ah, no! Lleva una cucharada de miel. ¡No vuelvo a bajar!

—Me sabe raro —insistió él, pero siguió bebiendo hasta terminar.

Gloria volvió a mojar la toalla en el lavabo y se la puso sobre la frente, que seguía caliente.

—Descansa —le dijo.

Él, que ya dormitaba, le buscó la mano.

—Me alegro mucho de que hayas vuelto —susurró.

—Yo también —replicó ella.

—Si me hubiera ido contigo a Seúl y mi abuelo hubiera muerto solo, nunca me lo habría perdonado.

Gloria sintió una punzada de culpabilidad. Durante años vivió con su abuela, pero cuando la anciana empezó a desorientarse al ir a comprar a la calle y a olvidarse de apagar el fuego cuando estaba sola en casa, tuvo que tomar una decisión. Estando en la residencia, sabía que siempre había alguien cuidando de ella, en todo momento, también cuando pasaba la noche en casa de Alejandro.

La añoranza por su abuela perdida se unió al duelo por el fin de su relación y no pudo contener un sollozo.

—No llores, Marta —susurró él—. Ya estamos juntos otra vez. Sabía que ese tío no te haría feliz. Ahora que el abuelo ya no está, me iré contigo adonde tú quieras. Iré a Seúl, dejaré el dibujo y me centraré; seré todo lo que querías que fuera.

Gloria se secó las lágrimas y frunció el ceño. La tal Marta empezaba a caerle francamente mal.

—Eres perfecto tal como eres —le aseguró, apretándole la mano—. Descansa.

Al ver que él se dormía con una sonrisa en los labios, se sintió bien.

«Voy a tomarme esa sopa. Me la he ganado.»

Una vez que empezó a cenar, se le abrió el apetito. Tras la sopa, se tomó una rebanada de pan con tomate, aceite y queso. Y luego atacó el arroz con leche.

—Qué bien entra —se dijo, mientras rebañaba el tazón—. Tal vez a Quim le apetezca.

Pilara se lo había pasado en un bote de cristal. Sirvió la otra mitad del arroz en otro tazón y lo subió, pero al asomarse a la habitación, vio que Quim volvía a estar muy inquieto. Se había destapado y la toalla húmeda se había caído al suelo.

«Menuda nohecita nos espera», se dijo, con fastidio, pero al acercarse a él, el fastidio se convirtió en miedo. Estaba mucho más caliente que antes.

Se levantó con decisión y se acercó al ventanuco. Tenía que pedir ayuda. Si el virus lo atacaba con la misma virulencia que a su abuela... tal vez no llegara a ver salir el sol.

—No, no puede ser —murmuró, aterrada, mientras su mente le ofrecía escenas de una película de terror: Quim, muerto en la cama de sus abuelos y ella enferma, pidiendo ayuda, sin que nadie se acercara a dársela—. Esto es una maldita pesadilla.

Desde el ventanuco, empezó a gritar.

—¡Águeda! ¡Pilara! ¡Guayén! ¡Ayuda, por favor! ¡Ayuda! ¡Que venga alguien! ¡Necesitamos ayuda!

Siguió gritando un rato, sin parar, hasta que se abrió una ventana de la plaza.

—¿Qué pasa? ¿Por qué gritas tanto?

—¿Águeda?

—Soy Guayén.

—Por favor, trae ibuprofeno, paracetamol, algo para bajar la fiebre, lo que sea.

—¡Ay, Virgen Santa! ¿Tenéis el virus?

«¡Oh, no!»

A Gloria le costaba respirar. Sintió que el miedo se le multiplicaba por dos. Tenía miedo a la enfermedad, al contagio, pero también a la reacción de los habitantes de La Munia. Su imaginación volvió a dispararse.

«¿Y si prenden fuego a la casa con nosotros dentro?» Se estremeció. «Improvisa. ¡Di algo!»

—¡No! ¡No! Es que tengo migrañas. Muy fuertes. Y ésta me está matando.

—¿Y la migraña te da fiebre? —Guayén no parecía muy convencida.

—Un poco, sí, pero lo peor es el dolor. Por favor, tráeme algo.

—Es que ya estaba en la cama... Y creo que se me han acabado las pastillas.

—Te lo suplico, Guayén. Te lo compensaré. Cuando salga de aquí te pagaré las medicinas al precio que me digas. O te fregaré la casa, lo que me pidas.

La anciana guardó silencio.

—Iré a ver si encuentro algo por algún cajón.

—¡Gracias! ¡Muchas gracias!

Gloria sintió que podía respirar un poco mejor. Inspiró hondo y soltó el aire lentamente. Al cabo de un rato, vio salir a Guayén de su casa. Se imaginó que era Guayén, aunque era imposible reconocerla.

—¿Qué se ha puesto? —susurró, viendo acercarse a la sombra negra. Cuando estuvo al pie del ventanuco, vio que la especie de traje de buzo negro brillante que llevaba eran bolsas de basura sujetas con pinzas de la ropa.

«Parece que no se ha creído lo de la migraña», se lamentó, haciendo una mueca. «Pero ha venido igualmente, que es lo importante.»

Dejó caer la cesta y, cuando Guayén dio un tirón a la cuerda, la recuperó.

—Te he dejado unos cuantos *locatiles* y corteza de sauce para tomar en infusión. Y alcohol de romero. Empapa pañuelos y pónselos por todo el cuerpo —le aconsejó la anciana, y Gloria sintió ganas de echarse a sus pies y besárselos.

—¡Gracias, gracias! Se los pondré —exclamó, sin pensar. Al darse cuenta de lo que acababa de admitir, trató de rectificar—. Quiero decir que me lo pondré... en la frente... ¡Maldita migraña!

Guayén asintió. A pesar de la oscuridad, del pañuelo que le cubría la boca y de la bolsa de basura que le tapaba la cabeza, a Gloria le llegó su mirada de preocupación sincera.

—Me voy —le dijo—. Volveré por la mañana. Cuidaos mucho.

Esta vez el nudo que Gloria sintió en la garganta fue de emoción. La vida se había vuelto loca, pero desde que había llegado al pueblo tenía la sensación de que había dejado de ser invisible; había dejado de ser un número, una pieza sustituible de un gran engranaje. Allí era Gloria, la nieta de Gloria. Única, irremplazable. Y la sensación le dio fuerzas para enfrentarse a la noche.

—Gracias, Guayén. Muchísimas gracias. Por todo.

—No hay de qué, niña. Para eso estamos.

Gloria notó que alguien le acariciaba la mano.

—Alejandro —murmuró, soltando un suspiro de felicidad—. Has venido.

Esta vez no notó ligeros golpecitos en la mano, sino un tirón más brusco, que le hizo fruncir el ceño.

—¿Qué pasa? ¿Me he dormido? ¿Tengo que ir al trabajo?

Gruñó con ganas. Tenía la sensación de no haber pegado ojo en toda la noche. Le dolía la espalda y tenía las cervicales rígidas como si se las hubieran pegado con pegamento. Cuando logró abrir un ojo, vio a un hombre a medio metro de ella, tumbado en una cama que no era la suya, tratando de levantarse. Llevaba el pelo suelto, por encima de los hombros, un poco más largo que el suyo, lo que le dijo rápidamente que ese hombre no era Alejandro. Su novio —«exnovio, exnovio, exnovio»— se cortaba el pelo cada tres semanas. Cada vez que iba al barbero, salía con cita concertada para la próxima sesión; una vez incluso habían cambiado la fecha de las vacaciones para no saltársela.

No se imaginaba a Quim perdiéndose una oportunidad de diversión por algo así, pero en realidad, no lo conocía de nada.

«Deja de idealizarlo. Tal vez es de los que salpican a la gente que espera en la parada del autobús con la bici cuando llueve.»

Aunque en esos momentos su compañero de encierro tenía tan mal aspecto que no habría podido ni levantar la bicicleta del suelo. Había logrado sentarse, pero al parecer estaba mareado porque volvió a desplomarse sobre la cama y se cubrió los ojos con el antebrazo.

—¡Quim! ¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal?

Él la tranquilizó, negando con la cabeza.

Gloria miró a su alrededor buscando el móvil para ver qué hora era, pero lo tenía en su habitación, apagado. El reloj de los abuelos tampoco funcionaba, estaba parado. «Tal vez haya pilas por algún lado», se dijo, atontada. Se levantó de la silla para ir a mirar por el ventanuco. Quería

hacerse una idea de la hora y saber así cuánto tiempo hacía desde que le dio la medicación a Quim la noche anterior, pero él la agarró por la muñeca.

—Me estoy meando —admitió con la voz ronca, y al hablar le entró un ataque de tos—. Ayúdame a ir al lavabo.

Gloria se soltó y se echó hacia atrás de manera instintiva. La tos de Quim le hizo darse cuenta de que había perdido el paño con el que se había tapado la nariz y la boca. Lo encontró pronto, caído alrededor del cuello. Rápidamente, se protegió y puso los brazos en jarras, preparándose para un nuevo desafío en su recién iniciada carrera como cuidadora.

«Me temo que le he dado demasiadas infusiones», se dijo, con fastidio.

—Me ayudas o me lo hago encima —insistió él, con los ojos cerrados.

—¡Ni se te ocurra! —Se inclinó hacia él y le pasó un brazo por detrás de los hombros—. A la de tres, arriba. ¡Una, dos, tres!

Quim se agarró a su espalda y entre los dos lograron moverlo un par de centímetros como mucho.

—¡Au, me has deslomado! —protestó Gloria—. ¿Cómo puede ser que peses tanto, si no estás gordo?

—Porque no sabes —protestó él, malhumorado.

—Vale, gracias. Espera, que voy a buscarte a un profesional.

—¡No! —Quim volvió a agarrarla de la muñeca—. No te vayas. Estoy mareado. ¿Podrías traerme algo para hacerlo aquí?

—¿Hacer qué? —preguntó, un segundo antes de entender a qué se refería—. ¡Oh! Oh, sí, quizás será lo mejor.

Recordó haber visto un orinal guardado dentro de la mesita de noche del abuelo, que tenía una puertecita en la parte inferior.

«¿Seguirá allí?», se preguntó.

Rodeó la cama y abrió la portezuela.

«¡Bingo! A la primera. ¿Estará cambiando mi suerte?»

—¡Quim! ¡He encontrado un orinal! —exclamó con entusiasmo un tanto exagerado.

Cuando él la miró de reojo, con desconfianza, ella maldijo en silencio.

«¡Mierda! ¿Pensará que quiero verle... lo poco que me falta por ver?»

—¿Puedes sentarte?

—Lo intentaré —respondió él, poniéndose de costado. Luego empujó al mismo tiempo que ella lo enderezaba y entre los dos, como si estuvieran levantando un obelisco, lo lograron.

«Gloria, no pienses en obeliscos ahora.»

La noche anterior, tras darle un paracetamol junto a una infusión de corteza de sauce, le había quitado la ropa y le había aplicado pañuelos empapados en alcohol de romero. Se lo había quitado todo excepto los boxers negros ajustados, que dejaban poco a la imaginación.

Él trató de bajárselos con una mano mientras sostenía el orinal con la otra, pero al poco soltó un resoplido de frustración.

—Deja, que te ayudo —se ofreció ella.

Quim refunfuñó algo que Gloria no entendió. Le quitó el orinal y lo dejó sobre la silla donde había pasado la noche. Acuclillada ante él, le agarró los bóxers y se los bajó con fuerza.

—Qué entusiasmo. Lástima que el mío no esté a la altura —murmuró él, molesto.

—No seas crío. —Gloria trató de quitarle hierro a la situación adoptando el tono expeditivo que usaban las enfermeras de la residencia de su abuela—. Así, muy bien —añadió, bajándole los bóxers hasta los tobillos—. ¿Podrás tú solo ahora?

—Eso espero —murmuró, mientras Gloria le acercaba el orinal y lo colocaba sobre sus muslos—. Mmm. Un poco más abajo.

Ella estudió la situación.

—Pues separa las piernas.

—¡No mires!

—¡Oye! —Gloria se hizo la digna—. Es una mirada profesional. No te vayas a pensar que tengo ningún interés en ver lo que... ¡en ver nada! —Se dio media vuelta—. Acaba de una vez. ¡Y apunta bien!

Gloria esperó a oír el ruidito delator, pero el silencio se alargó hasta que al final oyó resoplar a Quim.

—Si estás aquí no puedo; no me sale.

—¡Será posible! Nos ha salido tímido el señorito —refunfuñó ella, sacudiendo la cabeza—. Bis, bis, bis, bis —siseó, para animarlo—. ¿Quieres que abra un grifo?

—No, quiero que salgas de la habitación y me dejes hacerlo solo.

Ella levantó las manos.

—Vale, vale, tranquilo, machote. —La vista se le desvió hacia el sur al llamarlo machote y a él no le pasó por alto.

—Largo —insistió, fulminándola con la mirada.

—Como te marees, ¡llama a otra!

Gloria salió al descansillo al que llegaba la escalera y que servía de distribuidor. Había dos puertas a cada lado: dos dormitorios de un lado y la habitación de Gloria al otro lado, junto al baño. Frente a la escalera, quedaba el ventanuco.

Se asomó y vio que empezaba a clarear por el horizonte. El viento que entraba por la única abertura de toda la casa era frío y la hizo estremecer. Se abrazó y, por primera vez en su vida, dio las gracias por ver amanecer un nuevo día.

No tardó en regresar junto a Quim, por si se mareaba. Al llegar a la puerta, vio que trataba de dejar el orinal en la silla. Corrió a su lado y se lo arrebató de las manos.

—¡Eh, muy bien, campeón! —exclamó, con el entusiasmo de una maestra de educación infantil, entusiasmo que él recompensó con su mejor mirada asesina. Sin esperar a que le subiera los calzoncillos, se desplomó lateralmente, como un árbol en medio del bosque. Ella miró a lado y lado, con el orinal en alto, dudando. Finalmente corrió al lavabo, lo dejó en el suelo y regresó junto a la cama—. ¡Quim! ¿Cómo te encuentras?

—Como el culo —refunfuñó él.

Gloria puso los brazos en jarras.

—Pues tienes un buen culo. ¿Significa eso que te encuentras bien?

Él pareció recordar que estaba desnudo y se cubrió con una mano, mientras gruñía.

—¿Ya me has puntuado a gusto?

Gloria se aguantó la risa, contenta al ver que estaba mejor.

—Me encantaría perder el tiempo con esas cosas, pero estoy muy ocupada. Anda, ayúdame a subir las piernas a la cama. —Entre gruñidos de protesta, lo consiguieron—. Ponte boca arriba. Venga, que te subo los bóxers. —El vello de las piernas de Quim, bastante abundante, le hizo cosquillas en las manos. Tras superar el escollo de sus rodillas, avanzó más lentamente, consciente de que se adentraba en terreno peligroso—. Ayúdame. Levanta las caderas.

—No puedo; necesito las manos para taparme.

—No miro.

—No ni poco.

—¡Más quisieras!

—Si abres un poco más los ojos te confundiré con un búho.

—¡Oh! —Gloria quiso protestar con más vehemencia, pero tal vez sí que se le había escapado un poco la mirada hacia la zona cero. Al fin y al cabo, no tenía nada más interesante que mirar. Si al menos pudiera asomarse a las ventanas y contemplar el río.

«La culpa es de las viejas locas, por encerrarme», se dijo, muy digna.

Salió de la habitación para vaciar y enjuagar el orinal y lo dejó de nuevo debajo de la cama.

—Pues aprovechando que te encuentras mejor, creo que deberías comer algo. No sabemos si te volverá a subir la fiebre, necesitas recuperar fuerzas.

Él empezó a protestar, pero su estómago rugió, llevándole la contraria.

Gloria asintió, satisfecha.

—Me cae bien tu estómago, es más sensato que tú —le dijo y él alzó una ceja—. Voy a prepararte algo. Ahora vuelvo.

Poco después, subió una bandeja con pan con aceite y queso, el tazón de arroz con leche y una infusión de corteza de sauce.

—Abre los ojos, que sé que no duermes. Mira lo que te ha traído tu abnegada enfermera. ¿Qué te apetece? —Le señaló el pan.

«Espero que no le apetezca el arroz con leche, así me lo como yo.»

—El arroz con leche —replicó él, con decisión. Cuando sus miradas se cruzaron por encima de la máscara casera que llevaba Gloria, supo que él le había leído la mente—. Tiene que estar muy bueno para que no quieras que me lo coma.

Gloria resopló y dejó la bandeja en la cómoda.

—No sé de qué me hablas. —Volvió y lo ayudó a incorporarse, apoyando el almohadón en la pared. Luego se sentó a su lado y le ofreció una cucharada de arroz, caldosito y en su punto de limón y canela.

—Mmmm —gimió él, y Gloria pensó que valía la pena quedarse sin postre por ver su cara contraída en una mueca de placer tan de cerca. Trató de no imaginarse con él, en esa misma cama, sintiendo un placer similar en otras circunstancias, pero su imaginación estaba desbocada últimamente. Agachó la cara para que él no pudiera leer sus pensamientos, pero Quim le levantó la barbilla con dos dedos y le dirigió una mirada de halcón—. Abnegada no sé, pero golosa eres un rato —dijo, con una sonrisa burlona.

Gloria sintió que le ardían las mejillas. O le había contagiado el maldito virus o algo peor.

«Ni se te ocurra encariñarte con él. ¡Fabrica anticuerpos, pero ya!»

—Lo que soy es idiota —refunfuñó, plantándole el tazón de arroz con leche entre las manos—. Anda, come solo, majo, que te veo muy mejorado. Voy a ducharme ahora que puedo.

—Eso; huye, cobarde.

Y mientras se marchaba, a Gloria le pareció oír que reía, con una risa grave, sexy y de lo más irritante.

Mientras se enjabonaba, Gloria trató de no pensar en su compañero de confinamiento y cuanto más lo intentaba, más fracasaba. Si se hubieran cruzado por la calle, lo más seguro era que no se hubiera fijado en él. Aunque debía de tener su edad, le parecía muy joven, probablemente porque estaba acostumbrada a estar con Alejandro, que tenía treinta y cinco pero aparentaba ciento cuarenta. La compañía de Quim le provocaba un curioso efecto: a su lado volvía a sentirse como cuando tenía veinte años.

Le resultaba atractivo, no iba a negarlo, pero no era eso lo que más le llamaba la atención de él. Cuando su temperatura corporal no superaba los treinta y siete grados se mostraba confiado, seguro de sí mismo, un poco arrogante, pero también divertido. En cambio, cuando la fiebre lo tumbaba, dejaba a la vista a un Quim vulnerable, que mostraba sus miedos de manera abierta. La combinación era peligrosa. Además, era mucho más agradable pensar en sus muslos, en la nuez de su cuello o en sus abdominales que en la enfermedad que campaba por el mundo, llevando miedo y paro allá por donde iba.

«Ya queda menos», se dijo, cerrando el agua. Mientras alargaba la mano en busca de la toalla, temblando de frío, frunció el ceño. «¿Cuánto tiempo ha pasado?», se preguntó. Quim había llegado el día anterior, aunque le parecía que hacía mucho más, y ella llevaba un día y medio. Si ya había empezado a perder la noción del tiempo, ¿cómo se orientaría dentro de una semana?

—Necesito un calendario o algo —musitó—. Uf, ¿me tengo que poner la misma ropa?

Se secó y, envuelta en la toalla, fue a la habitación de sus abuelos.

Quim se había terminado el arroz, había dejado el tazón en la mesita y se había echado en la cama, con el antebrazo sobre los ojos porque la luz estaba encendida.

Gloria se acercó al armario ropero y revisó la ropa de su abuela. En cualquier otro momento, habría pedido ayuda a las mujeres del pueblo para que la ayudaran a entregar su ropa a alguna persona que la necesitara, pero

la situación era tan rara que ahora era ella la que necesitaba esa ropa. Se había quedado incluso sin ropa interior limpia.

Abrió un cajón y encontró unas cuantas bragas —altas, muy altas, casi tanto como el Risco—, camisetas, visos, medias y calcetines. Cogió unas bragas, unos calcetines de lana, una camiseta y una chaqueta de lana color ciruela. Por el espejo que había en el interior del armario, vio a Quim aguantándose la risa a su espalda hasta que le entró un ataque de tos.

Con una mano, Gloria se reajustó el medio nudo que se había hecho con la toalla ante el pecho, cerró el armario y se dio la vuelta para salir de allí con la dignidad de una Santacana.

«No lo mires, no lo mires.»

—Si te pones las bragas de tu abuela, igual tengo que cambiarte la puntuación.

Gloria se consideraba una persona paciente, pero aquello era una provocación en toda regla, y no pensaba dejarla pasar.

Inspiró hondo, y con la ropa de su abuela sujeta ante el pecho, replicó:

—Si quieres seguir con ese jueguito infantil, tú mismo, pero te advierto que la ropa de mi abuelo fue a parar a la parroquia y sospecho que tú también te has quedado sin ropa limpia. Así que, si quieres cambiarte... ya sabes dónde están las bragas de mi abuela —añadió, señalando el armario con la cabeza y haciendo una mueca.

A él se le cortó la risa de golpe.

—¡Eh, no, ni hablar! Lávame la ropa que dejé en la mochila, por favor.

—¡Ja!

—¡Gloria!

—Ahora sí te sabes mi nombre, ¿no? —se le escapó, y aunque se tapó la boca con la ropa, el mal ya estaba hecho.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él, con el ceño fruncido, y Gloria se sintió como un ser despreciable por haber hecho desaparecer el brillo de su mirada.

—Anoche...

—Anoche ¿qué? —insistió él, con desconfianza.

—Anoche me llamabas Marta —respondió ella, tratando de ganarse su complicidad con una mueca—. ¿Quién es Marta?

Los expresivos ojos de Quim volvieron a brillar, pero sin rastro de humor, era un brillo de resentimiento.

—No es nadie —respondió, y Gloria notó que pronunciar esa corta frase le dolía, como si las palabras estuvieran rebozadas en sal cristalizada —, sería cosa de la fiebre.

Gloria no quiso hurgar en la herida. Asintiendo con la cabeza, fue a su habitación a vestirse. Lavó su ropa y la de Quim y la tendió en un tendedero plegable, cerca de la estufa de butano. Sin embargo, a él no le dijo que pronto tendría ropa limpia.

«Que sufra un poco.»

—Gloria, niña, ¿estás despierta? —le llegó la voz de Guayén al otro lado de la puerta principal.

—¡Sí! —Subió la escalera, recordándose en voz alta todo lo que quería pedirle—. Leña, calendario, arroz con leche...

—Pídele unos calzoncillos —le llegó la voz ronca de Quim al pasar ante su puerta.

—¿Qué pasa? ¿Te dan miedo las bragas?

—Las de cuello vuelto un poco, la verdad.

Sonriendo, Gloria se asomó al ventanuco.

Guayén volvía a estar al pie de la casa, equipada con guantes y un pañuelo de los de liar hatillos cubriéndole media cara, pero sin traje de buzo hecho con bolsas de basura.

—Veo que estás mejor de la migraña —comentó con ironía, al verla sonriente—. Me alegro.

—Oh. —Gloria se riñó mientras borraba la sonrisa de la cara—. Sí, mucho mejor. La cogí a tiempo, gracias a ti. Te lo agradezco mucho, mucho, de verdad.

—Vale, vale. ¿Necesitáis algo más?

—Pues ya que no nos dejáis salir, estaría bien tener leña, y un calendario. Y una tonelada de arroz con leche. Aunque si me traéis arroz y leche, puedo prepararlo yo...

Guayén se echó a reír.

—Te traeré un calendario y veré qué puedo hacer con la leña, pero lo del arroz con leche, ni lo sueñes. Es especialidad de Pilara. Nadie se molesta en prepararlo porque a nadie le sale como a ella. Le diré que tiene dos miembros nuevos en su club de fans.

—Los más entregados; somos sus siervos eternos.

Guayén volvió a reír.

—Anda, acércame el cesto, que os he traído algo.

Gloria hizo lo que le pedía y poco después sacó de la cesta un blíster con varios Gelocatiles más.

—Por si vuelve la migraña, que es muy traicionera.

Gloria la miró a los ojos y Guayén se llevó un dedo a los labios, indicándole que no dijera nada al resto de habitantes del pueblo. Gloria negó con la cabeza. Durante la noche había sentido el miedo a morir como nunca antes. Si podía ahorrárselo a los demás, lo haría. Sería su secreto.

Pasaron la mañana separados, Quim dormitando en la cama de los abuelos y Gloria explorando la casa, aunque de vez en cuando se asomaba y le preguntaba si necesitaba algo. Él respondía con un gruñido malhumorado y una de las veces que Gloria se asomó, lo encontró usando el orinal solo. Al mediodía comió, pero poco, y por la tarde la fiebre volvió a apoderarse de su cuerpo.

De nuevo, Gloria fue testigo de la transformación. El huraño Quim se transformó en un corderito que la agarraba de la mano y le rogaba que no lo dejara solo cada vez que ella se levantaba.

«El extraño caso del doctor Guallart y mister Quim», se dijo, sacudiendo la cabeza.

Preparó otra olla de infusión de sauce y le dio el primer vaso de la tarde con un comprimido para la fiebre. Aunque se había prometido que pasaría en la habitación el menor tiempo posible para reducir la posibilidad de contagio, cuando él se removió inquieto y le rogó que no lo abandonara, se vio incapaz de marcharse; no podía. Con la mascarilla casera en la cara y apretándole con fuerza la mano, deseó que alguien hubiera hecho lo mismo por su abuela. Conociendo a las auxiliares y enfermeras que la cuidaban en la residencia, estaba convencida de que así había sido.

Cuando al cabo de dos horas la fiebre le subió un poco más y empezó a llamar a Marta, Gloria fue a buscar los pañuelos y el alcohol de romero.

«Hoy en día ya nadie tiene pañuelos de tela en sus casas», se dijo, mientras acariciaba las letras bordadas en el trozo de tela: una G y una J. «Gloria y Jaime», pensó, los nombres de sus abuelos. «Gloria Santacana y Jaime Ariza. Curioso que la casa tenga el apellido de la abuela.»

Al apartar el revoltillo de sábanas, mantas y colcha que Quim tenía enredado entre las piernas, se olvidó de todo lo que no fuera la piel del paciente. Empapó el primer pañuelo en alcohol de romero y se lo apoyó en el pecho, ancho y cubierto por una ligera capa de vello en el centro.

Él se estremeció y le buscó la mano.

—No —susurró ella—, déjame. Tengo que curarte.

Le aplicó otro pañuelo mojado sobre el cuello y frunció el ceño cuando él movió la cara a lado y lado. Había estado contando sus lunares y el movimiento la descontó. Sujetándole la cara por la barbilla, volvió a empezar.

«Uno grande a medio cuello, otro pequeño al lado. Uno en la mandíbula, otro a media mejilla y dos más en la sien...»

—Marta, ¿qué haces?

—Nada. Estate quieto. —Gloria no tenía vocación de cuidadora, le faltaba paciencia. Lo estaba cuidando lo mejor que sabía, pero lo cierto era que se aburría mucho.

«No es pedir tanto poder contarle los lunares mientras está un poco aturdido por la fiebre, ¿no? ¿O sí?» Se encogió de hombros y le aplicó pañuelos en los brazos y los muslos. No pudo evitar que la vista se le desviara un poco, muy poco, hacia los bóxers negros que ya eran viejos conocidos. Los otros, los que había lavado esa mañana con una vieja pastilla de jabón que había encontrado bajo la pileta de fregar platos, era muy parecidos, pero de color gris piedra. Le deslizó un dedo bajo el tejido elástico y lo soltó, dejando que volviera a abrazarle el muslo.

—¿Tienes ganas de jugar, Marta? —Él le atrapó la mano bajo la suya.

Gloria carraspeó, y tuvo que admitir que, si Quim no estuviera postrado por la fiebre, no le importaría nada demostrarle las ganas de jugar que tenía.

—Descansa —murmuró.

«¿Cómo he podido estar tantos años junto a un hombre que llevaba siempre calzoncillos blancos idénticos? Y lo peor no era eso. Lo peor era que se alegraba sinceramente cada vez que su madre se los regalaba por Navidad», recordó, sacudiendo la cabeza.

Fue al lavabo, se lavó las manos porque los informativos insistían en que había que lavárselas bien y a menudo, empapó una toalla pequeña, la retorció para escurrirla y, al regresar al dormitorio, puso los ojos en blanco al ver que ningún pañuelo seguía en su sitio.

«Menuda paciencia que tienen las cuidadoras. Y yo que me quejaba de mi trabajo.»

Sintió una nueva punzada de resentimiento ante la empresa que se había librado de ella de una patada en un momento tan duro, pero se obligó a centrarse en el presente.

Se sentó junto a Quim y le puso la toalla mojada sobre la frente.

—No te muevas o se caerá —le advirtió, en tono serio.

—No te alejes y no me moveré —susurró él.

—Deja que vuelva a ponerte los pañuelos en su sitio.

Los músculos de Quim estaban tan calientes que los pañuelos estaban prácticamente secos. Sacudiendo la cabeza, le echó alcohol a chorro sobre los pañuelos para humedecerlos otra vez y él se estremeció y siseó entre dientes. Tal vez no se llevaría una medalla a la enfermera más paciente del año, pero le pareció una técnica bastante práctica. Satisfecha, se sentó, y cuando Quim le buscó la mano, no la retiró.

—¿Te duele la cabeza? —le preguntó.

—Ya no —replicó él, con los ojos cerrados, y a Gloria se le ablandó un poco el corazón.

A Quim volvió a subirle la fiebre al día siguiente, repitiendo prácticamente el mismo ciclo, pero después mejoró rápidamente. Cuando por la mañana del cuarto día fue él quien se asomó a recoger lo que los habitantes del pueblo les dejaron en la cesta, Guayén saludó.

—Buenos días, Gloria.

—No soy Gloria, soy Quim —replicó él, frotándose la barba.

Ella entornó mucho los ojos.

—Es verdad, qué poco veo sin gafas. Es que, con ese pelo, me despistas.

Instintivamente, Quim buscó la goma que solía llevar en la muñeca para hacerse una coleta, pero no la encontró.

—¿Cómo estás? —se interesó Guayén.

—Mucho mejor, muchas gracias. Gloria me ha contado que nos has estado ayudando. ¿Cómo estáis vosotros?

—Todos bien, gracias a Dios. ¿Cómo está ella?

—Bueno...

—Que se asome, quiero verla.

—Está descansando, le he dado mala noche.

—No me mientas, Quinito. ¿Está...

Él titubeó, pero acabo asintiendo. Necesitaba una aliada externa y según Gloria, Guayén era su contacto con el mundo y suministradora de medicinas.

—Le subió la fiebre anoche. Le he dado un paracetamol. Parece que no le sube tanto como a mí, pero tiene más tos.

Guayén agachó la cabeza y musitó algo antes de volver a mirarlo.

—Veo que ella te ha cuidado bien; espero que hagas lo mismo.

—Descuida.

—Nos turnamos para venir. En teoría a mí no me toca volver hasta pasado mañana, pero me paso cada noche, cuando ya se han acostado todos y por las mañanas, antes de que traigan el desayuno.

—Sí, lo sé, muchas gracias.

La anciana sacudió la cabeza con impaciencia; no buscaba agradecimiento.

—Pero si en cualquier momento se pusiera peor, me pegas un grito. Vivo ahí enfrente.

—No te preocupes. La cuidaré bien y si no mejora, te avisaré.

—Más te vale.

—Que tengas un buen día, Guayén.

La anciana suspiró.

—Igualmente, Quinito. Cuídate.

Poco después, Quim entraba en la habitación de Gloria con el desayuno, pero ella lo recibió con un gruñido.

—Apaga la luz.

Él dejó la bandeja sobre la cajonera y encendió la lamparita de la mesilla de noche en vez de la luz del techo.

—¿Mejor?

Ella abrió medio ojo y volvió a cerrarlos con fuerza.

—La luz se me clava en el cerebro. —Gimió—. Me duele mucho la cabeza.

—Prueba a tomar un poco de leche.

Ella negó con la cabeza y el movimiento le empeoró el dolor.

—Te he preparado una tostada con mantequilla y mermelada, como a ti te gustan.

Ella frunció el ceño.

—¿Cómo me gustan?

—Con mucha mantequilla y poca mermelada.

Gloria pensó que ese desconocido con quien llevaba conviviendo cuatro días sabía cosas de ella que sin duda Alejandro desconocía. Trató de recordar algún momento en que él la mimara, preparándole algo especial, pero sólo le vinieron a la cabeza reprimendas, pequeñas pero constantes: «Toma zumo de naranja natural... No comas porquerías, tienes que comer más sano... La mantequilla no te conviene...»

Cuando se le llenaron los ojos de lágrimas, Quim se alteró.

—Eh, eh, ¿te duele más? —Se puso de pie y se palmeó los bolsillos.

—¿Qué buscas? —le preguntó ella.

—Una solución —respondió, haciéndola reír, lo que le provocó un ataque de tos.

Él la miró, sin saber qué hacer. La sensación de impotencia le resultaba insoportable. Si ella había tenido que pasar por eso durante los casi cuatro días que había estado enfermo, le debía una bien grande.

Bajó a la cocina, sacó cubitos de hielo del congelador, los metió dentro de un trapo de cocina y volvió a subir a la carrera. A mitad de escalera, tuvo que detenerse porque le rodó la cabeza.

«Tranquilo, que aún no estás al cien por cien. No recaigas, que ella te necesita.»

Al llegar a la habitación, Gloria seguía con los ojos cerrados y el ceño fruncido.

—Voy a ponerte esto en la cabeza. Está frío —le advirtió, retirándole el pelo de la cara con delicadeza.

Cuando la tela entró en contacto con su frente, Gloria se tensó, pero poco después gimió de alivio.

—Oh, sí —murmuró, y él no pudo apartar la vista de sus labios resecos y entreabiertos. Sabía que no debería estar teniendo esos pensamientos, pero deseó beberse esas mismas palabras de sus labios, siendo él el causante de su placer y no el hielo.

Gloria levantó la mano y guio la de Quim, apoyando el hielo con más fuerza sobre una de sus sienes y después en la otra.

—¿Te gusta así? —murmuró él. Cuando ella se estremeció y asintió, Quim se echó hacia adelante y, sosteniendo el paño con las dos manos, fue alternando las zonas de la cabeza en las que lo apoyaba. Cada vez que alcanzaba una zona nueva, ella lo agradecía con murmullos y gemidos que le resultaban muy sugerentes.

Demasiado.

Bajó la cabeza para asegurarse de que se había puesto los pantalones, ya que los bóxers eran una barrera insuficiente ante la erección que acababa de sorprenderlo. Miró a Gloria de reojo y soltó el aire, aliviado, al ver que ella seguía teniendo los ojos cerrados.

—Mierda —susurró.

—¿Qué pasa? —murmuró ella, volviendo la cabeza y gimiendo.

—Shhh, quieta, no pasa nada. Es que acabo de acordarme de que no he rellenado las cubiteras y pronto necesitaremos más hielo. Eres tan ardiente que lo estás fundiendo —añadió, para hacerla reír y ella lo recompensó con una pequeña sonrisa que lo hizo sentirse un superhéroe—. Aguántalo tú sola. Ahora vuelvo.

Cuando regresó, poco después, vio que ella había soltado el trapo —que se había perdido entre la almohada y el cabecero— y que se había quedado dormida.

—Oh, vaya.

Con cuidado, apoyó una rodilla en la cama, deslizó el brazo detrás de la almohada y fue pescando lo que quedaba de los cubitos para que no se le mojara la cama. Cuando retiró los últimos trocitos de hielo y trató de bajar la pierna al suelo, descubrió que Gloria se había abrazado a su muslo como si fuera una almohada. No tenía la expresión de dolor de hacía un rato. Se la veía relajada y... ¿contenta?

Quim suspiró. La postura en la que se encontraba era incomodísima.

«Es posible que se haya dormido tan profundamente en tan poco tiempo? ¿O me está tomando el pelo?»

—¿Gloria? —susurró, tratando de liberarse, pero ella se aferró con más fuerza y soltó un suspiro de placer—. Vale, vale. No me voy.

Quim miró a lado y lado. El desayuno le ponía ojitos desde lo alto de la cajonera donde lo había dejado, demasiado lejos para alcanzarlo. Alargó el brazo hacia la silla, pero tampoco llegaba. Suspirando, visualizó alguna postura menos incómoda en la que poder colocarse. Llevaba menos de un minuto así y ya empezaba a dolerle la espalda. Los tirones y calambres en las piernas no tardarían en llegar.

Probó a sentarse hacia un lado, pero no pudo. Probó hacia el otro lado, pero todavía menos.

«¿Y si me tumbo?»

Enseguida se dio cuenta de que no podría hacerlo con la cabeza apoyada en la almohada, pero tal vez si se tumbaba con la cara hacia los pies...

Desplazándose muy lentamente, como si fuera una anciana japonesa practicando tai-chi en un parque de Nueva York, logró tumbarse en la cama sin despertar a Gloria. Ella siguió abrazada a su muslo como si fuera un koala y él el último árbol de Australia. Y aunque tenía hambre, se obligó a no pensar en el desayuno que tenía a menos de un metro de distancia.

En el lado opuesto de la cama, Gloria entreabrió los ojos con disimulo y, aunque un segundo atrás había tenido que hacer un esfuerzo para contener la risa, se le quitaron las ganas de reír de golpe al ver que tenía la entrepierna de Quim justo ante la cara. Se tensó, conteniendo el aliento, pero se recordó que debía seguir fingiendo si no quería que él descubriera su broma.

Suspiró muy hondo y le frotó el muslo con la cara, como si fuera un gato. Cuando empezó a ronronear, oyó que él maldecía en voz baja. Al cabo de un momento, los ojos de Gloria se abrieron como platos al comprobar el efecto que sus gemidos y sus caricias tenían en él. Y aunque sabía que debería pedirle que se marchara si quería que dejara de subirle la temperatura, le aferró el muslo con más fuerza, como si estuviera declarándolo zona ocupada. El nieto de Joaquín Guallart no era bueno para su salud, pero estaba haciendo maravillas con su autoestima, y seguro que eso ayudaría a que su sistema inmunitario se pusiera a fabricar defensas como un loco. O eso esperaba.

Cerrando los ojos con fuerza, deseó recuperarse para poder disfrutar de la promesa que se ocultaba tras los botones de esos vaqueros gastados.

Si lo que estaba viendo no era un espejismo causado por la fiebre, tal vez los quince días de confinamiento se le quedarían cortos.

«Duerme», se ordenó. «Duerme y recupérate pronto.»

Al día siguiente por la mañana, Quim desayunó en la cocina antes de subirle la bandeja a Gloria. Se aseguraría de que no le faltara de nada, pero no pensaba caer en los errores del día anterior. Con la tripa llena, subió a su habitación y entró con la bandeja en alto.

—¡Buenos días! ¿Cómo estás hoy?

Ella estiró los brazos por encima de la cabeza, lo que le provocó un fuerte ataque de tos seca.

—¡Madre mía! Si es que fumáis como carreteras y luego pasa lo que pasa.

Ella se sentó y lo fulminó con la mirada.

—No he fumado en la vida.

Él la miró de reojo.

—¿Ni un porrito?

Cuando ella se ruborizó, él se echó a reír. Se había propuesto mantener la moral de la paciente alta y al parecer no se le daba mal.

—Hace mucho tiempo.

—¿Tu novio te llevó por el mal camino? —insistió él, sentándose a su lado.

—¡Ja!

Él ladeó la cabeza.

—¿Qué significa eso?

—Mi novio... exnovio... no ha sacado los pies del tiesto ni una vez en su vida. Es el tipo más soso y aburrido que puedas imaginarte. Nada de vicios, comida sana y equilibrada, nada de riesgos ni deportes...

Quim hizo una mueca compasiva mientras le ofrecía un café con leche. Ella sedienta, se abalanzó sobre la taza.

—No me lo digas. ¿A que follaba con calcetines?

A Gloria le entró la tos y bañó la cara de Quim con un chorro de café con leche y topping de virus.

—Perdón, perdón —dijo él, limpiándose la cara con la mano—. Me lo merezco.

—¿Por qué no llevas mascarilla? —lo riñó ella, entre tos y tos.

—Se supone que yo te he contagiado a ti, ¿no? Supongo que me habré inmunizado. —Se encogió de hombros—. Aunque en realidad no sabemos si se inmuniza uno al pasarla. ¿Y si es como un resfriado, que lo puedes pasar muchas veces?

Gloria le dirigió una mirada exasperada.

—¿Quedarnos aquí dentro, encerrados toda la eternidad, pasándonos el virus como si fuera una partida de ping pong? ¿Tú a qué me dijiste que te dedicabas? ¿Seguro que no eres guionista de películas de terror?

Los ojos de Quim se apagaron un poco al recordar la vida que lo esperaba fuera de esos muros. Aunque su parte racional pensaba que Gloria tenía razón, otra parte de él no estaba de acuerdo. Tener que matarse a pedalear bajo la lluvia o contra el frío viento en invierno o con temperaturas sofocantes en verano, sin saber qué persona va a abrirte la puerta cuando llegues al lugar indicado... Eso se parecía más a su idea de película de terror.

—Soy repartidor —le recordó, desanimado.

Ella bebió un poco más y lo miró por encima de la taza.

—¿No me vas a dar de comer?

—Últimamente no sé si tratas de seducirme o es que se te ha puesto voz de marinero borracho.

Ella se aguantó la risa.

—Ya que me he quedado en el paro, he pensado que podría ganarme la vida cantando corridos y rancheras.

Los ojos de Quim recuperaron el brillo cuando ella alargó las erres de la palabra «corridos», como si las paladeara.

—Hazlo —replicó con decisión, acercándole una tostada—, yo iría a verte.

Ella sonrió.

—Eso es porque no me has oído cantar. —Gloria dio un bocado e hizo una mueca—. Sabe raro. Todo sabe muy raro.

—¡Ja! ¿Ves? Ya te lo dije. Y no me hacías caso.

Gloria agachó la cara, arrepintiéndose de haberle reñido cuando le dijo que la infusión estaba amarga.

Quim se inclinó sobre ella.

—¿Qué haces?

—Comprobar si también has perdido el olfato. ¿A qué huelo?

Gloria cerró los ojos y se acercó más, y más, hasta que enterró la nariz entre sus abdominales y aspiró hondo.

—No huelo nada —respondió, frustrada.

Él se apartó y le dirigió una sonrisa traviesa.

—Perfecto, pues hoy no me ducho.

—¡Eh! ¡No seas guarro!

—¡Hace frío!

—Pero hay estufas. Llévate una. Y tenemos agua caliente. Te quejas de vicio. ¡Eres un flojo!

—No seas tan bruja, aún estoy convaleciente —se defendió él, llevándose la mano a la frente y fingiendo toser.

Ella hizo un ruido de desaprobación.

—Pues si no te vas a duchar, cuéntame a qué te dedicabas antes de ser repartidor. No creo que nacieras repartidor.

Él se levantó de golpe.

—¡Voy a la ducha!

—No te vayas, hazme compañía.

—¿En qué quedamos? —protestó—. ¡Mujeres!

—¡Ja! ¡Eres tú el que no querías ducharte y ahora te faltan piernas para correr a la ducha! Dúchate más tarde; hazme compañía mientras desayuno.

Él la miró entornando los ojos, pero cuando ella le hizo una mueca, se sentó y agachó la cara para que no lo viera sonreír.

—No, no nací repartidor, ni siquiera nací en España. Nací en Créteil.

Si Quim se había puesto malo oyendo a Gloria pronunciar las erres en la palabra «corrida», esta vez fue ella la que se alteró al oírlo pronunciar el nombre de su localidad natal.

—¿Naciste en Francia?

—Ajá.

—No lo sabía.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí.

—Cierto.

—Aunque yo ya sé muchas cosas sobre ti.

Ella alzó una ceja.

—¿Ah, sí? ¿Qué sabes?

—Sé cómo te gustan las tostadas, sé que te sientan mejor los vaqueros que los camisones de abuela. —Hizo una pausa mientras ella sacudía la cabeza—. Y ahora también sé que te pone oír hablar en francés.

Ella carraspeó y se hizo la digna.

—Qué tontería.

Quim le arrebató la taza y la tostada a medio comer de la mano y las dejó sobre el plato, en la mesita de noche. Se sentó en la cama, a su lado y se inclinó para susurrarle al oído:

—Créteil forma parte del área metropolitana de París —dijo en francés—. En los años cincuenta, cuando mi abuelo se instaló allí, surgieron varios barrios como les Bleuets, les Emouleuses, la cité du Mont-Mesly y le Fief.

Cuando Quim le subió la manga del camisón de su abuela, Gloria siguió la dirección de su mirada con esfuerzo, porque ni siquiera el virus le había provocado escalofríos como el que acababa de recorrerla de arriba abajo.

—No, ya veo que me equivocaba —dijo, burlón—. No te pone en absoluto.

Ella tragó saliva mientras él reía por la nariz. Sabía que era absurdo hacerse la digna con los pelos como escarpas, pero lo intentó.

—No te creas que es cosa del francés. —Sacudió la mano—. Me pasa con todos los idiomas extranjeros.

Él se echó a reír y volvió a inclinarse sobre su oreja.

—No te hacía tan insaciable. Debe de ser cosa del virus; a mí también me ha dejado *assoiffé de gloire* —susurró, provocándole un nuevo estremecimiento, tan intenso como el primero.

—¿Qué significa eso?

—¿*Assoiffé de gloire*? —repitió él, acariciándole el antebrazo erizado con un dedo—. Significa «sediento de gloria», *ma belle*.

—Oh.

Él se apartó un poco para mirarla a la cara. Y aunque le pareció que estaba más preciosa que nunca con las mejillas tan encendidas, se sintió un canalla por haberle hecho subir la temperatura.

—Creo que voy a traerte un poco de hielo —propuso.

Ella asintió vivamente, sin mirarlo a los ojos.

—Sí, por favor.

—¿Te duele la cabeza?

Ella lo empujó para que saliera de la habitación.

—Tú tráeme el hielo y calla.

Quim cruzó dos dedos ante sus labios.

— Traigo el hielo y callo. *À votre service, mademoiselle.*

—¡Calla!

Haciendo un gesto de cerrarse la boca con cremallera, él se marchó al fin, y bajó la escalera silbando alegremente.

Gloria estaba inquieta, incómoda, pegajosa. Echaba de menos su colchón, su almohada, el cuerpo le pedía a gritos una ducha, pero de momento se conformaba con vaciar la vejiga. Guayén le había pasado a Quim hojas de eucaliptus por el cestito y él se había asegurado de que no faltara una olla para hacer vahos junto a la cama y la había animado a beber infusiones cada vez que tenía un ataque de tos. ¡Estaba a punto de estallar!

A oscuras, se sentó en la cama para comprobar si se mareaba. No tenía ganas de avisar a Quim ni de hacerlo en el orinal. La situación ya era bastante incómoda sin tener que llegar a esos extremos de indignidad. Al apoyar el pie en el suelo, notó que era blando y que se movía. Pensando que era un efecto secundario de pasar tantas horas acostada, apoyó los dos pies a la vez con más fuerza.

—¡Ah! ¡No me pises, que estoy aquí!

Gloria agachó la cabeza hacia el suelo, pero no vio nada, así que optó por encender la luz de la mesita antes de seguir con la exploración.

—¿Qué haces ahí tumbado como una alfombra? —Frunció el ceño al verlo durmiendo a sus pies. Literalmente.

—Tenía miedo de no enterarme si me llamabas. Como no quisiste dormir en mi cama...

—Era la cama de mis abuelos. Me da no sé qué dormir ahí con... —Sacudió la mano al ver que iba a meterse en un berenjenal—. Aparta, anda, que me estoy meando.

Él refunfuñó y se frotó los ojos con el dorso de la mano.

—Voy a por el orinal.

—No hace falta. Me encuentro bien.

—¿Estás segura?

—Sí, pesado, aparta.

Quim se levantó y le ofreció la mano. Ella la aceptó, pero él estaba aún medio dormido y se tambaleó hacia ella. Gloria lo sostuvo por las costillas y cuando él siguió cayendo, hundió la cara en su pecho e inspiró hondo.

«Nada. No he recuperado el olfato. ¡Qué rabia! Estoy segura de que huele bien. A monte, a excursión en bici, a tarde en el lago, a...

—¡Aaaaaah!

Al oír el grito desgarrado de Quim, Gloria estuvo a punto de soltar la infusión de eucaliptus antes de hora.

—¿Qué pasa? —gritó, lo que le provocó un nuevo y molesto ataque de tos.

—No, joder. No, ¿por qué? No te la lleves, Señor. Llévame a mí. Yo la contagié.

—Quim, ¿qué tonterías estás diciendo?

Él se sentó en la cama a su lado y colgó la cabeza entre las piernas, como si se hubiera mareado, pero al cabo de unos segundos pareció reaccionar. Se volvió hacia ella y la sujetó por los hombros.

—Lo superaremos —le aseguró con firmeza—. Túmbate. Voy a llamar a Guayén y le pediré un remedio para... Bueno, para eso. —Le señaló la cama.

Al volverse, Gloria vio una mancha de sangre y resopló. Ahora entendía por qué se había despertado tan incómoda.

—Estaré a tu lado hasta el final, pase lo que pase —le aseguró él, con los ojos enrojecidos y húmedos.

Gloria no habría sabido decir si eran legañas o era que...

—¿Estás llorando?

Quim se secó los ojos y negó bruscamente con la cabeza.

—¡No! No estoy llorando, porque no te va a pasar nada. A este virus hijo de mil putas lo vamos a ganar. —Le sujetó la cabeza entre las manos y pegó su frente a la de él—. De aquí salimos juntos o no salimos, ¿me oyes?

Gloria se estaba debatiendo entre sacarlo de su error o no. Le sabía mal verlo sufrir, pero estaba tan mono ahí, preocupándose por ella.

«Cinco segunditos más», se dijo, perdiéndose en su abrazo.

—Creo que es la primera vez que alguien llora porque tengo la regla —le aclaró finalmente—. Me gusta que te solidarices tanto con el sufrimiento femenino. —Aunque trató de reprimirse, al final se le escapó la risa.

Quim se apartó de ella con el ceño fruncido y alternó la mirada varias veces entre ella y la cama, como si no acabara de creerse lo que le estaba diciendo.

—¿Te ha venido la regla? ¿En medio de la pandemia?

Gloria se mordió los labios para no echarse a reír otra vez.

—Es su especialidad —respondió haciendo una mueca—. Viene siempre cuando más inoportuna es. Cuando te vas de viaje, o tienes una cita o... una vez me vino en medio del examen de conducir.

Quim alzó mucho las cejas.

—¡Qué cabrona! —exclamó.

—Y que lo digas.

—Entonces, ¿no te vas a morir?

Gloria le dirigió una sonrisa ladeada.

—De la regla no, pero si no me dejas ir al baño, igual exploto.

Él se puso de pie ágilmente, alargó las manos y la ayudó a levantarse con tanto ímpetu que se encontró de nuevo pegada a su pecho.

—No te mueras —le susurró al oído.

—Lo intentaré —replicó ella, en el mismo tono cómplice.

Y aunque estaba enferma, encerrada en una casa a cientos de kilómetros de su hogar, acababa de venirle la regla de madrugada y no tenía ni una compresa ni un tampón en el bolso, no pudo contener una sonrisa de satisfacción genuina.

Alguien no quería que ella muriera.

Qué rara es la vida.

Y qué bonita cuando quiere.

Al día siguiente, Gloria se asomó al ventanuco para tranquilizar a Guayén, que seguía preguntando por ella, preocupada.

—Sí, de verdad. Me encuentro mucho mejor —le aseguró—. Lo peor es la regla, que siempre tiene que venir en el peor momento, pero aparte de eso...

—Uy, pues yo con eso no te puedo ayudar. Hace ya tiempo que no me viene... y no la he echado de menos ni un día.

—Me imagino —asintió Gloria.

—¡Qué incordio, virgen santa!

—Ya ves.

—¿Y cómo lo has resuelto? No creo que Gloria guardara compresas en la casa.

—Quim, que es muy apañado.

—¿Qué ha hecho?

—Ha cortado trapos y ha hecho compresas atándolas con hilos. Me siento tan amish...

Guayén alzó las manos.

—Vamos, pañitos de toda la vida.

Gloria se encogió de hombros.

—Sí, supongo.

—Si lavas los paños con agua de tomillo no te irritarás ahí abajo.

—¡Oh, gracias por el consejo!

Quim eligió ese momento para pegarse a la espalda de Gloria y asomarse al estrecho ventanuco por encima de su cabeza.

—¿Se ha quedado tranquila ya, Guayén?

—Un poco, sí.

—Ya le dije que estaba estupendamente, que sólo era un poco de tos. No había razón para preocuparse tanto. Qué exageradas sois las mujeres —murmuró al oído de Gloria, rodeándole la cintura con un brazo.

Ella se revolvió, tratando de darse la vuelta para recordarle quién había estado al borde de las lágrimas pensando que se iba a morir, pero él la encajonó contra el ventanuco.

Desde la calle, Guayén vio que Gloria parecía sorprendida.

—¿Qué pasa, muchacha? ¿Por qué abres los ojos así? Pareces un búho.

—¿Lo ves? Te lo dije —le susurró él al oído.

Gloria no pudo responder, porque sus neuronas estaban centradas únicamente en una parte de la anatomía de Quim que crecía rápidamente entre sus nalgas. Abrió y cerró la boca varias veces hasta que un ataque de tos la sacó del apuro.

Cuando él la soltó al fin, Gloria se volvió y le dio un fuerte pisotón en el pie.

—¡Aaah! ¿Por qué me pisas?

—¡Da gracias de que te piso y no llamo a Francho para que te tire al pilón!

—Pero ¿qué te he hecho?

—No te hagas el buen chico indefenso, que vas bien armado por la vida
—replicó ella, señalando hacia la zona en cuestión.

Quim alzó la ceja.

—¿Puntuación?

—Un diez.

Él se hinchó como un pavo.

—¡¡Un diez en cara dura y babosidad!! ¡Ni se te ocurra volver a arrimarte así nunca más!

—Nena, ¿pasa algo? —Guayén seguía al pie de la casa.

—¡Sí! —respondió ella.

—¡No! —exclamó él, al mismo tiempo, cubriéndole la boca con la mano y empotrándola contra la pared, junto al ventanuco—. Hablémoslo en privado, por favor.

Ella le mordió la palma con saña, y en silencio maldijo al virus por no permitirle conocer su sabor.

—¿Gloria? —insistió Guayén.

—Por favor —le rogó Quim. Y cuando su pulgar pareció cobrar vida propia y acarició la mejilla de Gloria, ella se ablandó.

Le dio un empujón y asomándose al ventanuco, tranquilizó a la anciana.

—No pasa nada, Guayén. Ya sabes, roces de convivencia. No es fácil estar aquí tanto tiempo sin poder salir.

—Me imagino. Venga, ánimo, que ya falta menos.

—Sí, y gracias otra vez. Por todo.

—Recuerda lo del tomillo.

—Em, sí.

Al volver al interior de la casa, avanzó hacia Quim, que retrocedió hacia su habitación.

—Ha sido un accidente —se excusó, levantando las manos como si Gloria quisiera atracarlo.

—¿Ahora se le llama así? —Ella siguió avanzando, con el ceño fruncido—. ¿Qué tienes, trece años?

—Lo has definido perfectamente: son roces de convivencia. —Empezó a sonreír, pero cambió de idea al ver que ella parecía molesta de verdad—. Esa ventana es muy estrecha; no quepo a tu lado y quería hablar con Guayén. Me he asomado por encima sin malas intenciones, pero has empezado a menear ese culito y... ¡Joder, Gloria, que no soy de piedra!

Ella agachó la cabeza. Odiaba a los tipos que se refregaban con el primer culo que encontraban en el metro, el autobús o en la discoteca, pero... Quim no era un desconocido. Ni siquiera su entrepierna le era desconocida, tras haberse pasado un par de horas abrazada a su muslo. Aunque no pensaba admitirlo ante él, ella tampoco era de piedra.

Carraspeó y mirándolo con su expresión de «tonterías las justas», la que usaba cuando su abuela no quería acabarse la comida, dijo:

—Lo dejaré pasar por esta vez, pero a la próxima me encargaré de llevarte al pilón yo misma. —La mirada encendida de Quim le hizo darse cuenta de que tal vez no había sido una gran idea mencionar el pilón. Como siguiera mirándola así, la que lo empotraría contra la fría pared de la casa sería ella—. Voy... —Carraspeó de nuevo—. Voy a hacer la colada.

—¿Te ayudo? —se ofreció él.

—No.

—No tengo nada mejor que hacer.

—Quim, sigo con la regla y francamente, no tenemos tanta confianza.

—¡Oh! —Él soltó varios tacos en voz baja—. Me había olvidado. No quería incomodarte otra vez.

—Tranqui. Búscate otra cosa que hacer.

Quim dejó caer los hombros y miró a su alrededor soltando el aire con desgana.

—¿Has marcado el día en el calendario? —preguntó, súbitamente animado.

—No, ahora lo hago —respondió ella, echando a correr hacia la escalera.

—¡Eh! ¡Ni hablar! —Quim la persiguió, molesto—. Se me ha ocurrido a mí. Tú tienes bragas como carpas de circo para lavar. No me quites la distracción.

—¡El calendario es mío! Guayén me lo dio a mí.

—¡Serás egoísta! Y no corras tanto, que estás enferma. ¡Y tienes la regla!

—¡Atrápame si puedes! —exclamó ella, corriendo escaleras abajo.

—La madre que la... —Quim la siguió, tan motivado como cuando coincidía con un repartidor de Uber Eats en un semáforo y la tensión entre ellos aumentaba como en la parrilla de salida de una prueba del mundial de Fórmula 1.

Gloria gritó cuando Quim la atrapó por la cintura en la cocina. Habían colgado el calendario de 2020 encima del anterior, que había resultado ser del 2010.

—¡Suéltame! ¡Yo he llegado antes!

Gloria levantó el lápiz dispuesta a disfrutar del placer de tachar otro día de su encierro, pero él le capturó la mano y se la inmovilizó contra la pared, como un pajarillo dentro de su garra, mucho más grande.

—¡Comparte, egoísta! —la reprendió, y a Gloria le entró un ataque de risa al ver a un tipo adulto y grandullón convertido en un crío de parvulario. Estaba comprobando que la falta de ocupación y de responsabilidades provocaba efectos muy curiosos en la gente, incluida ella misma, que había empezado a planchar la ropa con mimo, incluso las bragas y los calcetines, por alargar el rato que pasaba planchando frente a la tele.

De nuevo volvían a estar en la postura que había generado una situación tensa unos minutos atrás. Gloria podría haberle dado un golpe en sus partes echando las caderas bruscamente hacia atrás, o podría haberle cedido el lápiz, pero ¿qué hizo? Exacto, menear las caderas con la intensidad justa para provocar sin hacer daño.

Y si las anteriores veces podría haber achacado lo sucedido a un impulso accidental, la rápida reacción de Quim a su cercanía le demostró que la deseaba tanto como ella a él.

No era una pura reacción animal.

Era atracción.

Y al parecer, a él le daba tanto miedo como a ella, porque se quedó totalmente inmóvil.

Notó un gruñido retumbándole a la espalda.

—Gloria —le advirtió él con la voz ronca.

—Estoy quieta —replicó, con la respiración alterada—. No estoy haciendo nada.

—Más te vale, si no quieres que... —Los dedos de Quim se tensaron y extendieron, abarcando más superficie del vientre de Gloria. Ella sintió un calor que no se parecía en nada al que le había provocado la fiebre y un peso en el útero que no tenía nada que ver con las alteraciones de la menstruación.

—Ése es el problema —susurró—. Que sí quiero. Hacía tiempo que no deseaba algo con tantas ganas.

Quim murmuró algo que ella no distinguió, pero lo que entendió perfectamente fue la presión de su deseo encajándose con fuerza entre sus nalgas y el beso ardiente que le dio en el cuello y que le robó la fuerza en las piernas.

Él le soltó la mano que sostenía el lápiz para rodearle la cintura. Entre sus brazos Gloria se sentía a salvo; sabía que él no la dejaría caer a menos que fuera lo que ella deseaba. Lo malo era que lo deseaba, cada vez más.

O tal vez no fuera tan malo.

Aunque él se resistió un poco, logró darse la vuelta entre sus brazos. Le levantó el jersey de lana verde y lo abrazó, hundiendo la cara en su pecho. Aunque no podía distinguir su olor, sí podía disfrutar de su calor de su piel.

—Gloria...

«No le dejes hablar», le advirtió su conciencia, que se había vestido para matar. «Si se pone a pensar en todo lo que puede salir mal, esto se acaba antes de empezar.»

—Shhh... —Poniéndose de puntillas, le cubrió los labios con un dedo y deslizó la otra mano bajo su melena, que aún no se había recogido.

—Gloria, ¿y si...

«¡No, no, no, no, no! ¡No pienses!»

Lo silenció cubriendo sus labios con los suyos, sin molestarse en retirar antes el dedo. Sólo cuando le pareció que se le quitaban las ganas de hablar, se separó de él lo justo para susurrar:

—Esto es contagioso. Ahora eres tú el que parece un búho.

—Cállate. —Quim le sujetó la cara con las dos manos y retomó el beso.

Gloria cerró los ojos y se colgó de su cuello. El lápiz que aún sostenía con una mano le molestaba, así que lo enredó en el pelo de Quim sin dejar de besarlo. Él le había soltado la cara y mientras se familiarizaba con sus labios, la abrazó por encima de la ropa. Todavía no se había quitado el camisón de su abuela —otro camisón, no el del primer día, pero muy parecido, de hilo blanco, que se abría en el cuello con varios botones— y se había puesto encima una de sus chaquetas, de color violeta claro. Las chaquetas de punto de su abuela se habían convertido en su prenda de ropa favorita, pero en aquel momento le molestaba. Le molestaba todo lo que no le permitiera notar el contacto directo de las manos de Quim, con las que llevaba días fantaseando.

Él avanzó, recorriendo los pocos centímetros que los separaban de la pared hasta que la notó pegada a su espalda, pero a Gloria no le pareció suficiente. Necesitaba notarlo más cerca. Hundiendo los dedos en su pelo, tiró de él. Nunca había besado a un hombre con pelo largo, y le pareció de lo más práctico. No sólo logró con facilidad que él agachara la cabeza, sino que cuando soltó un gemido al notar el tirón, aprovechó y se coló en su boca.

El gruñido de deseo de Quim se unió al de frustración de Gloria, que empezaba a obsesionarse con conocer el auténtico sabor de su compañero de encierro. Desde que el virus la había afectado, todo tenía un sabor parecido, un sabor... blando. No sabía explicarlo mejor. Y estaba convencida de que el sabor auténtico de Quim no debía de tener nada de blando.

Por suerte, el sentido del tacto lo conservaba inalterado. Gracias a eso pudo notar cuando él le desabrochó los pequeños botones nacarados, acariciándole la parte interna de los pechos entre botón y botón.

Cerró los ojos y trató de echar la cabeza hacia atrás para darle mejor acceso, pero la pared se lo impidió, así que optó por acariciarle el muslo con la rodilla.

—Dios —murmuró él, sujetándola por la corva y alzándole la pierna para rodearse la cadera con ella.

Cuando la rígida erección de Quim le alcanzó una zona más privada y deliciosamente sensible, ella sintió que se derretía entre sus brazos como la miel al baño maría.

Entregados a la tiranía de los sentidos, no oyeron los primeros golpes en la puerta.

—¡Gloria! ¡Quino!

—No respondas —le ordenó ella, ondulándose con desesperación contra sus caderas.

Él gruñó.

—¿A quién? No oigo nada —susurró, y Gloria se enamoró un poco de él en ese momento.

—¡Gloria! ¡Quinito! ¡Responded ahora mismo!

Gloria gimió y él se bebió su gemido.

—Es que ni confinado puede uno estar tranquilo —refunfuñó al separarse de sus labios.

Gloria se mordió el labio inferior, debatiéndose entre seguir devorándole la boca o responder a Águeda rápidamente para que los dejara en paz.

—¡O respondéis o aviso a la Guardia Civil!

Esta vez ambos abrieron los ojos como búhos a la vez.

—Sólo faltaba eso —murmuró Quim, soltándole la pierna.

Gloria le agarró la pechera del jersey y lo atrajo hacia ella.

—El último beso. —Sus labios se unieron de nuevo.

—Por ahora —replicó él, guiñándole el ojo.

Haciendo un esfuerzo heroico, Gloria salió de la cocina y se acercó a la puerta principal.

—¿Qué pasa, Águeda?

—¡Ya era hora! No me peguéis estos sustos.

—No pasa nada; me estaba duchando.

—¿Y Quim?

—Eeeem...

—¿No me dirás que os estabais duchando juntos?

—¡No! —protestó él.

—¿Cómo se te ocurre? —Gloria se unió a su protesta.

—¿Y qué andabas haciendo? ¿Por qué no respondías?

—Águeda, estaba haciendo otra cosa. Algo que nadie puede hacer por mí.

—Mmm. ¿A la vez? ¿En el mismo baño? Menudas confianzas.

—¡No! ¡Hay dos baños, Águeda! —protestó él.

—Pero, a ver. —Gloria se llevó las manos a la frente—. ¿A qué has venido?

—Mmm, voy a preparar la verdura y quería saber si preferíais cardo o borraja.

Quim y Gloria intercambiaron una mirada y ella tuvo que cubrirse la boca para aguantarse la risa.

—Borraja —respondió Quim.

—Cardo —replicó ella, sacándole la lengua.

—¿A quién llamas tú cardo, borraja? —Quim le hizo cosquillas en la cintura, y esta vez Gloria no pudo controlar la carcajada que se le escapó.

—Mmm, le echaré un poco de cada.

—Bien pensado —dijo Quim—. Ah, y, si no es mucha molestia, ¿podrías echarle también unos huevos? El abuelo siempre me ponía la

verdura con huevo duro.

—¿Sabes que me decía mi abuelo a mí? —replicó Águeda, en tono severo—. Que contra el vicio de pedir, la virtud de no dar.

—Vaya, pues me alegro de que el abuelo se marchara a Francia.

Águeda guardó silencio unos segundos.

—A mí me apena que tuviera que irse, pero sí, fue lo mejor, dadas las circunstancias. ¡Venga! Vuelvo en un rato.

—Hasta luego, Águeda —dijo Gloria.

Quim la arrinconó contra la puerta y se acercó lentamente hasta que sus labios se rozaron.

—¿Por dónde íbamos? —susurró, despertándole un delicioso cosquilleo en los labios.

Pero cuando Gloria le echó los brazos al cuello, encontró lo que parecía una ramita en el pelo de Quim. Estaba a punto de enviarlo a la ducha, cuando recordó que era el lápiz y su espíritu competitivo se impuso. Recuperó el lápiz y se agachó bruscamente. Mientras Quim se preguntaba qué demonios hacía besando la puerta, ella entraba en la cocina con un grito victorioso.

—¡Sí! ¡Un día menos!

Quim cerró los ojos y apoyó la frente en la madera, dándole un fuerte puñetazo.

—¡Mujeres! ¡Traidoras, rastreras!

Pero cuando se volvió, apoyando la espalda en la puerta, y vio que Gloria salía de la cocina de puntillas y se dirigía riendo hacia la escalera, se dio cuenta de que la dejaría ganar hasta en una carrera de semáforo con tal de oírla reír así.

—¡Prepárate, mujer traicionera! Mi venganza será terrible.

—¡Tendrás que atraparme primero! —gritó ella, corriendo, sin dejar de reír.

- ¡Tu nieto la ha besado!
- No, tu nieta lo ha besado a él.
- Mmm, se han besado los dos.
- Y con ganas. Se me ha alborotado el aura.
- Siempre fuiste un alborotador.
- No tanto como tú. La que habrías liado en el frente.
- Nunca lo sabremos, porque no quisiste llevarme.
- ¿Todavía no me lo has perdonado?
- No te lo perdonaré nunca. Tú no sabes lo que tuve que aguantar aquí.
- No era una broma, Gloria. Fue una guerra terrible, y eras una niña.
¡Sólo tenías trece años!
- Trece cuando empezó, pero dieciséis cuando te fuiste a Francia. No era una niña con dieciséis años, te lo aseguro.
- Tampoco eras una mujer. No podía arrastrarte a una muerte casi segura. Sabía que Jaime te cuidaría.
- Sabías que lo odiaba.
- No, no lo sabía. No quería saberlo. No quería pensar en vosotros. Traté de olvidarte con todas mis fuerzas.
- Jaime ganó la guerra pero tú lo ganaste en algo, Joaquín. Conseguiste que te odiara más que a él.

—¡Sí! —exclamó Gloria desde la cocina.

Quim siguió empujando el sofá.

—¿Qué has encontrado?

—¡Bolsas de basura!

Él sonrió.

—¡Eh! ¡Somos ricos!

—Menos mal. Me daba apuro tener que bajar la basura envuelta en papel de periódico.

—Ecológico es, de eso no hay duda —replicó Quim, mientras ajustaba la rueda en el hueco que quedaba entre el sofá y el aparador.

—La ecología y la regla no combinan bien —murmuró ella, asomándose al comedor—. Menos mal que ya terminó. ¿Qué haces?

—Estoy intentando convertir este trasto en bici estática, pero con la rueda pinchada y sin herramientas es muy difícil. ¿No recuerdas dónde estaban?

—Em, no.

Quim montó en la bici. Había apoyado la rueda trasera sobre un montón de revistas viejas y la había falcado con dos cajas llenas de botellas de vino y de aceite. La rueda delantera estaba encajada entre el sofá y el mueble donde reposaban temporalmente las cenizas de sus respectivos abuelos.

Dejando caer el peso sobre el pedal, la rueda trasera arrugó el papel de las revistas, que fueron saliendo despedidas hacia atrás. Cuando no quedó papel entre la rueda y el suelo, la bicicleta avanzó hasta chocar contra la pared. Un momento después, Quim apoyaba el pie en el suelo, evitando que la bicicleta cayera al suelo.

Gloria hizo una mueca al oír el tintineo de las botellas de aceite y se acercó, preocupada.

—Estoy bien —la tranquilizó él.

—Pues deja de hacer el tonto si quieres seguir estando bien. —Gloria le dio un puñetazo flojo en el bíceps. No es que estuviera enfadada, pero aprovechaba cualquier oportunidad para tocarlo—. ¿No has encontrado

nada más frágil para usar de soporte? ¿El virus te ha ablandado el cerebro o ya eras así antes?

Él se bajó de la bicicleta y se acercó a ella con una mirada amenazadora que le causó cosquillas en el estómago.

—¿No te parece bien mi invento? —le preguntó, mientras avanzaba lentamente—. Estoy tratando de mantener mi promesa a Francho y no aprovecharme de la situación. Llevamos diez días aquí y me estoy subiendo por las paredes. ¿Tienes una idea mejor?

Gloria topó contra la pared. Podría haberse encerrado en el baño o haber salido corriendo hacia el piso de arriba, pero los besos de Quim se habían convertido en su nuevo momento favorito del día. Antes, cuando aún tenía trabajo, le encantaba sentarse en el sofá después de cenar, con *First Dates* de fondo; abrir una revista nueva, con las páginas aún crujientes y darle un mordisco al almendrado mini, más crujiente todavía.

Gimió al recordar el sabor del chocolate, combinado con la vainilla y la almendra, y Quim malinterpretó su reacción. Apoyando una mano en la pared, por encima de su cabeza, se inclinó lentamente hacia ella, con los ojos clavados en su objetivo: los labios de Gloria.

Y cuando ella no pudo más, lo agarró del cuello de la camiseta y tiró de él hasta que sus bocas se reencontraron, Quim se olvidó de pedalear y ella se olvidó de los helados, almendrados o de cualquier otro tipo. Empezaba a recuperar el gusto y el olfato, pero no los había recobrado del todo. Como una catadora de vinos, cada día se entregaba a la misión de distinguir el sabor principal de su compañero de aislamiento y los matices que lo acompañaban.

Cuando él se separó un poco y le apartó el pelo de la cara, Gloria permaneció con los ojos cerrados.

—¿Qué te pasa por la cabeza en estos momentos? —susurró él.

—Café, leña y ciruelas.

Quim frunció el ceño.

—¿Estabas haciendo la lista de la compra?

Cuando ella alzó los párpados, se encontró con los ojos de Quim, marrones como el café, como la leña, como el chocolate, como las cosas deliciosas de la vida; unos ojos que la estaban mirando con tanta indignación que se le escapó la risa.

Estaba a punto de sacarlo de su error cuando llamaron a la puerta. A ratos, Gloria echaba de menos la intimidación de la ciudad, donde uno podía pasarse meses o años sin que ningún vecino llamara a la puerta.

—¿Hola? —llamó una voz masculina—. ¿Hola?

—¿Quién es? —preguntó Gloria.

—Ramiro.

La pareja cruzó una mirada extrañada. Ya distinguían perfectamente las voces de sus seis captores y la voz que estaban oyendo no pertenecía al anciano de ochenta y cinco años, delgado y nervioso, que se cubría la cara con un pañuelo blanco que se le caía sobre la barbilla constantemente.

—¿Qué te pasa en la voz, Ramiro?

—Nada; soy Ramiro hijo. ¿Podéis asomaros a la ventana?

Gloria abrió mucho los ojos y trató de apartar a Quim para correr escaleras arriba, pero él la agarró por los hombros, le dio un beso rápido y brusco, como si quisiera dejarla pegada a la pared y se adelantó. La llegada de un nuevo ser humano al pueblo era un acontecimiento demasiado especial como para renunciar a la primera fila.

—Eh, déjame pasar delante —protestó ella, persiguiéndolo—. Eres demasiado alto. No voy a ver nada.

Al llegar al ventanuco, Quim apoyó las manos a lado y lado y se volvió a mirarla por encima del hombro.

—¿Estás segura?

Gloria quedó convencida de que la sonrisa ladeada que le estaba dirigiendo acababan de fabricarla en el infierno, a medida para ella.

«Pues ya que el diablo se ha tomado tantas molestias, estaría feo rechazar su tentación, ¿no?»

Sin decir nada, se coló bajo uno de sus brazos y se asomó al ventanuco. Quim tardó unos pocos segundos en pegarse a su espalda y todavía menos en demostrarle que su cercanía le causaba un efecto inmediato e imposible de disimular.

—No te quejes —le susurró, mientras la abrazaba por la cintura.

—¿Quién se está quejando? —replicó ella, meneando las caderas en un baile que sin duda tampoco había sido diseñado en el cielo.

—Hola, soy Ramiro, el alcalde. Ya me han puesto al día de la situación.

—Sentimos las molestias —replicó Gloria, mirando hacia abajo—. No queríamos poner en peligro a nadie.

Ramiro hijo se parecía a su padre. También era alto, aunque bastante más corpulento y ancho de espaldas. Tenían la misma nariz aguileña y el mismo aire de llegar siempre tarde a alguna parte. Una de las diferencias era la mascarilla. Si la del anciano Ramiro era un simple pañuelo blanco, la de su hijo parecía haber salido de algún laboratorio secreto.

—Sí, nadie pensaba que la situación fuera a desbocarse de esta manera. A todos nos ha pillado desprevenidos. Me estoy volviendo loco tratando de conseguir EPIs para los sanitarios y el personal de la residencia.

—¿Qué son EPIs? —preguntó Gloria.

—Los trajes de protección para los sanitarios.

—¿Hay un hospital cerca? —se interesó Quim

—A una hora de aquí, pero estoy buscando suministros para toda la comarca.

—¿Y esa mascarilla tan molona que llevas? —preguntó Gloria—. ¿Te la ha facilitado el gobierno?

Ramiro negó con la cabeza.

—Todos los países del mundo se están peleando por conseguir suministros; los estafadores se están poniendo las botas. Ésta fue un regalo de Juan, el dueño del bazar de Villanueva. Bueno, se llama Huan Lee, pero prefiere que lo llamemos Juan. Su familia le envió unas cuantas mascarillas FPP2 desde China. Gracias a él, los médicos y farmacéuticos del pueblo están protegidos.

—Y el alcalde —comentó Quim, socarrón.

—No me hagas sentir mal, que ya se encarga mi conciencia, gracias. He intentado dársela a mi padre, pero me ha dicho que la tiraría a la basura. Que se pone el pañuelo para venir a veros porque lo obliga Águeda, pero que se lo quita en cuanto se aleja de la casa de los idiotas de la capital, con perdón.

—Tranquilo, nos lo dice a la cara, ya estamos acostumbrados. —Gloria sacudió la cabeza.

Nos llama mostillos, sanselos, sinsonios —enumeró Quim, que estaba ampliando su vocabulario—, y ababoles, por supuesto.

—Y a nosotros la conciencia también nos machaca, así que estamos en paz —añadió Gloria.

Ramiro asintió en silencio con la cabeza.

—Siento mucho lo de vuestros abuelos. Hoy no puedo quedarme; otro día hablaremos del tema del cementerio.

—Gracias. Emmm, de salir de aquí ni hablamos, ¿no? —probó suerte Gloria.

—No, y tomáoslo con calma. El país entero está ya confinado. Sólo salen a trabajar los servicios esenciales y, bueno, se puede salir a comprar comida y lo básico.

—Servicios esenciales, ñi, ñi, ñi —refunfuñó Gloria, acordándose de su último encuentro con Alejandro.

Quim la pellizcó en la cintura para que parara. No tenía intención de seguir, pero sus dedos parecieron cobrar vida propia y se colaron bajo el jersey de lana. Gloria había empezado a usar visos de su abuela debajo de la ropa en vez de sujetador. Ella iba más cómoda y él estaba encantado. Al acariciar la suave tela que le cubría el estómago, ella dio un respingo.

—¿No puedo salir a buscar leña? —pidió Quim—. No gastaríamos tanta electricidad si pudiéramos encender la chimenea.

—Ah, casi me olvido. —Ramiro regresó a la camioneta que había aparcado frente a la casa, abrió el maletero y sacó unos cuantos troncos cortados—. Bajad la cesta. Águeda me encargó que os trajera leña.

Gloria se volvió hacia Quim y ambos se miraron con ojos de búho, lo que empezaba a ser su gesto especial compartido. El año no dejaba de darles una sorpresa tras otra. Ésta, al menos, era agradable.

—¡Por fin!

Gloria pasó la cesta por el hueco y Quim se encargó de bajarla vacía y de subirla poco después cargada de leña. Pesaba más que la comida, pero llevaba diez días mirando con deseo la chimenea apagada. La perspectiva de pasar una noche con Gloria frente al fuego le calentó las entrañas ya antes de prender la primera cerilla.

—¡Un momento! —Gloria bajó a la cocina y volvió poco después—. ¡Alcalde! —Se asomó—. ¿Te importaría tirar la basura cuando te vayas? —Hizo una mueca y vio que Ramiro sonreía, porque se le achinaban los ojos.

—Veo que ya te vas haciendo a la vida de pueblo. Claro, ata la bolsa a la cuerda.

Mientras hacía lo que le decía, Gloria pensó que el alcalde tenía razón. En la ciudad nunca se habría atrevido a pedirle a un desconocido que le tirara la basura.

—Es fácil hacerse a esta vida con gente como vosotros, Ramiro —le dijo, porque le nació así—. Los abuelos nos malcrían un montón.

Desde abajo, el alcalde asintió.

—Aunque no os lo creáis, teneros aquí les ha dado la vida. Mientras se preocupan de vosotros, no piensan tanto en el maldito virus.

Gloria inspiró hondo, pensando en lo agradable que era serle útil a alguien.

—Gracias, Guayén —susurró Quim.

—De nada. Me siento como cuando la madre de Pilara nos pasaba harina blanca a escondidas por la noche —comentó ella, aguantándose la risa.

Quim asintió, sonriendo. Su abuelo también le había contado historias de escasez, pero el buen humor perpetuo de Guayén hacía que sonaran de otra manera.

—¡Baja ya! ¡Voy a encender el fuego! —lo llamó Gloria desde el salón.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana, Quinito.

Quim buscó dónde guardar el encargo especial que acababan de pasarle de contrabando y acabó dejándolo en la bañera. Bajó la escalera con una agradable sensación en el estómago, esa agradable excitación que provoca la perspectiva de hacer algo nuevo, distinto, con alguien que te cae bien.

Sí, Quim había admitido ya hacía días que Gloria le caía bien. Le gustaba. Bastante. Le gustaba mucho. Lo único que le molestaba era saber que había dejado a su novio durante la pandemia, igual que Marta había hecho con él. Pero no conocía los detalles; deberían hablarlo, tal vez sus circunstancias fueran distintas.

«Seguro que son distintas. Y deja de decir que Marta te dejó. Tienes que asumir la realidad y llamar a las cosas por su nombre.»

Pero no era capaz. La realidad le resultaba demasiado sórdida, no podía afrontarla.

«Vino. No te olvides del vino.»

—¡Ya era hora! —lo reprendió Gloria con los brazos en jarras—. ¿Qué hacías tanto rato ahí arriba?

—Me estaba depilando para ti —respondió, con una sonrisa traviesa, llevándose la mano al jersey y dejando a la vista unos centímetros de piel. Ver a Gloria tragar saliva con dificultad acabó de subirle el ánimo. La noche pintaba bien.

—Déjate de tonterías —dijo ella, sacudiendo la mano y fingiendo no estar tan nerviosa como él—. Esto no va a ser fácil.

—¿Por qué lo dices? —preguntó, acercándose.

Ella alzó un tronco con cada mano.

—Tenemos leña, pero no hay ni ramitas, ni piñas, ni pastillas de ésas para encender fuego.

Él cogió uno de los troncos que ella sostenía. No eran excesivamente gruesos y no estaban verdes, pero Gloria tenía razón. Prender esa leña a palo seco con una cerilla iba a ser misión imposible.

—Podemos usar los periódicos viejos.

—Sólo había uno y lo he usado para guardar la basura estos días.

—Mmm, ¡las revistas!

—¡Ni hablar!

—¿Por qué no? ¡Son muy viejas!

—¡Por eso! ¡Son documentos históricos! ¡Tengo el número en que Belén Esteban anuncia que se marcha de Ambiciones!

A Quim se le escapó la risa. Una de las cosas que más le habían chocado al llegar a España con su abuelo fue lo famosa que era aquella mujer que salía por la tele. Había preguntado a todos sus conocidos por qué tenía tanto éxito, pero nadie había sabido darle una explicación lógica.

—¿Y eso que es? ¿La gira de presentación de un disco?

—¡No! ¡Ambiciones es la casa de Jesulín!

—¿El niño Jesús?

Gloria resopló.

—Quim, estás muy verde. Luego te pongo al día, pero vamos a encender el fuego antes.

Juntos, apilaron los troncos en forma de tipi indio.

—Elige una revista que no sea histórica —ordenó Quim. Cuando ella abrió la boca para protestar, él le apoyó un dedo en los labios. La mirada de Gloria le dijo que ella también estaba recordando su primer beso. Inclínándose lentamente hacia ella, susurró—: Revista vieja, fuego, brasas, cena romántica. —Se apartó de ella en el último momento—. Sin brasas no hay besos.

—¡Oh! ¡Oh! —Los ojos de Gloria batieron su propio récord de abertura en cancha cubierta—. ¡Será posible! No te pongas chulito que si hay algo que no soporto son los chulitos, ¿eh? Te lo advierto.

Quim se echó a reír.

—No te enfades, buhito. Elige una revista o la elegiré yo.

Refunfuñando, Gloria se acercó a las revistas que le habían proporcionado horas de entretenimiento durante los últimos días.

—¡Ay, mira! Aquí aún estaba viva Carmina Ordóñez. Qué guapa era. Ésta... Ay, no. Ésta tampoco. ¡Mira, mira, mira! ¡La Gemio y el Nilo en Cuba!

—¿El Nilo no está en Egipto?

—¡Quim, de verdad! Pon un poco de tu parte.

Él se mordió el labio y resopló, pero Gloria no lo vio, porque estaba hojeando el resto de las revistas.

—¡Ésta! La Pantoja y Julián Muñoz dándose la vidorra padre. ¡Qué morro tienen!

Quim no los conocía, pero quería avanzar o la sorpresa se mustiaría en la ducha.

—¿A la hoguera? —preguntó, esperanzado.

—A la hoguera —respondió ella, alegremente.

Juntos arrancaron las páginas y las estrujaron formando bolas que colaron entre los troncos y situaron también por fuera del tipi, rodeándolo.

Quim se levantó frotándose las manos.

—Vamos a probar. ¿El fuego?

Gloria cogió la caja de cerillas grande que había dejado sobre la repisa de la chimenea.

—¡Lo enciendo yo!

Él puso los ojos en blanco.

—No sabes.

—¡Claro que sé! —protestó ella, encendiendo la cerilla con rabia. Mientras se agachaba, la llamita se apagó. Antes de que Quim pudiera decirle nada, encendió otra y la acercó a un trozo de papel arrugado donde se distinguía la amplia y forzada sonrisa de la tonadillera. Cuando la llamita se apagó sin prender el papel, Gloria recordó las famosas palabras de la Pantoja—: Dientes, dientes —murmuró y encendió una tercera cerilla.

—Eh, déjame probar a mí.

—Ya, ya, ya. Seguro que ahora se enciende... —murmuró Gloria, pero no, volvió a apagarse.

Quim le arrebató la caja de la mano, se puso en cuclillas a su lado y encendió una cerilla formando un amplio arco con el brazo y dirigiendo el fuego hacia la hoguera como si fuera un mago jugando con la varita. Pero, aunque su intento fue más vistoso, fue igual que efectivo que los de Gloria.

—¡Ja! —exclamó ella, con la madurez que la caracterizaba—. ¡No sabes!

Él abrió la mano, la pegó a la cara de Gloria como si fuera un *alien* y la empujó.

—Ve a buscar una vela, anda, o nos quedaremos sin cerillas.

Ella hizo rodar los brazos en el aire para no caerse de culo.

—¿Y por qué no vas tú?

—Porque no sé dónde están.

—¡Yo tampoco!

—Pero es la casa de tu abuela.

—Apufff.

Desde la cocina, mientras abría armarios y cajones, Gloria oía a Quim encender una cerilla tras otra.

«He visto velas últimamente. ¿Dónde estaban?»

Al volverse, se encontró con la puerta de la alacena y recordó dónde había visto dos botellas con una vela encajada en cada una. Poco después, dejaba una sobre la repisa y le acercaba la otra a Quim.

—Toma, Señor del Fuego. —Se burló de sus intentos—. A ver si puedes encender la vela.

Quim sintió ganas de olvidarse del fuego, tumbarla sobre la alfombra y besarla hasta hacer prender en su vientre la madre de todas las hogueras, pero encender la chimenea empezaba a convertirse en un desafío, en algo personal.

—A ver si eres capaz tú de sostenerla quieta, sin temblar —contraatacó él, en un tono desafiante que logró su objetivo: que la mano de Gloria temblara un poco más. Cuando Quim le sostuvo la mano con la suya mientras prendía la mecha, Gloria pensó que Quim tenía más peligro que un encapuchado con un cóctel molotov en la mano—. No sé qué te está pasando por la cabeza, pero me gusta —murmuró él.

—Te estaba imaginando con un pañuelo tapándote media cara y la botella a punto de explotar.

Él se echó a reír, haciendo temblar la mecha que acababa de prender.

—Y por la expresión de tu cara, no era miedo precisamente lo que estabas sintiendo. Vaya, vaya, no te hacía tan revolucionaria.

Ella se volvió hacia el aparador,

—Todo se pega.

Quim siguió la dirección de su mirada y recordó las charlas con su abuelo.

—¿Tu abuela era republicana?

Gloria asintió.

—De corazón, sí. Siempre lo fue.

—Voy a encender.

Gloria puso la mano sobre la de él.

—Juntos.

Él accedió.

—Juntos.

Juntos habían encendido las hojas de papel satinado de la revista, que habían provocado un fuego rápido y sucio. Mientras se abrazaban para celebrar su triunfo, las llamas alcanzaron el hollín acumulado en el interior de la chimenea, que empezó a arder. Gloria se dirigió hacia la chimenea, demostrando que tenía el mismo instinto de supervivencia que Jack en el Titanic. Quim le rodeó la cintura con un brazo y tiró de ella hacia atrás al mismo tiempo que las llamas empezaban a asomar por el hueco de la chimenea.

—¡Sube! ¡Sal de aquí! —le ordenó él, mientras sacaba los troncos de la chimenea de una patada.

Gloria no le hizo caso. Fue a la cocina, llenó media olla de agua y regresó al salón. Quim estaba apagando a pisotones los restos de revista que quedaban en el suelo. Acercándose a la chimenea, Gloria lanzó el agua, pero no sirvió de nada. No había nada en la base, y sin embargo, el interior de la chimenea hacía un ruido ensordecedor, como si fuera la locomotora de un tren de vapor.

La chimenea empezó a vomitar humo, que pronto llenó la planta baja. Gloria abrió la puerta de la calle y la ventana del salón, pero los tablonés que seguían impidiéndoles la salida tampoco dejaron entrar el aire.

—¡La madre que parió a los viejos! —protestó—. ¡Hemos sobrevivido al virus, pero nos a matar el humo!

Quim la agarró del brazo y tiró de ella hacia arriba.

—¡Vamos!

—Pero ¿qué demonios le pasa al fuego?

Mientras subían, él respondió:

—Se ha incendiado el hollín de las paredes. Nos pasó una vez en una casa que alquilamos en los Alpes.

Una vez arriba, Gloria abrió el grifo de la ducha y metió la cabeza debajo, con los ojos cerrados, sin fijarse en que una rosa roja se empapaba bajo el chorro. Luego se lanzó hacia el ventanuco, tosiendo, mientras Quim

entraba en el baño, sacudía la cabeza al ver la rosa y mojaba una toalla para cubrirse con ella la cabeza.

—¿Qué haces? —le preguntó Gloria al verlo volver a la planta baja.

—Vigilar. No podemos hacer nada, sólo esperar a que acabe de quemar el hollín, pero hemos de tener cuidado de que no salga y queme algún mueble o la alfombra.

—Ya hemos retirado las cosas.

—Por si acaso.

—Pues qué éxito de noche romántica —refunfuñó Gloria, buscando aire fresco.

Pronto, los vecinos del pueblo se acercaron y la encontraron calentita, y no precisamente gracias a la leña.

—Pero ¿qué habéis hecho? —exclamó Pilara, llevándose las manos a la cara.

—¡Pues encender el fuego! ¡Y Quim se va a ahogar ahí abajo! Quitad los tablones para que podamos abrir las ventanas. No saldremos de casa, ¡lo juro por la memoria de mi abuela!

Los seis intercambiaron miradas y asintieron. Poco después, regresaron con herramientas y escaleras. Cuando, un rato más tarde, Gloria pudo abrir las ventanas y las dos puertas, se sintió como un pájaro con las alas cortadas, al que acabaran de abrir la puerta de la jaula. Podía salir a la calle, pero no se atrevía; había dado su palabra.

Desde la puerta principal, agradeció la confianza a los seis habitantes de La Munia.

—Gracias —les dijo, respirando hondo—. No saldremos, os lo prometo.

A su lado, Quim asintió.

—Y si lo hacemos, nos localizaréis enseguida. Vamos a estar apestando a humo el resto del año. —Al ver las caras serias que lo miraban, añadió—: Es broma, es broma. No saldremos hasta dentro de cuatro días.

Águeda alzó una ceja.

—En teoría, nadie puede salir de casa hasta nuevo aviso.

—¡Pero vosotros bien que salís!

—Lo justo —replicó Franchó—. Nada de irse de excursión al Risco, que la Guardia Civil patrulla el valle.

—La verdad es que, con salir al patio, me conformo —admitió Gloria.

—¿Sabes jugar a ajedrez? —le preguntó Santos a Quim, sin venir a cuento de nada. Era el más discreto de los seis con diferencia. Cuando les llevaba la comida, saludaba y poco más.

—Em, sí —respondió Quim—. Mi abuelo me enseñó.

—Pues mañana traeré el tablero y podemos jugar ahí, en el banco, a dos metros de distancia, claro.

—Todavía no, Santos. Espera un poco —le recomendó Águeda.

El anciano se encogió de hombros. No se había puesto mascarilla ningún día. Se cubría la cara con una bufanda de lana, igual que los guantes, que también eran de lana. La ropa que llevaba podría haber estado de moda en los años cuarenta, en los sesenta o en 2020, ya que formaba parte de esa realidad alternativa a la moda conocida como «Ropa de caballero».

—Podemos jugar a distancia —propuso Quim—. Tengo una app de juegos que...

—¡Buena idea! —lo interrumpió Santos, que se quitó varios años de encima al sonreír—. Durante la guerra jugaba con un tipo de Bagnères de Bigorre.

Gloria abrió mucho los ojos.

«Usarían el telégrafo», se dijo. «O tal vez cartas.»

—De acuerdo, pues mañana empezamos. —Quim rodeó los hombros de Gloria con el brazo, sin darse cuenta de lo que hacía.

Ella se arrebujó contra su costado, sin rastro de incomodidad.

—Por suerte no había demasiado hollín acumulado —comentó Francho, sin fijarse en las miradas interesadas de las mujeres—. El tejado de tu casa se cayó cuando entraron unos excursionistas en la casa Guallart y encendieron fuego, Quinito. Reventó la chimenea y se llevó la mitad del tejado.

Él alzó una ceja.

—¿Entraron okupas?

Francho se encogió de hombros.

—Ahora lo llaman así, pero toda la vida la gente ha entrado en las casas vacías cuando tenían frío, se escondían de los lobos o de otros hombres.

Gloria se volvió hacia Quim, que asentía en silencio. Al darse cuenta de que él la estaba agarrando como si fueran una pareja estable, se revolvió hasta soltarse.

—Lo repararé —afirmó, solemne—. No sé cómo ni cuándo, pero lo repararé, lo prometo.

Y Gloria supo que se lo estaba prometiendo a su abuelo.

—Buenas noches, chicos —se despidió Águeda—. A ver si descansamos de una vez, que ya es tarde.

Cuando todos hubieron vuelto a sus casas, Quim y Gloria se quedaron mirándose en silencio.

—Hacer planes en 2020 es totalmente absurdo —comentó ella.

Quim asintió, mientras le limpiaba una mancha de hollín de la mejilla.

—Me voy dando cuenta.

—Podríamos haber metido las berenjenas y las patatas en la chimenea. Al menos tendríamos algo para cenar.

—¿Berenjena carbonizada? —Él alzó una ceja—. No, gracias. ¿Qué tal unos huevos con patatas fritas? —propuso, y el estómago de Gloria dio su aprobación retumbando con entusiasmo.

—¡Sí! —Se dirigió a la cocina, pero no llegó a encender el fuego porque la puerta del patio abierta la llamó a gritos.

Salió al exterior, inspirando hondo, mirándolo todo con admiración. Tras diez días sin cambiar de escenario, todo le resultaba nuevo y apasionante.

—¡Mira! —Señaló hacia el cielo—. Hay estrellas. ¡Muchísimas! —Avanzó lentamente y abrió la puerta del otro lado del patio. Aunque había muy poca luz, intuyó el río, saltando alegremente entre las piedras, no muy lejos de allí—. El mundo... —murmuró, estremeciéndose—, el mundo se ha vuelto más grande de repente.

Quim se acercó a ella y la abrazó desde atrás, rodeándole el torso con los dos brazos y apoyando la cabeza en su hombro.

—¿Tienes frío?

—No, pero es... es sobrecogedor.

Él asintió y aspiró el olor de Gloria.

—A humo, a libertad y a futuro.

—¿Mmm?

—He recuperado el olfato —respondió él—. Al fin sé a qué hueles.

Ella volvió la cara y lo miró de reojo.

—Y el gusto, ¿lo has recuperado? —preguntó, traviesa.

—¿Es una indirecta? —susurró él, inclinándose hacia sus labios—. ¿Quieres que te bese?

Gloria se escabulló entre sus brazos y echó a correr hacia la cocina, riendo alegremente.

—No, quiero que peles patatas. ¡Me muero de hambre!

Y aunque la noche no había salido ni remotamente cómo la había planeado, Quim regresó a la cocina, con la cara vuelta hacia el cielo y una sensación de felicidad que pocas veces había experimentado en su vida.

«Gracias, abuelo. Gracias por traerme hasta aquí.»

—¿Estás bien?

—Asustada. No me gusta el olor a humo. Me trae muy malos recuerdos, y no estoy hablando del crematorio.

—A mí también me trae muy malos recuerdos. España, Francia, Rusia. En todas partes el humo presagiaba malos tiempos.

—Fuiste tú, ¿no?

—¿A qué te refieres?

—Fuiste tú quien prendió fuego al pajar.

—Sí.

—¡Lo sabía!

—¿Jaime no te lo dijo?

—Pufff, Jaime vivía en su mundo. Del huerto al bar y del bar a la iglesia.

—¿Iba todos los domingos?

—Ja, ¡iba todos los días!

—¿Tantas cosas tenía que hacerse perdonar?

—...

—¿Gloria?

—Es posible.

—¿Te puso la mano encima? Si te hizo daño, iré al infierno a buscarlo y...

—Quino, era de misa diaria. No creo que lo encuentres en el infierno.

—Tengo mis dudas sobre eso, pero no me has contestado.

—No me pegó nunca. De puertas afuera era muy machito, como todos, pero en casa le dejé claro que no iba a achantarme. Cuando me levantó la mano, lo amenacé con el atizador de las brasas. Aunque la mano encima me la puso, eso sí. Tuvimos un hijo.

—No hace falta que me lo recuerdes.

—Tú has preguntado. Además, me imagino que a tu nieto no lo trajo el Espíritu Santo, así que no me reclames nada. ¿Por qué quemaste el pajar?

—Para distraer a mis camaradas.

—Así que fuiste tú.

—Claro que fui yo.

—Negaste con tanta convicción haber liberado a los nacionales que lo acabé creyendo.

—Tuve que creérmelo hasta yo. Si me llegan a descubrir, me habrían fusilado contra el muro del cementerio. Y con razón, estábamos en guerra; los hombres que liberé podían habernos matado en cualquier momento.

—¡Pero eran tus vecinos! ¡Hiciste lo correcto!

—Lo sé. Es lo peor de una guerra civil, que te obliga a elegir entre los tuyos y los tuyos.

—Por eso Jaime te ayudó a escapar luego, cuando regresó al cabo de tres días con los nacionales.

—Fueron los mejores tres días de mi vida.

—No cambies de tema.

—...

—¿Qué significa ese silencio?

—...

—¡Joaquín, no te calles a estas alturas! ¡Qué más da todo ya!

—Jaime no me liberó. Pudo hacerlo, pero no lo hizo. Vino a verme esa noche. Me dijo que había sido un idiota por liberarlo y que él no pensaba ser tan idiota como yo.

—¿Cómo?

—Me dijo que se casaría contigo en cuanto acabara la guerra. Que lo mejor para ti y para el pueblo era que yo muriera al amanecer y dejara de meterte ideas revolucionarias en la cabeza.

—Pero... no puede ser, estás vivo. Bueno, lo estabas cuando te escapaste del pueblo.

—Me liberó Ramiro, pero nadie lo sabe. Jaime y los suyos pensaron que había huido sin ayuda. Por eso no se casó contigo al acabar la guerra. Fue a Francia a buscarme para entregarme a las autoridades. Me estuvo persiguiendo durante años.

—Maldito... ¡Maldito sea! ¡Mal soldado, mal vecino y mal amante! Lo tenía todo.

—¿Era mal amante?

—¿Por qué sueñas tan alegre de repente? ¿No deberías desearme una vida llena de placer y satisfacciones?

—Supongo que debería, pero soy un mal bicho, un republicano rebelde que no he puesto un pie en la iglesia desde que me bautizaron. El infierno lo tengo asegurado.

—¿Tú crees? Si alguien que salva a su enemigo va al infierno y alguien que lo condena y lo persigue va a al cielo, yo no tengo ningún interés en acabar allí.

—Pues vente conmigo.

—¿Al infierno? Tampoco me convence.

—Yo aquí estoy bien.

—Yo también.

—Pues aquí nos quedamos.

Quim y Gloria habían subido a las habitaciones y se habían sentado en la cama de los abuelos, donde compartían mantas y una segunda botella de vino. La rosa, aún mojada, estaba sobre el alféizar de la ventana, que seguía abierta, como todas las demás. Gloria echó la cabeza hacia atrás, golpeándose con el cabecero de madera maciza.

—¿Qué haces?

—Acabo de recordar que ahí había un crucifijo, pero ya no está.

—¿Tu abuela no era de misa?

Gloria negó con la cabeza.

—No, decía que ya había cumplido el cupo de misas durante la vida de su marido.

—¿De qué murió tu abuelo?

Gloria inspiró hondo y soltó el aire ruidosamente.

—A mi abuela no le gustaba hablar de ello. Siempre di por hecho que había muerto de viejo, pero ahora me doy cuenta de que no era tan viejo. Me lo parecía a mí porque era una niña y porque... tenía un aire... no sé explicarlo. Cuando pienso en él, lo recuerdo siempre en blanco y negro.

—¿Y con la voz del NO-DO? —aportó Quim, mirándola de reojo.

—¡Exacto! Supongo que tu abuelo no era así.

Quim negó con la cabeza, y volvió a fijar la vista en la ventana.

—No, era pura energía. Siempre haciendo cosas, organizando reuniones en el barrio para ayudar a los recién llegados, para protestar contra las injusticias... En Francia era un hombre muy querido y respetado, pero cuando le dije que me venía a vivir a España, dijo que era el momento de volver.

—¿Y cómo es que no se vino a vivir aquí?

Quim se encogió de hombros.

—Supongo que se había acostumbrado a vivir en la ciudad. Recuerdo que vinimos al poco de cruzar la frontera. Mi abuelo habló con los vecinos y me los presentó, pero no presté mucha atención. Acababa de conocer a Marta por internet y... bueno, tenía otras cosas en la cabeza.

—Ya.

—En aquel momento no le di importancia, pero he estado dándole vueltas estos días, recordando la visita, y creo que el abuelo decidió no quedarse aquí cuando se enteró de que tu abuela ya no vivía en La Munia.

Gloria se volvió hacia él.

—¿Por qué dices eso?

—Por las miradas de la gente cuando nos detuvimos frente a la puerta. Y uno de los ancianos, supongo que sería Ramiro, le dijo algo que me resultó raro. Dijo: «Nunca te olvidó. Y no le puso las cosas fáciles a Jaime.»

Gloria se volvió hacia él, abriendo los ojos.

—¿En serio? ¿No te lo estás inventando?

Quim le dio un toque con el dedo en la frente.

—¿No te fías de mí?

Gloria resopló.

—Me va a costar volver a fiarme de un hombre, de cualquier hombre.

Quim alargó la mano hacia la botella de vino y rellenó los vasos. Gloria bebió con ganas.

—Pensaba que lo habías dejado tú.

—Por orgullo. Estaba a punto de dejarme y de echarme de su casa medio desnuda en plena noche. Me negué a darle el gustazo al muy capullo.

Quim apoyó el brazo en la rodilla doblada y le hizo un gesto con la mano para que siguiera hablando.

—No se te ocurra dejarme así. Detalles, buhito, detalles.

—No hay nada que contar. —Gloria frunció el ceño—. A menos que tú me cuentes tu historia con Marta.

Quim volvió a recorrer la montaña rusa de emociones al completo: la sorpresa, la decepción, el dolor, el resentimiento. Tal vez hablar sobre ello le ayudaría a romper el bucle. Desde que había llegado a La Munia había mejorado mucho y sabía que se lo debía casi todo a Gloria.

Inspirando hondo, se armó de valor.

—La conocí por internet. Teníamos en común la afición por el dibujo y los comics..., o eso me dijo. Al principio fue una amistad como otras, pero poco a poco fue creciendo. Me pasaba los días esperando a que llegara la noche para poder conectarme y chatear con ella. Yo vivía con mi abuelo, porque mis padres se habían separado y se habían ido a vivir con sus nuevas parejas. Cuando le propuse a Marta que viniera a Créteil para poder estar

cerca de mi abuelo, me dijo que ni hablar; que estaba harta de Londres y que quería volver a Barcelona, pero no tenía piso. Cuando mi abuelo me preguntó por qué estaba tan apagado, se lo conté. Él no dijo nada. Se levantó y se fue a la habitación a hacer la maleta.

—Me cae bien tu abuelo.

Quim asintió.

—Era un gran tipo; todo el mundo le quería. ¿Tu abuela también era así?

Gloria hizo una mueca.

—Francamente..., creo que no llegué a conocerla nunca. Siempre me pareció una mujer triste y enfadada. Creo que sentía que la vida la había estafado. Sólo al final, cuando ya era muy mayor y se olvidaba de las cosas, vi a una Gloria distinta, más traviesa y llena de vida. Probablemente la que conoció tu abuelo era así. Pero estábamos hablando de Marta. ¿Qué pasó cuando llegaste a Barcelona?

—Alquilé un piso en La Guineueta. Luego compré varios cómics y los uní formando un ramo. Cuando nos conectamos esa noche, allí estaba yo, en Barcelona, con el ramo de papel en la mano y el corazón a punto de salirse del pecho.

Gloria suspiró.

—Qué bonito, Quinito.

—No me toques la zanahoria, Gloria.

—¡Oh, con lo bien que íbamos! Ya me extrañaba a mí que fueras tan romántico.

—Marta me robó el romanticismo, lo reconozco. Y no me robó más porque no tenía gran cosa. Se instaló con nosotros, sin poder ocultar el fastidio que le provocaba tener al abuelo en casa.

—Bueno —Gloria trató de ponerse en el lugar de Marta—. Tal vez había esperado una luna de miel apasionada.

Quim sacudió la cabeza.

—No era eso. A Marta le daba igual tener público. Al revés, le encantaba hacerlo de noche, con las ventanas abiertas y las luces encendidas. Si mi abuelo le molestaba era porque a él no podía engañarlo como a mí. Debí haberle hecho caso cuando me advirtió de que mi amiga no era de fiar. Tantos años de clandestinidad le enseñaron a calar a las personas, pero me había ilusionado con ella; me había montado mi propio

comic en la cabeza y ya había dibujado el final feliz a su lado. Por eso ignoré todas las señales.

Gloria suspiró.

—Te entiendo tanto...

—No paró de comerme la cabeza hasta que accedí a poner la cuenta corriente a nombre de los dos.

—Bueno, muchas parejas lo hacen —murmuró Gloria.

—Y luego siguió con un crédito personal del banco, teóricamente para poner en marcha su consultoría, aunque nunca vi ni un cliente. Y, por no oírla, habría firmado el crédito privado de unos prestamistas de estos de dinero directo, pero mi abuelo se puso serio y lo impidió.

—¿Te he dicho ya que me cae bien tu abuelo?

Quim suspiró.

—Me daba mil vueltas, en todo. Yo fui un capullo que me dejé cegar por las armas de Marta en la cama y me enfadé con mi abuelo cuando ella se marchó a Seúl. La creí a ella cuando me dijo que se iba porque mi abuelo era insoportable, pero el viejo tenía razón: se fue porque vio que ya no podía sacarme nada más.

—El amor nos ciega —comentó ella, comprensiva.

—Y la lujuria, y el orgullo herido. —Quim resopló.

—¿Volviste a verla?

—En persona no, pero seguimos chateando. Me decía que me echaba de menos y que volvería pronto. Y yo como un idiota, me lo creía. —Quim se echó a reír sin ganas, sacudiendo la cabeza—. Como diría Ramiro, ¡qué mostillo!

Gloria le apretó la mano, animándolo a seguir.

—¿Qué pasó luego?

—Mi abuelo enfermó, tenía que ir a diálisis a menudo. Yo lo acompañaba y eso me hizo perder varios trabajos. Al final acabé haciendo de repartidor, porque, aunque ganaba una mierda, yo me ponía los horarios y podía estar con él siempre que me necesitaba.

Gloria le acarició la rodilla.

—Hiciste bien. El día que dejé a mi abuela en la residencia por no perder el trabajo, me sentí la mayor mierda del planeta.

Pero Quim, que seguía sumido en su historia, no la oyó.

—Cuando, de un día para otro, el virus lo puso todo patas arriba y mi abuelo murió, llamé a mis padres, aunque no pudieron venir porque habían cerrado la frontera. Luego llamé a Marta. Bueno, hicimos videollamada. Me dijo que me quería, que se había arrepentido de dejarme y que volvería pronto. Durante un rato, me sentí mejor al verla. Me sentí... acompañado en la desgracia. El problema fue que ella ya estaba acompañada.

—¿Es lo que me imagino?

Él asintió.

—Durante la conversación, un tipo asiático pasó caminando tranquilamente a su espalda... totalmente desnudo. Sí, puedes abrir mucho los ojos, buhito, así me quedé yo también al verlo.

—Y... ¿qué dijo ella?

A Quim se le escapó la risa por la nariz.

—Que era el técnico que había ido a reparar la lavadora.

—¿En bolas?

—Me aseguró que era la costumbre del país; que al entrar en las casas se quitaban los zapatos y la ropa.

—¡Sí, hombre!

—Te lo juro.

Gloria notó que la cama temblaba y temió que Quim se hubiera roto por el recuerdo de la traición y estuviera llorando, pero sonrió al ver que estaba riendo, una risa que empezó muda y acabó a carcajadas, llevándose un montón de amargura y de angustia con ella. Gloria se dejó contagiar y mientras reía con él, sintió ganas de contarle la debacle de la gabardina, los tacones y el tren para exorcizar el mal rollo que se le había quedado enganchado en el alma desde ese día, como si fueran moquetas de esos que aparecían en Los Cazafantasmas.

Mientras se secaba las lágrimas de risa, le hizo un resumen de lo sucedido.

—¡No me jodas! —exclamó Quim, muy serio—. Ese tío es gay o es imbécil.

—Gay no es.

—Pues ya tienes la respuesta.

Gloria resopló.

—Lo que no entiendo es por qué eso no me hace sentir mejor.

Quim levantó el brazo, ofreciéndole refugio y ella se lanzó hacia su pecho sin dudar.

—Supongo que a nadie le gusta pensar que ha estado perdiendo el tiempo.

—Ya —admitió Gloria—, pero no es sólo eso.

—No. —Quim le acarició la espalda—. Es un caldo espeso. Cuesta separar los ingredientes. Hay ego herido, que se suele indigestar.

—Hay dolor, mucho dolor, que no deja ver con claridad.

—Hay despecho, amargo como la bilis, que busca salida por la boca y nos hace soltar palabras muy feas.

—Y hay... —Gloria buscó las palabras—, hay ese baño de realidad, frío como...

—Como cuando vas en bici en plena tormenta en diciembre y un autobús pasa a toda leche a tu lado y te deja empapado.

—Exacto. La burbuja que te habías inventado estalla y no puedes seguir engañándote a ti mismo. Ese tipo que pensabas que era serio y responsable, en realidad es un muermazo, al que no le importas una mierda.

—Y esa tipa que pensabas que era cosmopolita e independiente, en realidad estaba saliendo con media docena de idiotas como tú al mismo tiempo. Sin avisarnos, que eso es lo jodido. Haciéndonos creer a todos que éramos los únicos, especiales para ella.

—¡Odio a Marta! —exclamó ella.

—Brindo por ello.

—Se me ha acabado el vino.

Quim se ladeó hacia la mesita y regresó, botella en alto y con la rosa pocha entre los dientes.

—Menuda ruina de rosa —se burló ella, oliéndola una vez más—. Empapada y con un delicado aroma a... taller mecánico.

—A ver, buhito, estamos en 2020. Creo que es la rosa ideal para este año: lo define perfectamente. Y no te rías, que tirarás el vino —le advirtió él, logrando su objetivo, que era hacerla reír hasta que se olvidara de las lágrimas derramadas durante los últimos meses.

—Y tú pensarás que tengo la regla y te echarás a llorar —replicó ella, burlona, llevándose una mano a la frente.

—¡Oh, serás mala bruja! ¡Pensaba que era el virus!

—¡No te mueeeraaaaaas! —lo imitó.

Él le arrebató el vaso y lo dejó en la mesita, junto al suyo, mientras refunfuñaba:

—Ni covid, ni regla ni hostias en vinagre. ¡Me la cargo yo! ¡Me la cargo con mis propias manos!

—¡No, no, no, no! —gritó Gloria, tratando de huir de la cama con torpeza, a causa de la risa y el vino.

Quim la atrapó por el tobillo, tiró de ella y la tumbó boca arriba en la cama. Sin darle tiempo a reaccionar, se lanzó sobre ella, que lo recibió con una sonrisa, más embriagadora que cualquier vino, español o francés.

—¿Tienes algo que decir en tu defensa antes de que te dé tu merecido, buhito? —susurró, con la boca pegada a sus labios.

—Sí.

—Te escucho.

—Tu culo gana por goleada.

—¿Perdón?

—No sé cómo sería el culo del tipo ese que viste en la videollamada, pero sé que el tuyo es mejor porque tienes un culo de diez. —Remachó sus palabras con un apretón a dos manos.

—Guau. Jaque mate. Me has dejado sin palabras.

—¿Seguro? ¿No le dirías nada al idiota de mi ex si lo tuvieras delante?

—Sí, le diría que, si hubieras venido a mi casa con tacones, una gabardina y ganas de guerra, habrían tenido que venir las fuerzas armadas para que te dejara irte de allí.

Ella le quitó la goma que le aguantaba la coleta y hundió las manos en su pelo.

—Bien dicho, culo bonito. Te has ganado que lo dejemos en tablas.

Él le guiñó el ojo.

—De momento. ¿Echamos otra partida?

—Las que hagan falta —susurró Gloria, tirando de él y fundiendo sus bocas en un beso, el primero de muchos.

Quim hundió la nariz en la almohada y lo asaltó un intenso olor a humo. Sobresaltado, levantó la cabeza o, mejor dicho, lo intentó. No llegó muy lejos porque tenía el brazo atrapado bajo la cabeza de Gloria, un nido alborotado de pelo castaño.

Frunció el ceño. Había algo raro en todo aquello.

«¡Luz! ¡Entra la luz!»

Tomo un mechón de pelo entre dos dedos y lo levantó, examinándolo como si fuera un diamante. Luego tomó otro y otro, disfrutando de los distintos tonos de castaño, cobrizo y dorado. A la luz de las bombillas de baja potencia de la casa no se había dado cuenta de que el pelo de Gloria era tan rico en tonalidades como un bosque en otoño.

—Precioso —susurró. Le dio un beso suave en la coronilla, pero al momento deseó no haber recuperado el olfato. El pelo le olía a bar de carretera. Arrugó la nariz, pero rodeó la cintura de Gloria con el brazo y la atrajo hacia él.

La noche no había salido como la habían planeado. No había habido cita romántica frente a la chimenea, ni hortalizas asadas en las brasas, ni vino áspero, que rascaba la garganta y calentaba por dentro, ni rosa en un jarrón.

Pero se habían preparado unos huevos fritos con patatas que quitaban el sentido, acompañados por agua, porque era lo que les pedía el cuerpo tras haber tragado tanto humo. Gloria, que todavía tenía ataques de tos de vez en cuando por culpa del virus, empeoró de la carraspera.

Sin embargo, había insistido en que sacaran la mesa de la cocina al patio, aunque tuvieran que cenar con el anorak puesto. Tras tantos días encerrados, era imposible no estremecerse al levantar la cabeza hacia el cielo y ver la gran cantidad de estrellas que lo salpicaban. Una de las veces, Gloria se embobó mirando el cielo con tres patatas pinchadas en el tenedor frente a su boca. Cuando las patatas le cayeron sobre la yema del huevo y le

salpicaron el anorak, Quim sonrió y lamentó no haberle hecho una foto. Por primera vez en mucho tiempo, sintió la necesidad de dibujar.

Luego, en la cama, habían intercambiado confidencias y orgasmos. Cuando ella se quedó dormida entre sus brazos, Quim sintió algo muy agradable y cálido en el pecho, una mezcla de euforia y orgullo, pero también de instinto protector.

Permaneció observándola un rato, hasta que las ganas de dibujarla se volvieron demasiado fuertes para seguir resistiéndose. Bajó al salón y se aseguró de que la chimenea no pensaba darles otro susto antes de buscar materiales. No tenía papel ni lápices, pero usó el cartón de la parte de atrás del calendario, recogió un poco de hollín quemado en una taza y regresó al dormitorio principal.

Hundiendo el dedo en el hollín, retrató a Gloria. Empezó por dibujarla subiéndola la escalera con el camisón de la niña del exorcista, y sonrió al recordar el día en que la conoció. Por unos momentos, realmente había pensado que estaba siendo víctima de la agresiva campaña de marketing de una *scape room* rural.

En otro trozo del cartón la esbozó de espaldas, con la cabeza asomada en el ventanuco y un pie torcido, lo que hacía que ladeara sus tentadoras caderas. Luego empezó a retratarla con la melena alborotada sobre la almohada, hasta que el sueño lo venció y se tumbó a su espalda. Ella había gemido feliz al notar su calor y se había pegado más a él.

De madrugada, cuando ella volvió a gemir, no fue su instinto protector el que se puso en marcha sino el depredador.

—Buenos días, buhito —le susurró al oído—. ¿Has dormido bien?

Gloria se volvió hacia él y Quim sonrió al ver que, efectivamente, lo estaba mirando con los ojos muy abiertos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, con la voz muy ronca—. Pensaba que estaba soñando contigo.

—¿No estás segura? —susurró él. Sabía que debería estar preocupándose por su salud, pero la cercanía de sus nalgas y esa voz ronca lo estaban poniendo malo—. Dime, ¿qué hacía en tu sueño?

Ella frunció el ceño, molesta porque había estado disfrutando de un sueño erótico de lo más placentero y la había dejado a medias.

—¿Necesitas que te dé instrucciones? ¿Eres de los que sólo encuentran el clítoris con GPS?

Quim se desperezó de golpe y retiró las mantas que los cubrían.

—¡Eh, que hace frío! —protestó ella.

—Yo te caliento —le aseguró él, que no notaba el aire fresco que entraba por la ventana, por fin abierta tras tantos días. Si el primer día le había parecido que el viejo camisón de la abuela era la prenda menos sexy que había visto en su vida, durante la última semana había cambiado de opinión.

Como un gato montés, ascendió lentamente sobre ella, y le desabrochó los botones del camisón, mientras una de sus rodillas le separaba los muslos, levantándole el camisón por el camino.

—¿Has olvidado que soy repartidor? —le susurró al oído, acariciándole la suave piel del cuello con la nariz, larga y recta, que había heredado de su abuelo—. Tengo el sentido de la orientación muy desarrollado.

Gloria hizo un ruido raro, una especie de arrullo de palomo en celo. No era como los gemidos que le había oído otras veces, pero si ésa era su manera de demostrarle que estaba interesada en él, le servía.

Se ayudó de la mano para levantarle más el camisón, disfrutando del tacto de su piel. Si hubiera podido leer la mente de Gloria —preocupada porque llevaba dos semanas sin usar crema hidratante— se habría echado a reír. Su piel era perfecta, firme, suave, y desprendía un leve aroma a... Bueno, vale, olía a locomotora de vapor recalentada, pero estaba seguro de que, tras una ducha olería a...

—Rrruuuuu, rrrruuuuuuuu, curruuuuuu, curruuuu...

—¿Gloria? ¿Estás bien?

—Yo sí, eres tú el que está ronroneando como un gato loco.

Quim se alzó sobre los codos, le levantó a Gloria el brazo con el que se había cubierto los ojos y alzó una ceja.

—¿No eres tú?

Ella negó con la cabeza.

El arrullo no se había detenido y ambos se volvieron a la vez hacia la ventana, que había recuperado su función de permitir el contacto con el exterior.

—Es una paloma.

—Un palomo —lo corrigió ella—. Suenan distinto.

—¿Entiendes de palomas?

—Un poco. Mi abuela sabía más.

—Mi abuelo también —replicó él, haciendo una mueca. Suspirando, se acercó a la ventana, porque le resultaba imposible seguir con lo que había estado a punto de hacer con público, aunque el público fuera un palomo despistado.

—Shuuu, shuuuu, largo. ¡Vete de aquí! —trató de echarlo, pero el ave regresó una y otra vez.

—¡Mira! —Gloria había bajado de la cama y estaba a su lado—. Tiene un papelito en la pata.

Quim dudó un poco, pero alargó la mano y al ver que el palomo se estaba quieto, le desató el papelito.

—¿Qué pone? —Gloria lo miró con los ojos brillantes.

—Caballo F6.

Gloria alzó las cejas.

—¿Será un mensaje en clave?

La voz de Santos llegó desde una de las casas de la plaza.

—¡Quino! ¡Quinito!

—¿Qué pasa?

—Me he olvidado de poner en el mensaje que yo llevo las blancas.

Quim y Gloria cruzaron una mirada y tardaron unos segundos en reaccionar.

—¿Así que ésta es la app del pueblo para jugar a ajedrez a distancia? —Gloria señaló al palomo con el pulgar.

A Quim le empezaron a temblar los hombros mientras trataba de aguantarse la risa.

—Y seguro que me está haciendo alguna abertura de ésas con trampa que tanto le gustaban al abuelo. Pues yo antes de responder necesito un café.

Gloria se acercó a su pecho y Quim pensó que quería besarlo, pero lo olfateó.

—Y una ducha. Hueles a bombero forestal.

Él le dio una palmada en la nalga.

—¡Oh, mira quien habla! Doña patatita asada.

Ella le dirigió una mirada pícaro.

—¿Tú eres la berenjena?

Él frunció los labios.

—¿Quieres comprobarlo?

Gloria hizo un gesto despreocupado con la mano mientras se dirigía a la escalera.

—Te recuerdo que ya te he visto entero, Quinito.

—¡Eh! ¡Las veces que estaba enfermo no cuentan! ¡Ni se te ocurra hacer la media! —Corrió tras ella—. ¡Exijo revisión de examen!

Quim y Gloria pasaron las siguientes horas limpiando la casa. Ese día no se aburririeron ni tuvieron que buscar maneras de ejercitar los músculos.

—¿Cómo puede cansar tanto limpiar? —protestó Quim—. Es muchísimo peor que repartir.

Gloria se secó el sudor de la frente.

—Pues yo prefiero limpiar que no responder el teléfono de la empresa; me encanta el trabajo físico. Y me he dado cuenta de una cosa.

Él se apoyó en la escoba y alzó una ceja.

—¿De qué?

—Desde que estoy aquí, no he vuelto a tener ataques de ansiedad. Eran culpa del trabajo.

Él ladeó la cabeza.

—¿Estás segura de que estás lo bastante relajada? Si lo necesitas, yo podría...

Ella le lanzó un trapo sucio.

—Estoy mejor que nunca, gracias por tu ofrecimiento.

Él levantó las manos.

—No sabes lo que iba a ofrecerte.

Gloria le hizo un gesto con la mano para que le devolviera el trapo y él se lo lanzó.

—Un dos por uno en el próximo lavado de mi coche, ¿a que sí? —replicó ella, con ironía.

Él agachó la cara, para que no lo viera reír, pero volvió a levantarla cuando le llegó el ruido de un motor acercándose.

—¿Será el pan? —preguntó Gloria, que se había aficionado a la torta de anís que traía el panadero.

—¿Será la fruta? —comentó Quim—. Se han acabado los plátanos.

Gloria se echó a reír.

—¿Qué pasa? No iba con segundas, lo juro —se defendió él.

Ella negó con la cabeza.

—No, es que parecemos un matrimonio de pueblo —le aclaró ella, acercándose a la puerta.

—Las ganas. —Él se pegó a su espalda y apoyó un brazo a cada lado del marco—. No pienso casarme jamás.

Ella lo miró por encima del hombro.

—¿Las ganas de qué, gañán? No me casaría contigo ni aunque no encontraran la vacuna contra el virus y tuviéramos que quedarnos aquí eternamente.

Quim estaba a punto de seguir picándola, cuando la camioneta todoterreno de Ramiro, el alcalde, se detuvo frente a ellos.

—Bien, bien, os han liberado —comentó, saludándolos con la mano enguantada—. Me llamó mi padre ayer noche y me lo contó.

—Siento que te molestara tan tarde —se excusó ella.

—No pasa nada, ya estoy acostumbrado a que me llamen a cualquier hora. ¿El fuego ha causado daños en la estructura de la casa?

—No soy experta, pero nada que se vea a simple vista —respondió Gloria.

—No hay grietas ni paredes abombadas —añadió Quim—, pero sería bueno que le echara un vistazo un albañil, claro.

Ramiro abrió el maletero y rebuscó.

—Más adelante —comentó—. De momento, los suministros sanitarios siguen siendo la prioridad. Y hablando de suministros, toma —le ofreció algo a Quim.

—¿Es...?

—Sí. Lo que me encargaste, una mancha y parches para reparar la bicicleta.

—¡Muchas gracias!

—De nada. —Mirando a Gloria, añadió—. Y he hablado con la empresa de alquiler de coches. He conseguido que te cobren sólo una semana. El resto lo cubrirá el seguro, irá a cargo de pérdidas por covid. Hemos acordado que cuando se levante el estado de alarma, lo devolverás.

—¡Ramiro! —Gloria trató de salir de casa para agradecerse, pero Quim la atrapó por la camiseta y tiró de ella hacia atrás.

—Tira pa la casa, mujer —bromeó, tratando de poner su mejor tono pueblerino, sin mucho éxito. Tenía un acento especial, medio francés, medio baturro. En Créteil siempre lo habían mirado raro por su acento. En

clase lo llamaban «el español», a pesar de que sus padres y él habían nacido en Francia. Tanto su padre como su madre eran hijos de emigrantes republicanos y en casa se hablaba el español, pero en el colegio hablaba francés, que era también el idioma en el que veían la tele.

La mirada indignada de Gloria lo hizo sonreír.

—¡Suéltame! —protestó ella—. ¡Alcalde, ayúdame! No puedo quedarme aquí encerrada con un chalado.

Ramiro sonrió con timidez, lo que no era habitual en él, mientras los habitantes de La Munia iban saliendo de sus casas y se acercaban al vehículo.

Al cabo de unos minutos, la pequeña plaza estaba de lo más animada. Ramiro hablaba con su padre y con Águeda, mientras repartía medicinas y las últimas noticias locales.

Gloria mostraba a Guayén y a Pilara los daños que había sufrido el salón a causa del humo.

Mientras tanto, Quim había sacado el viejo tablero de ajedrez de los Santacana, donde se estaba llevando a cabo la batalla de negras contra blancas.

—¿Por qué me ha enviado el palomo, Santos? Si nos oímos perfectamente por la ventana.

El hombre se encogió de hombros mientras su mano sobrevolaba las piezas.

—Los palomos necesitan ejercicio.

—¿Y cómo ha sabido a qué casa tenía que venir?

—Ha probado en todas las casas —respondió Francho—. Dichoso bicho. Si lo llevo a pillar, ¡lo echo al arroz!

—¡Ni se te ocurra!

Los hombres iniciaron una discusión, que fue subiendo de tono mientras los reunidos iban posicionándose con uno de los dos.

—No vuelvas a empezar a adiestrar los palomos, que esos bichos traen enfermedades, y no está el patio para tonterías —se quejó Águeda.

—Si la crisis va a ser tan grande como dicen, no estará de más empezar a criar un poco de todo —comentó Pilara.

—Además, los palomos dan mucha vida al pueblo —replicó Guayén—. Bien que te gustaba cuando llegaban notas de tu novio, el que vivía en Francia.

—¡No era mi novio!

—No disimules, Águeda, que tu marido ya no está aquí para montar un cirio.

—Ramiro, ¿se encuentra bien? —preguntó Gloria, desde la puerta.

—Gloria —susurró el anciano, con cara de estar viendo un fantasma—. Quino.

Quim se levantó y, preocupado, se dirigió hacia el hombre, que se había llevado una mano al pecho y había perdido totalmente el color.

—Ramiro, venga a sentarse —le dijo, agarrándolo del brazo.

—Quino —susurró el anciano—. Gloria. Lo habéis conseguido. Juntos para la eternidad.

—¡Ramiro! —exclamaron al verlo desplomarse lateralmente, aunque su hijo impidió que cayera al suelo. Con ayuda de Quim, lo tumbaron en el banco corrido donde, un momento atrás, habían estado jugando al ajedrez. Y mientras a su alrededor sus vecinos alzaban brazos con impotencia y su hijo trataba de ponerse en contacto con la ambulancia medicalizada, Ramiro se sentó y miró a su alrededor. Hacía tiempo que no se sentía tan ágil.

—¿Qué hacéis aquí? Pensaba que habíais muerto.

—¿Qué haces tú aquí, Ramiro?

—Éste es mi pueblo, yo me quedé aquí, no como otros.

—También es mi pueblo, aunque tuviera que irme. Gracias otra vez, Renacuajo. Me salvaste la vida.

—Hacía tiempo que nadie me llamaba «Renacuajo». No lo echaba de menos.

—Bueno, mírate.

—Oh, vuelvo a ser un niño. ¿Cómo puede ser?

—No lo sé. Tal vez porque yo te recuerdo así.

—¿Y yo? ¿Cómo me veis a mí?

—Como siempre, fuerte y con la espalda recta como el Risco.

—Yo te veo preciosa, Gloria.

—Déjate de zalamerías, Joaquín. Y tú no te quejes, Ramiro, que ser un niño te ahorró tener que luchar en la guerra.

—¿Ver sufrir a todo el mundo y no poder hacer nada? Sí, fue maravilloso.

—Pero sí pudiste. Hiciste lo que mi marido fue incapaz de hacer, salvaste a un vecino.

—No era sólo un vecino, era mi amigo.

—Y aún lo soy. Me alegro de verte, Renacuajo. Te guardamos un sitio sobre la alacena. Ven cuando quieras.

—Oye, te recuerdo que es mi casa. Tú estás de invitado.

—Ya, pero hasta que no nos lleven a algún sitio para nuestro reposo eterno, me temo que la casa de los Santacana se ha convertido en el tanatorio oficial.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Estaba pensando que podemos decir que estamos en la Gloria.

—Ja, ja, ja.

—Tanatorio Gloria Bendita. ¿Cómo lo ves?

—Oh, vete a la porra, Quino. ¡Y tú no te rías, Renacuajo!

Gloria contemplaba la zona con un nudo en el corazón. El bonito cementerio donde estaban enterrados sus padres, su abuelo Jaime y muchos otros antepasados había perdido uno de los muros exteriores. Al caer, se había llevado con él un panel de nichos. Ninguno de sus parientes estaba en esa zona, pero igualmente se le encogió el corazón al ver destrozado un lugar que debería proporcionar descanso eterno.

—¿Y no había pasado nunca antes? —preguntó Quim.

—No, que yo recuerde. Nunca había llovido con tanta intensidad —respondió Ramiro.

—Va a ser cosa del cambio climático —opinó Gloria.

—Puede ser. —Ramiro se encogió de hombros—. Aunque estas tormentas son muy localizadas. Donde caen, hacen daño, pero en el valle de al lado ni se enteran.

—De todos modos, lo mejor sería apartar el cementerio del río, por si vuelve a haber crecida —propuso Quim y Ramiro asintió.

—Sí, lo hablamos ya antes de que llegarais y decidimos ampliarlo por allí, en esa zona elevada. El cura lo consultó en sus documentos y dice que hasta allí es suelo consagrado.

—Ah. Pues vale, no había pensado yo en eso. ¿Has pensado en lo del columbario? —le recordó Gloria.

El alcalde asintió.

—Me parece buena idea; yo también quiero que me incineren cuando me llegue la hora.

—Y yo.

—Y yo —Quim estuvo de acuerdo con Gloria—. Y la Iglesia, ¿qué opina de esto?

—También lo hablé con el cura. Dijo que el papa Francisco no se oponía a la cremación, siempre y cuando se dé luego cristiana sepultura a las cenizas, nada de echarlas al aire o al mar.

Quim se volvió hacia Gloria y ella asintió, recordando lo que habían hablado durante una de sus noches de encierro. Ninguno de los dos quería

ser enterrado en un nicho.

—Te lo prometo —murmuró.

—Yo también —le susurró él al oído—, pero no tengas prisa, ¿vale?

La sonrisa de Gloria iluminó el valle.

—Vale.

—No tengáis prisa ninguno de los dos —comentó Ramiro, al que no se le escapaba nada—. La Munia os necesita. Tenía previsto esperar, pero la muerte de mi padre me ha hecho darme cuenta de que necesitamos tener el cementerio en condiciones —añadió, con un suspiro.

Gloria se acercó y le apretó el brazo.

—Lo siento mucho. Hacía poco que lo conocía, pero le había cogido mucho cariño. Tenía una energía impresionante. Al verlo cruzar la plaza en la oscuridad ya sabías que era él por su modo de caminar.

El alcalde asintió y le dirigió una sonrisa agradecida.

—Lo voy a echar mucho de menos, pero me alegro de que todo haya sido así, tan rápido, sin sufrir.

—Le he estado dando vueltas a sus últimas palabras —comentó Quim—. Tengo la sensación de que no hablaba con nosotros. No puedo evitar sentir que hablaba con mi abuelo a través de mí.

Gloria asintió.

—Yo tuve la misma sensación. Y dijo: «lo habéis conseguido. Juntos para siempre.»

—Para la eternidad —lo corrigió el alcalde.

—Eso.

—¿Mi abuela y su abuelo fueron novios? —Gloria llevaba un par de días preguntándose.

—Tu abuela era muy niña cuando la guerra, pero estaba loca por Quino. Mi padre me contó que iba por el pueblo gritando que le dieran un arma, que quería irse con él al frente.

Gloria agachó la cabeza y Quim le rodeó los hombros con el brazo.

—¿Y mi abuelo? ¿Por qué no volvió a por ella después de la guerra?

Ramiro sacudió la cabeza lentamente.

—Mi padre decía que en realidad la guerra nunca acabó, sólo cambió de forma. Si hubiera vuelto, habría acabado en la cárcel... en el mejor de los casos.

—Todas las guerras son horribles, pero las guerras civiles son lo peor — exclamó Gloria, apretando los puños—. Como un cáncer, el cuerpo atacándose a sí mismo.

Ramiro y Quim asintieron.

—¡Espero que el virus nuevo este sirva para que nos unamos y luchemos juntos contra él!

Los dos hombres se miraron de reajo.

—Ojalá —replicó Quim, no muy convencido.

—No parece —Ramiro suspiró, pensando en los problemas que había tenido para conseguir suministros—. Esto me recuerda más a un «sálvese quien pueda», pero me gusta tu entusiasmo; serías una buena alcaldesa.

—Gracias. —Gloria sonrió—. ¿Has pensado en mi propuesta?

—¿Cuál? —Ramiro le devolvió una sonrisa que a Quim le pareció demasiado amplia para un hombre que acababa de perder a su padre.

«¿Por qué sonrío tanto?», refunfuñó, frunciendo el ceño.

—La de abrir el cementerio a personas de fuera del municipio — respondió Gloria—. Con una campaña en redes sociales, llegaríamos a mucha gente sin gastar nada.

Ramiro se dio la vuelta para contemplar el valle que se extendía a sus pies.

—Me parece una idea brillante, Gloria. Tienes razón, si yo viviera en la ciudad, me gustaría poder enterrar a mis seres queridos en un sitio así, con estas vistas.

—La verdad es que aquí arriba el alma respira mejor —comentó Quim, reprendiéndose por sus celos absurdos.

—El alma no sé. —Ramiro lo miró de reajo, con una sonrisa triste en la cara—, pero los pulmones te aseguro que sí. No sé cómo podéis vivir en la ciudad.

Gloria hizo una mueca, encogiéndose de hombros.

—La costumbre, supongo. Cuando no has conocido otra cosa, piensas que es la única opción que hay.

—Pero tú conocías el pueblo —le recordó Quim—. Habías pasado algún verano aquí.

—Sí, pero entonces me parecía un sitio muy aburrido; no había nadie de mi edad. —Hizo una mueca de disculpa.

—Te entiendo —comentó Ramiro—. Aquí no hay de nada y hay momentos en que el aire puro se vuelve irrespirable. El ser humano es un ser sociable; necesita de otros como él, aunque para socializar haya que respirar humo en el bar del pueblo de al lado. —Tras unos instantes en silencio, el alcalde dio una palmada—. Me voy. Tengo una reunión por videoconferencia. Luego traeré los materiales. Francho y Santos os echarán una mano, pero podéis ir empezando a recoger. —Señaló la zona con el dedo.

—¿Hay... hay restos humanos? —preguntó Quim, con aprensión.

—No, los recogió la Guardia Civil.

—Menos mal —murmuró Gloria.

—Sólo tenéis que recoger los trozos de piedra y cemento. Apiladlos por ahí. Os recomiendo que hagáis montones de varios tamaños para reutilizarlos.

—¡Eh, muy bien! El reciclaje también ha llegado a los pueblos.

La carcajada de Ramiro retumbó por el valle.

—El reciclaje nació en los pueblos, bonita —le dijo, secándose la comisura del ojo—. El lema de mi madre era: «¿Huele mal? ¿No? Pues se guarda.»

—Ay, perdona, no quería decir...

Ramiro alzó la mano.

—Nada que perdonar. Gracias por las risas, me hacían falta. Y gracias a los dos por haberos ofrecido a reparar el cementerio. Venga, hasta luego, chicos.

—Hasta luego. —Gloria se llevó las manos a las caderas y miró a su alrededor. Al ver un trozo de lápida roto, se acercó y trató de levantarlo, pero pesaba más de lo que parecía—. ¿Me ayudas? Podemos hacer una pila con trozos de lápida.

Él se acercó, pero en vez de agarrar el mármol por el otro lado, le rodeó la cintura con los dos brazos y se inclinó sobre ella.

—¿Y qué me das a cambio? —le susurró al oído.

Ella se incorporó, conteniendo el aliento.

—¡Quim! ¿Cómo puedes estar pensando en... en... eso aquí?

Él soltó el aire por la comisura de los labios.

—¿Y en qué quieres que piense? ¿En el dichoso virus? ¿En el trabajo que tenemos por delante? ¿En el culito respingón de Águeda?

Gloria se volvió entre sus brazos con los ojos muy abiertos y él sonrió.

—Prefiero pensar en mi buhito. ¿Te he dicho ya que tienes unos ojos preciosos? Dentro de la casa no los veía bien, pero a plena luz veo las motitas marrones sobre el fondo verde. Parecen cabras en un prado.

A ella le hizo gracia la comparación y sonrió. Alzando una mano, le retiró tras la oreja un mechón de pelo que se había escapado del moño flojo que se había hecho para trabajar.

—Vaya, vaya. Si tienes alma de poeta, señor Guallart. Primero los dibujos, ahora esto. Y yo que pensaba que eras un tipo duro y deportista.

Él la agarró por las caderas, pegándola a su cuerpo.

—Si te soy sincero, nunca he sabido lo que soy, pero no me importaría que me ayudaras a descubrirlo.

A medida que hablaba, se iba inclinando lentamente hacia el rostro de Gloria, que le parecía luminoso y acogedor como el salón de una casa de montaña en plena tormenta de nieve.

Mientras ella le echaba las manos al cuello y recorría el corto espacio que los separaba para unir sus labios en un beso, Quim la abrazó con fuerza. Gloria llevaba una chaqueta de punto de su abuela sobre los vaqueros, gastada y suave, de color mostaza.

—Joder, abrazarte es como abrazar una nube —murmuró, hundiendo una mano bajo su pelo, que parecía un catálogo de colores de otoño—. Podría pasarme así el resto de mi vida.

—Yo te ayudo —susurró ella, levantándole la camiseta y acariciándole los abdominales—. Te ayudo a descubrirte —Le guiñó el ojo.

Quim le hizo cosquillas en la cintura y ella se revolvió como una lagartija, pero ambos se quedaron quietos a la vez cuando la camioneta de Ramiro apareció, rompiendo la paz del pequeño camposanto.

—Ves a la montaña, decían. Hay paz y tranquilidad, decían —refunfuñó Quim, haciéndola reír.

Ramiro, que era alcalde de Villanueva, de todas sus pedanías —entre las que se encontraba La Munia del Risco— y representante del valle en cualquier comisión u organismo que necesitara un representante— bajó del vehículo, acompañado de Francho.

—¿Ha acabado ya la reunión? —preguntó Gloria.

—La han pasado a esta tarde. Mejor, así puedo ir ya a por los materiales. Quim, ven a ayudarme, anda. Francho te dará la primera clase de

construcción, Gloria.

El anciano le dirigió una mirada poco convencida.

—En realidad podemos hacerlo Santos y yo. No hace falta que...

—¡Oh, Francho, por favor! —Gloria se acercó, pero cuando el hombre retrocedió, mantuvo la distancia de seguridad—. No te imaginas la ilusión que me hace.

—Pero te aburrirás...

—¡No! Te lo prometo. ¡Quiero aprenderlo todo!

Quim sacudió la cabeza, porque había vuelto a quedarse atrapado del movimiento del pelo de Gloria. Era como si un grupo de mariposas volara siempre alrededor de su cabeza, llenando la vida de color. Al volverse hacia el alcalde, vio que tenía una expresión bobalicona y feliz en la cara. Al parecer no era el único afectado por las mariposas.

—¿Vamos? —preguntó, en un tono seco que hizo que Ramiro lo mirara sorprendido antes de asentir.

—Vamos.

Al cabo de un rato llegaron a lo alto del collado que separaba el valle de La Munia del valle vecino y el móvil de Quim cobró vida.

—Ding, ding, ding, ding, ding, ding, ding...

—¿Hay cobertura? —preguntó, sacándose el móvil del bolsillo. Acostumbrado ya a no poder usarlo por la falta de cobertura en el pueblo, lo había cogido con la idea de sacar fotos del lugar donde iban a tener que trabajar.

Durante unos segundos, Quim tuvo la sensación de haber ganado el premio gordo en una máquina tragaperras, mientras los avisos de llamadas perdidas y mensajes no leídos le encogían el estómago.

«Mis padres no, por favor.»

Sus padres llevaban años divorciados. Él vivía cerca de Créteil; ella se había mudado a Amiens. Se veían poco, pero saber que estaban sanos y que eran felices con sus respectivas parejas le quitaba a Quim un peso de encima, un peso que acababa de aplastarlo.

Con la mano temblorosa, abrió el WhatsApp y los ojos se le fueron abriendo a medida que leía.

—¿Qué pasa? —preguntó Ramiro.

—Tengo que volver a Barcelona.

—¿Algún enfermo en la familia?

Quim negó con la cabeza.

—No, es... un tema personal.

Ramiro le dirigió una mirada dura.

—¿Una mujer?

El primer impulso de Quim fue decirle que no era asunto suyo, pero las cosas en el pueblo eran distintas. Sabía que no lo preguntaba por ganas de chisme, sino porque era un tema que podía afectar a la comunidad. Y sentirse parte de una comunidad era una sensación muy agradable, que no quería perder.

—Sí —respondió—. Mi novia... exnovia.

Ramiro le dirigió una mirada irónica.

—Te envía un mensaje y sales corriendo. ¿Estás seguro de que es tu exnovia?

—Sí, estoy seguro, pero tengo que cerrar unos asuntos. ¿Puedes acercarme a Villanueva, por favor?

—¿Ahora?

—Si nos damos prisa, cogeré el coche de línea. Si no, tendré que esperar a mañana.

—¿Y no sería mejor así? Podrías hablarlo con Gloria.

—No, Marta es... un espíritu libre —respondió, con ironía—. Si no me doy prisa, volverá a desaparecer.

—No me jodas, Quinito.

—Quim. Yo no soy mi abuelo.

—¿Estás seguro? Pues estás haciendo lo mismo que él, dejar a una mujer increíble sola aquí arriba.

Quim apretó los puños.

—No me jodas, Ramiro. Mi abuelo no se fue, a mi abuelo lo echaron. Y no la estoy dejando; volveré pronto.

En silencio, Ramiro dio la vuelta en la pista de montaña y enfiló el camino de vuelta.

—¿Y por qué no usas el coche de Gloria y así de paso lo devuelves? —le propuso al cruzar el pueblo. Estaba tan acostumbrado a gestionar las necesidades de los vecinos que le salía de manera intuitiva, casi sin pensar.

—Buena idea. Déjame aquí —le pidió al pasar frente a la casa de los Santacana—. Cogeré la llave... Y la bici.

—¿La has reparado ya?

—Sí. —Quim se dispuso a bajar del todoterreno, pero Ramiro lo agarró del brazo.

—Ya que has sido honesto conmigo, te devolveré el favor. Mientras estés fuera pienso dejarle claro a Gloria que me gusta, que no quiero que se vaya del pueblo y que me haría muy feliz que aceptara ser mi esposa.

Quim sintió unas ganas enormes de darle un puñetazo al alcalde en su ancha cara y decirle que no se atreviera a ponerle las manos encima, pero lo descartó enseguida. Ni él era un matón, ni el dueño de nadie. Se limitó a mover bruscamente el hombro para que lo soltara y salió del vehículo.

—Éste es un país libre. Haz lo que quieras, pero no la molestes o te las verás conmigo cuando vuelva —le advirtió antes de cerrar la portezuela de un golpe.

Poco después, Gloria vio que el coche que había alquilado en Barcelona al inicio de la pesadilla que la había llevado hasta allí descendía la carretera de curvas en dirección al valle.

Se cubrió los ojos con una mano y frunció el ceño sin comprender, pero al ver que Ramiro aparcaba frente a la puerta del cementerio, fue a su encuentro.

—Acabo de ver mi coche —le preguntó, alarmada—. ¿Sabes algo?

El hombretón asintió.

—Quim ha tenido que irse. Yo mismo le he propuesto que se llevara el coche y lo devolviera en tu nombre.

Gloria sacudió la cabeza.

—Oh, pues gracias, pero... ¿qué ha pasado? ¿Algún enfermo en su familia?

—No me ha dado detalles, sólo me ha dado un nombre.

Gloria tuvo un mal presentimiento.

«Cualquier nombre menos ése, por favor.»

—¿Qué nombre? —preguntó, sabiendo que estaba abriendo la caja de Pandora.

—Marta.

Si en ese momento, el suelo del cementerio se hubiera abierto, Gloria se habría lanzado de cabeza. Con la vista perdida en el coche que se alejaba, llevándose valle abajo su alegría y sus esperanzas de un nuevo comienzo en el pueblo, no se dio cuenta de que Ramiro buscaba algo a su alrededor.

—Gloria —al oír la voz profunda del alcalde a su lado, alzó la cara, por costumbre, pero Ramiro no estaba recortado contra el cielo, sino arrodillado a su lado, con un ramo de flores de plástico en la mano—. Las flores son provisionales, te traeré un ramo como Dios manda cuando volvamos a vernos, pero no quiero dejar pasar la oportunidad de decirte que me gustas mucho. Me juré a mí mismo que si volvía a encontrarme con una moza que me gustara se lo diría, sin esperar.

—Válgame Dios —murmuró Francho, alejándose un poco para darles intimidad.

Gloria se pellizcó la mano, cada vez más convencida de que estaba teniendo una pesadilla.

—¿Te me estás declarando, Ramiro? —le preguntó, incrédula—. ¿Te me estás declarando con las flores que acabas de robarle a un difunto?

Con su tamaño, la respiración alterada y la sonrisa abierta, el alcalde le recordó a un san Bernardo. Y por un momento, Gloria lamentó que no lo fuera, porque se habría amorrado a cualquier licor que llevara en el barrilete como si no hubiera un mañana.

—Rrruuuuu, rrrrruuuuuuu, curruuuuuu, currruuuu...

Gloria sonrió sin acabar de despertarse. En la tele habían empezado a hablar de una nueva normalidad que llegaría cuando se pudiera volver a circular libremente por las calles, pero a ella ya le había llegado. Su nueva normalidad era no sentir que se le retorció el estómago cuando sonaba el despertador por la mañana; era notar el frescor de las sábanas de hilo de la abuela bajo la mejilla y el calor del cuerpo de Quim a su espalda mientras el palomo de Santos los despertaba con su arrullo.

—Rrruuuuu, rrrrruuuuuuu, curruuuuuu, currruuuu...

—Rrruuuuu, rrrrruuuuuuu, curruuuuuu, currruuuu...

«Quim no protesta esta mañana», se dijo. «Debe de estar agotado.»

Los ojos se le abrieron como platos al recordar lo sucedido el día anterior y su mente psicópata le presentó una imagen de su excompañero de confinamiento recién despertado, apoyado en un codo, con el pelo revuelto cubriéndole media cara, mirándola con deseo y diciéndole: «Buenos días, buhito.»

—¡Aaaaaaah! ¡Serán para ti, cabronazo! ¡No vuelvas a llamarme buhito! ¡No quiero saber nada de búhos, ni de palomos ni de ratas con alas como tú!

—Furiosa, se levantó y se dirigió a la ventana—. ¡Shuuuu! ¡Fuera! ¡Largo de aquí! —exclamó, ahuyentando al palomo, que la miró como diciendo que él sólo era un mandado y se marchó ofendido por el agresivo recibimiento.

—¡Si es que es muy pesado! ¡Te lo tengo dicho! —oyó la voz de Francho a lo lejos.

—¡Más pesado eres tú y bien que te aguantamos! —protestó Santos.

—Un poquito de tacto, Santos, que ya sabes que Quim no está para jugar la partida —le recordó Águeda, y a Gloria se le formó un nudo en la garganta.

—Pues que siga jugando Gloria —insistió el anciano, tozudo como una mula.

—¡No quiero jugar, Santos!

—¡Buenos días, Gloria, preciosa! —la saludó Guayén, en un tono tan alegre que ésta entendió a Águeda y estuvo a punto de acompañarla al médico para que le ajustara la medicación. Nadie debería estar tan alegre antes de tomarse un café.

—¿Ya está todo el mundo despierto?

—No, Pilara aún no, siempre se le pegan las sábanas, es muy señorita.

—Pero, ¿qué hora es?

—Ya pasan de las seis.

Gloria resopló y se frotó los ojos.

—Pues luego lo hablamos con Ramiro, pero propongo que haya toque de queda para los palomos y no puedan salir hasta las ocho, por lo menos.

—Voto a favor.

—Y yo.

—Libertad para los palomos —protestó Santos—. ¡Basta de encierros!

—Por cierto, nena —comentó Guayén—. ¿Ya has decidido que vas a responderle a Ramiro?

Gloria se quedó muy quieta y al parecer no fue la única. El pueblo entero parecía estar conteniendo el aliento, pendiente de su respuesta.

—¡No lo sé! Voy a desayunar primero, con vuestro permiso —gritó, para zanja el tema.

«No tendré que responderle nada porque volverá. Quim volverá y tendrá una buena explicación, estoy segura».

Y así, dándose ánimos, se metió en la bañera para ducharse, tratando de borrar de su mente la imagen de una rosa roja empapada y sucia de hollín.

—No me sirvas más pacharán, Pilara, que mañana tengo que trabajar —le advirtió Gloria esa noche. Parecía la misma chica alegre y optimista que había llegado al pueblo, pero las ancianas del pueblo reconocían una fachada cuando la veían, sin necesidad de hacer un curso acelerado de albañilería.

—Pensaba que te tomarías un día de descanso —comentó Águeda.

—¿Y quedarme aquí encerrada otra vez? ¡No, gracias! Y menos ahora, que he descubierto la vocación de mi vida.

—¿Ser albañil?

—Construir. Me da igual, lo que sea. Ya me gustaba ayudar a reparar averías cuando trabajaba en asistencia telefónica, pero esto es mil veces mejor. Ver aparecer una pared donde no había nada... ah, ya veréis. ¡Vamos a dejar el cementerio mejor que antes! —Gloria vació el vaso de pacharán que le había servido Pilara sin hacer caso de sus protestas—. Y cuando acabemos, voy a reparar el patio. Construiré jardineras de obra. Voy a dejarlo precioso. Id mirando qué queréis que arregle en vuestras casas. ¡Pienso reparar el pueblo entero! Quedará tan bonito que todo el mundo querrá venir a vivir aquí.

—¿La casa de los Guallart también la repararás? —Águeda metió el dedo en la llaga.

Gloria se tambaleó un poco, pero enseguida recobró el control.

—No, la casa de los Guallart se puede hundir en el infierno, con sus ocupantes dentro.

—Bien dicho, nena. Son todos iguales.

—¡Gloria! Pensaba que habíamos arreglado las cosas.

—No pretenderás que actúe como si no hubiera pasado nada. Tu nieto acaba de romperle el corazón a mi nieta. Sé lo que se siente cuando tu mundo se rompe y tú tienes que seguir adelante y fingir que todo va bien.

—Sabes que tuve que irme.

—Podías haberme llevado contigo. O al menos, haberte despedido.

—No seas así. No podía sacar a una niña de quince años de su casa en medio de una guerra espantosa.

—¡Casi dieciséis!

—¿Te crees que a mí no me dolió?

—No lo sé. ¿Cómo quieres que lo sepa si no volví a verte?

—He vuelto ahora. Soy tuyo para el resto de la eternidad si me quieres.

—¿Y esto es cosa de familia? ¿Estás diciendo que mi nieta va a tener que quedarse sola hasta que se muera para poder volver a ver al greñudo de tu nieto? No sé yo si compensa, ¿eh?

—No, mi nieto no lo va a consentir. Por fin se ha caído del guindo al que había subido con la fresca de Marta.

—¿Estás seguro?

—Sí, está enamorado de la niña. Lo he visto en sus ojos, y cuando un Guallart se enamora es para siempre. Y una Santacana también, no lo niegues.

—No lo niego, ¿para qué? Pero mi nieta es una Ariza.

—¡No me lo recuerdes!

—Hombre, si quieres que acaben juntos, mejor que no sean parientes, ¿no crees, Quinito?

—Pues ahí llevas razón, Renacuajo.

—¿Ya le has dado una respuesta a Ramiro? —preguntó Águeda.

—No.

—Cuéntanos otra vez cómo te lo pidió, por favor —le rogó Guayén, que tenía la cara hundida sobre un pequeño ramo de flores silvestres que el alcalde le había traído para sustituir las flores de plástico—. Hace tanto que no tenemos una petición de mano en el pueblo.

—Ni una boda —añadió Pilara.

—Ni un nacimiento —concluyó Águeda, suspirando y sacudiendo la cabeza—. Sólo entierros.

Aunque no le apetecía demasiado, Gloria accedió. Sabía que las mujeres estaban allí por ella, para que no se viniera abajo. Haría un esfuerzo.

—Yo que pensaba que el 2020 no podía sorprenderme más —empezó a decir, teatralmente, y los ojos de las tres ancianas se iluminaron como si estuvieran en una función—. Cuando me llamó, miré hacia arriba, porque ese hombre es más alto que el Risco, pero no lo encontré. Y cuando bajé la cabeza, ¡ahí estaba, rodilla en tierra! —exclamó, haciendo reír a Guayén.

—¿Qué te dijo exactamente? —quiso saber Águeda.

—Que le gustaba, y que quería decírmelo cuanto antes, para que no saliera huyendo como todas las demás, o algo así. Ah, y que las flores de plástico eran provisionales.

Pilara se santiguó.

—Mira que quitarle las flores a la pobre Antonia. ¿Y tú qué le dijiste?
—añadió acercándose un poco más.

—Bueno, no estuve muy fina, pero es que me pilló por sorpresa.

—Miedo me das —Águeda se llevó una mano a la mejilla—. ¿Qué le dijiste?

—Le pregunté cuántos años tenía. Es que... entre la ropa y la barba, me cuesta situarlo. Y tiene esa actitud... como de...padre de todos. Si se pusiera un alzacuellos, podría ser un vicario de pueblo, de esos enrollados que tocan la guitarra y acogen a gente en su casa.

—¡Ay, pobre Ramirín! —exclamó Pilara.

—¿Ramirín? Si debe de medir metro ochenta y cinco, por lo menos. Y de ancho no se queda atrás.

—Ya, pero es el benjamín del pueblo. Bueno, ahora lo eres tú, si te quedas.

—¿No te apetecería ser la señora alcaldesa? —la tentó Águeda—. Formaríais un buen equipo. A Ramiro también le gusta construir. Sin él, el valle sería muy distinto.

—El año pasado fue a una convención de alcaldes rurales a Mérida —añadió Guayén—. Vino encantado, pero le supo mal no poder compartir la preciosa habitación del parador con nadie.

—Ya, todo eso está muy bien, pero ¿por qué nadie me dice cuántos años tiene?

Las tres vecinas cruzaron una mirada.

—Cumplió los cincuenta el año pasado —respondió Pilara.

—Pero está hecho un chaval —añadió Águeda—. ¡Quién los pillara!

—La mejor edad —afirmó Guayén—. Te lo digo yo, que los tuve... el siglo pasado —añadió, sucumbiendo a un nuevo ataque de risa.

—¡Ay, Guayén! —Águeda se llevó las manos a la cabeza—. Deja de reír un rato. Me tienes la cabeza loca.

—¡Pues te aguantas! Fuiste tú la que me obligaste a ir al médico.

Gloria frunció el ceño.

—¿El médico te dio pastillas para la risa? Pues no me vendrían mal. —Alargó la mano—. Anda, pasa unas cuantas.

—No es tema de risa —opinó Águeda.

—Y a ella tampoco le vendrían mal —añadió Gloria, haciendo reír a Guayén y a Pilara, aunque ésta trató de disimularlo.

—Yo soy seria de toda la vida y ninguna pastilla lo va a cambiar — replicó Águeda—. Guayén estaba deprimida; necesitaba ayuda.

—Es verdad —admitió ésta, aunque al verla tan risueña costaba imaginárselo—. No es que estuviera triste. He estado triste muchas veces en la vida, y sé lo que es. Estuve triste cuando mi hermana se fue a vivir a Madrid o cuando murió mi marido, pero esto era distinto. Me despertaba por la mañana y no quería salir de la cama. Y no es que tuviera sueño; tenía miedo, mucho miedo.

—¿De qué? —se interesó Gloria. Ella también había sentido miedo durante los últimos meses. Y estaba triste, aunque se esforzaba en que no se le notara. ¿Estaría deprimida?

—De nada en concreto. De la vida. La vida se convirtió en algo oscuro, que daba mucho miedo. Me temblaban las manos, me temblaba la barbilla y no me atrevía a salir de casa. Pensar en tener que vivir así el resto de la vida era una tortura. —Hizo un silencio y asintió lentamente—. Sí, llegué a pensar en ponerle fin. Menos mal que Águeda me metió en el coche y me llevó al médico. Me enviaron al psiquiatra, que me dio medicación y al cabo de unas semanas empecé a mejorar. ¡Así que no te quejes, Aguedita!

—No me quejo, pero tal vez tendrían que ajustártela otra vez. No es normal pasarse los días riendo como una bendita en plena pandemia mundial.

—Gracias por contármelo, Guayén. —Gloria se levantó y le dio un abrazo—. Y gracias a todas por venir a animarme. —Señaló el pajarín y los vasos—. Estoy triste, no lo niego, pero no estoy deprimida; no tengo miedo del futuro. Cuando Ramiro me contó que Quim se había marchado tras recibir una llamada de Marta sentí una gran decepción. —Hizo una mueca—. Creí que lo nuestro era un regalo de la vida. Sentí que había algo especial entre nosotros. Una... complicidad, como si nos conociéramos de antes.

»Pero no sé de qué me extraño. Con Alejandro me pasó algo parecido. Se ve que soy experta en construirme historias perfectas en la cabeza que luego... resulta que tienen grietas en los cimientos. —Se encogió de hombros—. No me arrepiento de nada. Han sido unos días distintos, bonitos. Sé que si Quim no hubiera pasado esta cuarentena conmigo, la ansiedad me habría atacado con fuerza. En cambio, al estar con él me he

dado cuenta de que no necesito a Alejandro ni a nadie. He descubierto a una nueva Gloria y ¿sabéis qué? Me gusta mucho esta nueva Gloria.

Las otras dos mujeres se acercaron y la abrazaron.

—Me alegro mucho, hija —dijo Guayén—. Otra cosa no, pero si de algo sabemos las mujeres de este pueblo es de echar de menos a hombres que se marchan. No te dejaremos sola.

—Así es. —Águeda asintió con la cabeza—. Unos se fueron a la guerra, otros al exilio, otros a trabajar al extranjero, a las minas o a las grandes ciudades.

Gloria notó que se le formaba un nudo en la garganta. Seguía notando el vacío que la ausencia de Quim le había dejado en el pecho, pero no se sentía sola.

—Necesitamos mujeres como tú en La Munia —siguió diciendo Águeda—. Si te marchas, lo entenderé, pero espero que te quedes.

Gloria puso los brazos en jarras, decidida.

—Si Pilara sigue trayéndome esas fuentes de arroz con leche, os va a costar libraros de mí.

—¡Os lo dije! —Pilara se echó hacia atrás—. Mi arroz con leche es mejor que una propuesta de matrimonio. Pero, sácanos de dudas de una vez, chiquilla. ¿Qué vas a decirle a Ramiro?

Gloria abrió mucho los ojos, tanto que oyó a Quim llamarla «buhito» en su mente y ahí fue donde la grieta creció y la fachada se vino abajo. Agachando la cara para que no la vieran flaquear, se acercó a la puerta para indicarles que la fiesta había acabado.

—Ya veré; lo consultaré con la almohada.

Sentada en el banco de la entrada, mientras Santos pensaba su próxima jugada, Gloria alzó la cara hacia la fachada de la casa Santacana. Y aunque al principio la mirada que le dirigió fue profesional, pronto los recuerdos se impusieron, implacables.

Se vio asomada al ventanuco, primero sola, luego con Quim pegado a la espalda, calentándole el cuerpo y el alma. La cesta, subiendo y bajando al final de la cuerda, conectándola con los habitantes del pueblo, pequeño, casi muerto, pero dispuesto a resistir hasta el fin con dignidad. El humo, escapándose de la chimenea por el lado equivocado. Quim dibujando su retrato con el hollín.

—Date prisa, Santos.

—¿Por qué? —replicó el anciano, con la mano alzada sobre las piezas pero sin acabar de tocar ninguna—. ¿Tienes algo mejor que hacer?

—Tengo que hacer la cena.

—Te la traerá Pilara.

—Quiero lavar la ropa.

—Dásela a Águeda. Tiene una lavadora grande y siempre se queja de que le cuesta llenarla.

Gloria resopló. Había accedido a jugar con Santos la partida que Quim había dejado a medias a cambio de que el anciano no volviera a enviar al palomo. Al oír su arrullo, se venía abajo y no le daba la gana de empezar los días llorando por un hombre, por muy bien puesto que tuviera el culo.

«¡No, no, no! ¡No pienses en el culo de Quim, por favor te lo pido!»

Finalmente, tras unos minutos que a Gloria le parecieron horas, Santos cogió otro peón y lo lanzó a la caja.

—Siempre es igual —murmuró el anciano—. Los peones se matan entre ellos y los reyes se van a comer juntos cuando acaba la partida.

Gloria ladeó la cabeza, pensativa.

—No tuvo que ser fácil superar una guerra civil en un pueblo tan pequeño.

Santos negó con la cabeza.

—No lo fue.

—¿La Munia estaba en territorio nacional o republicano?

Él se encogió de hombros.

—Fue variando. Al principio se mantuvo fiel al gobierno de la República, pero a medida que los alzados fueron ganando terreno, muchos se cambiaron de bando. —Buscó la pieza de un alfil en la caja y le dio vueltas—. Piensa que la Iglesia siempre tuvo mucho peso en el valle. Y cuando llegaron noticias de la quema de San Juan de la Peña, a muchos les dolió como si estuviera en el mismo Risco.

—¿Por qué tiene que ser todo tan complicado? —Gloria se dejó caer contra la pared, como si de pronto la vida le pesara el doble—. Vuestros padres sufrieron la guerra; vosotros, el hambre y la falta de oportunidades. La vida de mis padres en la fábrica tampoco fue nada fácil y ahora... ahora a nosotros nos toca enfrentarnos cada día al siglo XXI y a sus ocurrencias.

—A saber, muchacha, a saber. —Se levantó y señaló el tablero—. ¿Seguimos mañana?

Gloria asintió con la cabeza.

—Vale, pero no sé por qué quieres jugar conmigo; se me da de pena.

Santos se alejó un par de metros antes de darse la vuelta lentamente.

—Porque no quiero que te vayas; me gusta ver luz en la casa Santacana.

Emocionada, ella asintió en silencio.

—Aquí estaré.

Él asintió también.

—Con Dios, muchacha.

Gloria entró en la casa y dejó el tablero cuidadosamente sobre el aparador.

—Tiene que volver —murmuró, al ver las dos urnas gemelas—. Puedo creerme que me haya dejado a mí, pero que deje a su abuelo así, como si fuera una de sus entregas a domicilio... no puedo, ¡me niego a creerlo!

Quim aparcó casi en la falda del Tibidabo y se dirigió corriendo al piso donde había vivido durante los últimos años. Tenía que devolver el coche, pero su prioridad era localizar a Marta antes de que volviera a desaparecer. Aunque en sus documentos ponía que era consultora, debería poner escapista, o algo peor.

Se había dejado convencer por la estafadora de su ex de que poner la cuenta corriente a nombre de los dos era lo normal entre parejas que se querían. Y había aceptado pedir conjuntamente un crédito personal para que dejara de llorar. Teóricamente era para poner en marcha un pequeño negocio de consultoría, pero ahora sabía que ése era su *modus vivendi* habitual: vivir de los idiotas que conocía por internet.

Cuando se fue a Corea, le dijo que era un viaje corto, de negocios, pero una vez allí le fue dando largas. Tras su ruptura, Quim había perdido la esperanza de poder cancelar sus vínculos bancarios con Marta, pero cuando ella le envió un mensaje diciéndole que había tenido que viajar a Londres y que pensaba pasar un par de días en Barcelona, no se lo pensó y se lanzó a la carretera.

Al abrir la puerta del pequeño piso de la Guineueta —echando el hígado por la boca tras haber subido las ocho plantas con la bici al hombro porque, por supuesto, el ascensor volvía a estar estropeado—, vio que había vuelto a caer de cuatro patas en otra de las trampas de su ex. Marta lo esperaba tirada en el sofá, con un camisón corto, de seda roja, con un escote muy pronunciado, que dejaba a la vista cambios... muy prominentes, y sin ninguna prisa por irse a ninguna parte.

—¿Marta?

—Sí, soy yo. Tal vez si me miraras a la cara me reconocerías.

Él le dirigió una mirada furiosa que a ella pareció gustarle porque se echó hacia atrás en el sofá y dobló una pierna.

En los ojos de Marta vio que ella se sentía ganadora. Era lógico. Unas semanas atrás, se habría lanzado sin pensar sobre la atractiva rubia, pero curiosamente, lo que tenía ante los ojos ya no le resultaba atractivo en

absoluto. Ni sus labios pintados de rojo intenso, ni los dos pechos firmes y redondos como dos melones pequeños ni las transparencias de la lencería de seda.

—¿Estás enfadado, Kimie? —lo provocó, llamándolo por su apodo de internet—. ¿Vas a castigarme, oppa?

—¿Y esos pechos, Marta? ¿Son regalo de tu compañero de piso de Seúl? Ella se los presionó, poniendo morritos.

—¿Te gustan? Me los puse pensando en ti.

Él alzó una ceja.

—¿En mí? ¿Alguna vez me he quejado de falta de algo... aparte de sinceridad?

Ella sacudió la mano en el aire.

—A todos los hombres os gustan grandes, no me digas que no.

Y Quim no le dijo que no, porque estaba pensando en los dos grandes globos de Gloria, dos esferas que lo hipnotizaban: sus ojos de búho, esos ojos abiertos como ventanas tras una cuarentena, que se maravillaban ante las sorpresas que le daba la vida.

Y no era lo único que echaba de menos. Añoraba sus camiones de niña del exorcista, sus esponjosas chaquetas de lana, el brillo pícaro de su mirada al ofrecerle la fruta para tentarlo y quedarse ella con el arroz con leche de Pilara, las mariposas que bailaban en su pelo...

—¿Kimie? Deja de sonreír como un alelado y ven a follarme de una vez.

—Claro, deja que saque la protección. —Quim se acercó al sofá y se inclinó sobre ella, que se retorció, ronroneando como una gata. Cuando estuvo a medio metro de distancia, le colocó en la cara una de las mascarillas quirúrgicas que Ramiro había repartido por el pueblo antes de volverse loco y confesar que quería casarse con Gloria.

«¡Joder, joder, joder! ¡Tengo que volver cuanto antes!»

—Kimie, ¿qué haces? —protestó Marta cuando él la sujetó con fuerza por los hombros y la levantó del sofá.

—Te ayudo a vestirte, por si te ha afectado el jet-lag.

—Pe...

—Pero nada. Vístete. He concertado una cita en el banco y no ha sido fácil. Por cierto, ¿cómo coño has cruzado la frontera?

—Oh, ya sabes —respondió ella, con un brillo metálico en la mirada. Quim nunca se había fijado en que tenía los ojos pequeños, grises,

implacables como balas—. Le conté al poli que mi pobre abuelito estaba solo, con coronavirus, y tenía que cuidarlo.

—Tus abuelos murieron hace tiempo... O eso me dijiste. ¿Dices la verdad alguna vez, aunque sólo sea por experimentar qué se siente?

Marta resopló.

—Joder, has cambiado mucho, Kimie. Eras un tío majo, enrollado, pero te has vuelto un muermo. ¿Qué te ha pasado?

Él inspiró hondo y apretó los ojos antes de soltar el aire lentamente para calmarse.

—Hay una pandemia mundial. Los hospitales están colapsados, la gente muere, no hay trabajo, ¿te suena de algo?

—Estáis muy pesados con el virus, ¿eh? Que es como una gripe, tampoco exageremos.

—Vístete.

—¿Estás seguro? —Ella se inclinó hacia delante, para ofrecerle una mejor perspectiva de sus nuevas adquisiciones—. ¿No quieres estrenarlas? Las guardaba para ti.

Quim se la quedó mirando, asombrado, y no por sus palabras, sino por lo poco que lo afectaban. Era como si hubiera estado hechizado y las últimas semanas lo hubieran liberado del embrujo. Sabía que no había sortilegios de por medio, que su ceguera temporal había sido causada por la lujuria, pero era sorprendente lo distinto que se veía todo cuando las hormonas dejaban de controlarlo a uno.

—Tentador, pero no, gracias. —Le puso un jersey por la cabeza y le dio un empujón para sentarla en la cama y ponerle los pantalones.

Horas más tarde, Quim volvió a entrar en el piso, se quitó la mascarilla y entró en la cocina para lavarse bien las manos y la cara. Lo de la cara no lo hacía por recomendación de las autoridades, sino para quitarse la sensación de picor y hormigueo que le dejaba la mascarilla.

Una vez más probó a contactar con Gloria.

—¡Contesta, maldita sea! ¡Dichoso risco y dichosa falta de cobertura! —exclamó cuando le saltó el buzón de voz una vez más.

Marta llegó en ese momento, sin aliento.

—¿Cómo puedes vivir así? Esto es tercermundista. Yo me vuelvo a Seúl, pero ya.

—Pues más te vale, porque teniendo en cuenta que dejo el piso, vas a tener que buscarte a otro perro del que vivir, garrapata.

—¡Oye, capullo! Que yo me gano la vida con mis negocios.

Quim rio sin ganas.

—¿Ahora se le llama así? Pues así, tranquilos, ¿no? Podrás alquilar un piso que esté a tu nivel.

Ella hizo un mohín.

—Me engañaste. Por las vistas que salían a tu espalda, pensé que vivías en la zona alta.

—Vivo en la zona alta. —Quim hizo una mueca—. Casi podemos besarle los pies al Cristo del Tibidabo.

—¡Ja! Y me llamas a mí estafadora. Eres peor que yo.

—Que yo sepa, nunca te he pedido nada más que tu cariño. Fuiste tú la que me estuviste camelando hasta conseguir un crédito para largarte a Corea.

—Me salió una oferta imposible de rechazar, cariño, ya lo sabes.

—¿De qué empresa?

—¿Cómo?

—¿Cómo se llama la empresa?

—Ah, Consultoring Daegu World.

—Me dijiste que se llamaba Consultoring Daejeon World.

—Oh, Daegu, Daejeon, ¡qué más da!

—Si quieres vivir de tus víctimas, más te vale fijarte en los detalles, Martita.

—A mí no me des lecciones, capullo. —Los ojos de Marta habían perdido todo el brillo. Eran unos ojos implacables, que en otro momento le habrían dado miedo, pero ya no.

—Por fin vamos a entendernos. Me alegra haber visto a la auténtica Marta, aunque sea por un momento.

—La autenticidad está sobrevalorada. ¿Qué has conseguido con tu honestidad? Un trabajo donde vas a dejarte la salud mucho antes de poder jubilarte. Mírate. —Lo señaló de arriba abajo—. Estás bueno, muchas mujeres estarían encantadas de mantenerte a cambio de encontrarte en sus

casas al volver de trabajar. Casas en zonas altas de verdad, no como ésta, con jardín, gimnasio y piscinas que nadie usa.

—¿Me estás proponiendo que sea un gigoló?

—Ponle el nombre que quieras.

—¿Era eso lo que tenías pensado para mí cuando me invitabas a Seúl?

—Oh, no. Sabía que no ibas a venir. No ibas a dejar solo a tu abuelito. No he conocido a nadie tan pendiente de su abuelo desde que vi *Heidi* de niña, pufff.

A Quim se le escapó la risa.

—Francamente, no te imagino viendo *Heidi*, Marta.

—Pues imagínate; me encantaba. Yo creo que de ahí me viene mi vocación. Esa casa de Clarita tan vacía y triste, y Heidi viviendo en el campo teniendo tanto que aportar a la ciudad. Lo vi claro: el mundo está mal repartido. Por eso ahora me encargo de redistribuir los recursos y la alegría de vivir.

Quim sacudió la cabeza. Marta era una embaucadora nata; tenía que apartarse de ella antes de que volviera a fijarse en él como objetivo.

—¿Por qué te has marchado de Seúl? Vivir allí era el sueño de tu vida.

Ella le dirigió una mirada turbia, mezclada con una mueca divertida. Se notaba que poder hablar abiertamente también le estaba sentando bien.

—Al capullo con el que estuve conviviendo en Barcelona se le ocurrió hacerme una videollamada. A Parkie le hizo tan poca gracia como a ti.

—¿Parkie?

—Park Min Ho. No veas lo celosos que son los coreanos.

—Tanto que decidiste volver a Europa.

—Mi idea era volver con Robbie, que vive en Manchester.

—Kimie, Parkie, Robbie, ¿tú tienes amantes o Teletubbies?

—*Oh, shut up!* —lo mandó callar—. Las cosas se están poniendo complicadas para las almas libres y viajeras como yo. Robbie me dijo que no se me ocurriera poner un pie en su casa después de haber vivido en China.

—¿Has estado en China?

—¡No! Pero para él todo es lo mismo: China, Japón, Corea... ¡No distingue!

—Vamos, que sólo escoges a los mejores, ya veo. Parkie es un celoso, Robbie un cenutrio... ¿Y yo? ¿Qué viste en mí, Martita? Ya que estamos de

confidencias, no te cortes; suéltalo todo.

Ella bajó la cara y dudó, aunque instantes después volvió a dirigirle una mirada desafiante.

—Si te digo que me gustabas de verdad, no vas a creerme, ¿no?

Él negó con la cabeza.

—Ni lo intentes.

Ella resopló antes de decir:

—Pensé que eras un francés ricachón y sofisticado que se había pillado un piso en la Bonanova o en Pedralbes, Kimie. Ya me veía compartiendo contigo queso en una cena de picoteo, yendo juntos al tenis o al club de polo, pero ya ves...

—Tardaste en darte cuenta. Tal vez sí que te gustaba un poco, Martita.

Quim leyó en sus ojos una gran variedad de emociones. Como si hubiera empujado una ruleta, leyó en ellos la vulnerabilidad, la ambición, el despecho, la esperanza... Finalmente, la bolita se detuvo en el sarcasmo.

—A todo se acostumbra una —replicó, con una mueca burlona.

Quim le dirigió una larga mirada antes de preguntar:

—¿Adónde vas a ir ahora?

Ella se acercó lentamente y Quim se puso en guardia.

—Quiero irme a Brasil; allí hace calor y seguro que no llega el virus, pero el tipo con el que he estado chateando aún está verde. Déjame quedarme aquí un tiempo.

Quim puso los ojos en blanco.

—Lo que debería hacer es denunciarte.

—¿Por qué? No pesco a nadie que no se deje pescar. Si no se dan cuenta de que les estoy diciendo lo que quieren oír es que tienen un problema; uno más grave que yo.

Quim sacudió la cabeza.

—O tal vez son buena gente que quieren ayudar a una chica en apuros.

Marta le acarició la mejilla.

—Eres una auténtica monada, Kimie. ¿Estás seguro de que no quieres quedarte conmigo?

—Me largo, ya te lo he dicho. Me voy a vivir al pueblo de mi abuelo.

Ella le acarició el pecho.

—Eso has dicho. ¿Y de qué piensas vivir? ¿Les llevarás pizza y sushi a las cabras?

—Ja, ja. Muy graciosa. Pues ese trabajo que tanto desprecias me ha permitido salir adelante y vivir con mi abuelo hasta el final. Y sin engañar a nadie.

Marta aprovechó que él había bajado la guardia para echarle los brazos al cuello y besarlo con una gran técnica, pero poco sentimiento.

Quim permaneció quieto, sin separar los labios, hasta que ella se dio por vencida.

—¿Ésa es tu manera de darme el pésame, Marta? Muy propia de ti, pero te recomiendo que no vayas besando a la gente tan alegremente. Pasé la covid hace un par de semanas.

—¡Mierda, joder! —exclamó ella, secándose la boca con el antebrazo—. ¿Por qué no me lo has dicho antes? —Resopló, sacudiendo la cabeza y siguió hablando—. Bueno, da igual. Sólo quería recordarte lo buenos que éramos en la cama. ¿No vas a darme una segunda oportunidad, Kimie?

Él le dirigió una mirada escéptica.

—¿Una segunda oportunidad de que me desplumes y me metas en líos económicos?

Ella alzó una ceja.

—No, ahora que nos hemos sincerado, podemos crear una sociedad. Podemos tirar la caña a ricos matrimonios aburridos. Por su bien, por supuesto. —Marta se iluminó por dentro—. El virus mata, pero más mata el aburrimiento —concluyó, muy seria.

Quim se echó a reír.

—Qué peligro tienes. No me extraña que...

Ella se frotó contra su pecho, seductora.

—¿Qué ibas a decir? ¿Te enamoraste de mí, Kimie? ¿Te rompí el corazón? —Formó un corazón con los dedos, al más puro estilo coreano y separó las manos, partiéndolo en dos trozos.

—Lo curioso es que, durante un tiempo, pensé que sí. Pero ahora...

—¿Ya lo has superado? ¿Tan pronto? —comentó ella, decepcionada—. ¿Tan poca huella te dejé?

Y Quim se dio cuenta de que la huella de Marta en su vida había sido tan superficial como los arañazos que le dejaba en la espalda tras cada polvo. Gloria en cambio, se le había colado hasta lo más hondo del corazón. Desde que había entrado en su vida, era otra persona. Se había quitado un enorme peso de encima, el peso de la desesperanza, de no encontrarle sentido a la

existencia. Con Marta había buscado distraerse, no pensar, pero con Gloria quería ser plenamente consciente de cada segundo, no perderse nada de lo que la vida podía ofrecerle, aunque fuera compartir con ella una enfermedad desconocida en una casa cerrada con tablones. Sabía que nadie se lo creería si lo contaba, pero esos días con Gloria habían sido los más felices de su vida.

—¡Kimie! —Marta le dio un empujón—. ¡Tú te has enamorado!

—El amor era esto —susurró, sonriendo—. Pues no sé por qué demonios me daba tanto miedo.

—¿De quién te has enamorado? ¿De una cabra? ¿De una abuela desdentada? Dicen que...

Él le tapó la boca con una mano.

—No quiero saber qué dicen de las abuelas desdentadas, Marta. Gloria es lo más bonito que me ha pasado en la vida y no quiero que lo manches.

Ella resopló.

—Vale, vale, no hace falta que te pongas santurrón.

—Voy a llamar a la administradora de fincas. Ya sabe que dejo el piso; le diré que estás interesada en alquilarlo.

—¿Por qué no lo dejamos a tu nombre y yo te pago el alquiler directamente? —le pidió ella, acariciándole el pecho—. Por evitarnos el papeleo y esas cosas.

Quim le dirigió una mirada irónica y sacudió la cabeza lentamente.

—Ni hablar, Martita, que nos conocemos.

Ella miró a su alrededor y resopló. El piso donde había vivido en Seúl era más pequeño y estaba situado en un barrio trabajador, igual que ése, pero estaba tan acostumbrada a fingir que la vida le sonreía, que le costaba admitirlo.

—¡Oh, de acuerdo! —aceptó, encogiéndose de hombros—. Por un tiempo, hasta que abran las fronteras y pueda irme a Brasil. Sin tu abuelo ni tu bicicleta por el medio esto va a parecer un palacio. Me va a sobrar sitio.

Quim, que la conocía mejor de lo que él mismo pensaba, le dio un abrazo.

—Todo va a salir bien —le susurró—. Ya lo verás.

Ella se dejó consolar, pero poco. Debía mantener la coraza en su sitio si quería triunfar en la vida.

—No te pongas moñas, Kimie, que los enamorados os ponéis muy pesados.

—Ojalá encuentres al amor de tu vida, Marta —le deseó, dándole un beso de despedida en la coronilla.

—No eches más agua —le advirtió Francho.

Aunque Ramiro les había facilitado mascarillas quirúrgicas, el anciano seguía cubriéndose media cara con su pañuelo de cuadros, lo que, junto a los guantes de cuero, le daba apariencia de un viejo minero de otra época, que hubiera permanecido en el pueblo, ajeno al paso del tiempo.

—Vale. —Gloria sonrió, sin dejar de remover la mezcla de cemento y arena. El día anterior no había perdido detalle mientras Francho le mostraba, entre otras cosas, cómo hacer la mezcla.

Le había resultado gracioso lo de formar un cráter en el centro para echar el agua, porque le había recordado a la abuela Gloria cuando mezclaba la harina, la levadura y el agua para hacer pan o empanada. Había disfrutado también aprendiendo a medir y a usar la plomada para que las paredes quedaran rectas. Tenía la sensación de haber descubierto su vocación en la vida.

—¿Sabes hacer arcos, Francho?

—¿Cómo?

—Arcos, como los de debajo del puente. Me gustaría hacer un columbario bonito, con un toque artístico.

El anciano puso los ojos en blanco.

—Lo que tienes que conseguir es que no se caiga con las primeras lluvias. Y luego, si eso, le pones unas florecicas. La albañilería es un oficio complejo, moza, no se aprende en un día.

—Lo sé, lo sé, pero es que no te imaginas la ilusión que me hace.

Francho se rascó la cabeza, colando un dedo por debajo de la gorra de paño.

—¿Te hace ilusión estar reconstruyendo un viejo cementerio en ruinas acompañada de un tipo más viejo y cascado que el camposanto?

La sonrisa de Gloria, amplia como el valle y fresca como el aire que entraba por el collado, fue su respuesta.

—¿Qué me dices? —preguntó, sin dejar de remover—. Yo lo veo en su punto.

Francho se acercó, revolvió el cemento con menos fuerza que Gloria pero con mucha más práctica, formando pequeñas dunas iguales a su paso.

—No tiene mala pinta —admitió—. Venga, acaba ese trozo de pared.

—¡Sí, jefe!

Mientras Gloria levantaba un nuevo trozo de lo que iba a ser el nuevo columbario de La Munia del Risco, un ruido de motor fue aumentando de intensidad.

—Mierda, vuelve el helicóptero —murmuró—. Francho, vamos a taparnos otra vez.

El anciano se acercó a ella con una especie de tela de rafia de color gris y se apoyó en el muro. Gloria lo levantó y los cubrió a los dos con la tela. El helicóptero dio un par de vueltas alrededor del pueblo para asegurarse de que sus habitantes cumplieran el confinamiento y se alejó.

—Ni lo sueñes.

—Ramiro, te lo pido por favor.

—Que no, Quim. Que no estás empadronado en el pueblo; no puedo hacerte un justificante de residencia.

—¿Por qué no?

—Pues... porque... tu casa está ruinososa. Si se enteran las autoridades, se me cae el pelo, el poco que me queda —refunfuñó. Una de las cosas que más le repateaban del nieto de Quino era su fuerte mata de pelo. A él le daba igual el pelo, pero al parecer a las mujeres les gustaban los greñudos.

—Hazme un papel que diga que me has contratado temporalmente para reconstruir el cementerio.

—¿Y por qué iba a hacer eso? Gloria lo está haciendo maravillosamente ella sola.

En la estación de autobuses de línea de Barcelona, Quim se cubrió los ojos con una mano. El agente de la Policía Nacional que controlaba que nadie se saltara el confinamiento le había pedido el documento que justificara su desplazamiento y no tenía ninguno. Tampoco podía tirar de las dotes de actriz de Marta; no se le daba bien mentir. Y su único contacto en el pueblo había decidido ponerle las cosas difíciles.

—Gloria me está esperando, Ramiro. Debe de estar preocupada; échame una mano, anda.

—¡Ja! ¿Quién dice que te esté esperando? Gloria está mejor que nunca. Yo creo que se ha quitado un peso de encima con tu marcha.

Aunque la declaración de intenciones del alcalde lo había preparado para ese tipo de comentarios, Quim sintió una punzada de inseguridad. ¿Y si era cierto? ¿Y si Gloria simplemente había tolerado su presencia por las circunstancias y había aprovechado su presencia para no pensar en Alejandro?

—Ella... ¿está bien de verdad? ¿No se enfadó al enterarse de que me había ido sin despedirme?

—Para nada. Se sorprendió, pero le dije que te habías ido para dejarle el camino libre.

—¿Cómo?

—Le dije que te había hablado de mi intención de convertirla en la primera dama del valle y que no quisiste ser un obstáculo en esa nueva y brillante etapa de su vida.

Si hasta ese momento a Quim le había parecido que Ramiro era un buen gestor, por primera vez tuvo la sensación de estar hablando con un político.

—Vaya —replicó—, ya veo que vas a llegar lejos en política, Ramiro. Eres de los que se creen sus propias mentiras.

—Haz caso de las autoridades, Quinito. Métete en tu casa y no salgas.

Quim se mordió el puño para no mandarlo a la mierda.

—Te daría las gracias, pero no me sale —admitió.

—No hay de qué, Quinito, no hay de qué.

—Y que lo digas, cabronazo —murmuró cuando el alcalde cortó la llamada.

Quim se había detenido debajo de un balcón, en una esquina cercana a la estación de autobuses. La puerta del edificio más cercano se abrió y salió un hombre, con bicicleta y sudadera. Al momento, oyó gritos desde varios balcones de su bloque y de los bloques vecinos. Se detuvo y miró a su alrededor por si había alguna pelea o algún robo, pero no vio nada raro. Un instante después, un chubasco extremadamente localizado cayó encima del hombre.

—¡Joder, ya estamos otra vez! ¡La madre que la parió! —exclamó, secándose los ojos.

—¡Métete pa la casa, gilipollas! —gritó alguien desde un balcón.

—¡Señora, que soy enfermero y me voy a trabajar, que tengo turno de noche!

—¿Con esas pintas? No me hagas reír.

Quim, a quien también solían mirar mal por llevar el pelo largo, dirigió una mirada comprensiva al enfermero que se alejaba.

—Coge el carro de la compra si no puedes más, chaval —le aconsejó un hombre que pasaba por ahí paseando a un perro que no paraba de gruñir—. Yo le pido prestado el chucho a la vecina. No lo soporto, ni él a mí, pero si me quedo en casa con mi mujer es peor; me saca de quicio. ¿Estás casado?

Quim negó con la cabeza, mientras su cerebro le mostraba imágenes de él y de Gloria conviviendo en la casa Santacana: Gloria desperezándose, discutiendo con él sobre si la bocina del vehículo que se acercaba era del pan o de la fruta, Gloria con una corona de margaritas silvestres en el pelo, entrando con él en la iglesia del pueblo, que también estaba en ruinas.

—No. «Pero no me importaría estarlo.» Y él fue el primer sorprendido por esa idea que no sabía de dónde había salido.

—Pues huye, muchacho. Vete a la frontera y no pares hasta llegar al Polo Norte.

Quim sonrió. El mundo se había vuelto completamente loco, pero gracias a aquella locura había conocido a Gloria, que lo miraba con sus ojos grandes y sinceros, asegurándole que todo iba a estar bien en el mundo. No quería perderla; al menos, no sin luchar por ella.

Estaba dispuesto a confinarse por la salud de los demás, pero no al lado de Marta; la idea le resultaba intolerable. Por mucho que el padrón todavía no recogiera la mudanza, su corazón ya había cambiado de domicilio. Y aunque aún no tuviera un papel que lo confirmara, su hogar ya no estaba en Créteil ni en la Guineueta sino en una casa de piedra, al lado de un grupo de ancianos valientes y de una mujer que no necesitaba implantes de pecho ni lencería provocativa para poner su mundo patas arriba.

—Algo así pienso hacer —le aseguró, montando en la bici. Alzando la cara hacia las vecinas que discutían de balcón a balcón, les gritó—: No se peleen, señoras. ¡La vida es bonita!

Y por una vez en la vida, y sin que sirviera de precedente, las dos mujeres estuvieron de acuerdo en algo: al chico de la coleta le había afectado el confinamiento.

—Ya. —Gloria se asomó para confirmar que el helicóptero no volvía—. Podemos salir.

Los habitantes de La Munia habían hecho una reunión de las suyas, improvisada, frente a casa Santacana, y habían decidido que, superados los quince días de cuarentena de Gloria, era absurdo seguir encerrados ya que ninguno de ellos tenía el virus y en el pueblo no mantenían contacto con nadie más, aparte de Ramiro. El alcalde era el único que podía contagiarlos, pero era un hombre muy cuidadoso, que nunca se quitaba la mascarilla en público y que llevaba una botellita de loción hidroalcohólica en el bolsillo para usarla cada vez que tocaba algo.

—Pues venga, dale rápido, que se te seca el cemento.

—Y donde más no cabe un alma —canturreó—, allí llega Gloria Ariza, la alzamuros más precisa, poseída por el ritmo ragatanga...

Y así la encontró Ramiro poco después.

—¡Flores para la flor más alegre del valle! —anunció su llegada, sobresaltándola con su vozarrón de oso y un ramo de narcisos amarillos.

—¡Qué susto me has dado!

—Yo, pero si soy inofensivo.

—Ya, pero estaba concentrada.

—Y no la desconcentres, Ramiro, que se le seca el cemento.

—Toma —le acercó las flores—. Son para ti.

—Ramiro, por favor, no me traigas más flores muertas. ¡Los prados están llenos de flores vivas!

Él miró el ramo, descolocado, sin saber qué hacer con él.

—Oh. ¿Quieres que les haga el boca a boca?

Francho resopló y refunfuñó algo que no entendieron.

—No hace falta; lo pondré en la tumba de mis padres, pero no me traigas más, hazme el favor.

Ramiro se vino abajo.

—Significa eso que...

—Significa que entiendo lo de regalar flores en la ciudad, porque no hay, pero aquí están por todas partes; sólo tengo que mirar a mi alrededor.

Ramiro se acercó a ella, de nuevo esperanzado.

—Entonces, ¿no me estás rechazando?

Gloria no sabía cómo salir de aquella situación sin herir los sentimientos del alcalde.

—¿No crees que es un poco precipitado? —trató de hacerle entender lo que para ella era obvio—. No nos conocemos. ¿Y si resulta que soy una psicópata?

A Francho se le escapó la risa por la nariz.

—¿Lo eres? —Ramiro se puso serio.

—¡No! Claro que no lo soy, pero si lo fuera también te diría que no.

El alcalde le dirigió una mirada confundida.

—Entonces, ¿lo eres o no?

—No. Lo que quiero decir es que hay que conocer a las personas antes de proponerles que pasen el resto de la vida con uno, ¿no crees?

—Mira, si llegas a mi edad soltera, lo verás muy distinto. He ido a cenas de almas solitarias, me he apuntado a webs de solteros exigentes y menos exigentes, a viajes de Singles... Y no quieras saber cómo está el patio. —Sacudió la cabeza con tanto sentimiento que Gloria tuvo que aguantarse la risa—. Si eres una psicópata, al menos eres una psicópata guapa y con todos los dientes, así que, insisto: ¿Quieres casarte conmigo?

Al ver las luces, Quim se bajó de la bici a toda prisa y se echó cuneta abajo hacia el campo de maíz, donde permaneció un tiempo inmóvil, esperando. Estaba agotado, tenía hambre y sed y, sobre todo, tenía miedo.

Lo había hecho todo mal. Había salido corriendo, sin despedirse de Gloria, dejándola a merced del pico de oro de Ramiro, capaz de convencer a las cabras de que necesitaban un rizador de cabello si se lo proponía. Había entrado en una gran ciudad confinada por un virus contra el que aún no se había encontrado vacuna ni tratamiento. Había sido asaltado por Marta, que lo había besado con tanta soltura que no podía evitar plantearse a cuántos más habría besado durante los últimos días. ¿Lo habría contagiado otra vez? ¿Tendría inmunidad? Había dejado su casa sin un documento que justificara el desplazamiento, y llevaba horas pedaleando por carreteras secundarias y caminos rurales, sin atreverse a usar la ruta principal, por miedo a ser detenido en un control.

Sabía que la situación no tenía nada que ver, pero por primera vez en la vida, se identificaba con su abuelo. Cada vez que veía las luces de un coche de policía, se le disparaba el corazón. Las gasolineras estaban cerradas y tenía miedo de la reacción de las personas si se acercaba a una granja a pedir agua o comida.

Se asomó a la carretera con cautela, y vio que lo que le habían parecido las luces de un todoterreno de la Guardia Civil eran en realidad las de un local nocturno. Miró adelante y atrás; estaba lejos de todo. Le temblaban las piernas y no sabía cuánto tardaría en encontrar una tienda de comestibles, así que se acercó lentamente.

Un perro fue el primero en darle la bienvenida.

—Ya, bonito, ya. No quiero hacerle daño a nadie. Sólo quiero beber, me muero de sed.

—Pues no podemos consentir que un chico guapo como tú pase sed.

Quim se sobresaltó al oír la voz femenina que llegaba desde el primer piso. Al alzar la cara, vio a una mujer que tendría la edad de su madre y que le dirigía una sonrisa que hablaba.

En varios idiomas.

Hasta latín sabía.

—Em, buenas noches, señora. Voy de camino al Pirineo y le agradecería mucho si pudiera venderme algo de comer y de beber.

La mujer se echó a reír con carcajadas ruidosas, aunque no cristalinas como las de Gloria.

—No me llames señora, guapo, que no soy tan vieja. Marilina, ábrele la puerta a nuestro amigo el ciclista.

Al parecer, el negocio estaba muy flojo, porque Marilina no fue la única que se acercó a la puerta. Varias jóvenes se pelearon por abrirla y, una vez abierta, siguieron peleándose para darle la bienvenida.

—¿Te pongo un whisky?

—¿Prefieres una botella de champán? ¿Para celebrar... que estás aquí?

—Em, perdón, yo sólo...

La mujer que le había hablado desde la primera planta bajó la escalera.

—Chicas, yo me encargo. —Se acercó caminando sensualmente y acarició la barra de la bicicleta con un dedo—. Sé exactamente lo que necesitas.

Mientras Quim estaba rodeado de mujeres, Gloria estaba absorta en la imagen que le ofrecía el televisor. Un hombre vestido de blanco estaba sentado al fondo de una impresionante columnata curva. Era de noche y dos largas hileras de velas se encargaban de romper la oscuridad. Era una imagen de película, casi apocalíptica, que transmitía una sensación de tremendo aislamiento y soledad. Ni el Papa de Roma se había librado.

A Gloria le costaba asimilar cómo había cambiado el mundo en unas semanas. Ni ella ni Alma se habían creído los rumores de que el Mobile World Congress que se celebraba cerca de su casa y que llenaba el barrio de congresistas fuera a cancelarse, le parecía impensable; pero se canceló y fue como un pistoletazo de salida. A partir de ahí, la vida «normal» empezó a derrumbarse como un castillo de naipes. Se suspendieron las ferias y congresos, las competiciones deportivas, los festivales de música... y la Semana Santa.

—Ni el Papa de Roma ha podido contra ese bicho del demonio — musitó, abrazándose las rodillas.

Tras un largo y productivo día de trabajo en el cementerio, se había duchado y se había puesto uno de los camisones de su abuela y la chaqueta color verde oliva. Añoraba pocas cosas de su vida anterior al virus, pero no le importaría poder echar mano de su armario ropero.

Agradecía mucho poder trabajar en el pueblo, tenía la sensación de haber encontrado su lugar en el mundo, pero temía que el súbito ataque de locura romántica de Ramiro complicara las cosas de manera irremediable.

No quería casarse con él.

Se había enamorado de Quim.

Sabía que si lo hablara con Patricia, su psicóloga, ella le diría que lo que había hecho era lanzarse a un romance de sustitución para no pensar en Alejandro, pero a Gloria aquello no le parecía una sustitución, porque su ex nunca le había despertado esos sentimientos, ni siquiera en los primeros tiempos y mucho menos en los últimos.

Quim le hacía sentir cosas que había olvidado. A su lado volvía a tener once años. Abría los ojos cada mañana con ilusión, como cuando se enamoró del niño nuevo de la clase de al lado y cruzárselo por el pasillo era la gran aventura del día.

Con la diferencia de que no era un niño. Era un hombre de su edad, que la miraba con deseo y no se limitaba a mirar. Sabía lo que se hacía, en la cama y fuera de ella. O eso había pensado hasta que desapareció.

Sin dejar rastro.

Sin una explicación.

«Normal. Si sólo me ha visto con camisones de niña del exorcista y chaquetas de maestra a punto de jubilarse», se dijo, con rabia. «Necesito renovar mi vestuario, pero ya. ¿Pasaré alguien vendiendo lencería a domicilio? Pues no es mala idea. Podría comprarme una furgoneta de segunda mano y recorrer los pueblos. ¡La lencería! ¡Ha llegado la lencería, señora! Dese un capricho, que son cuatro días y tres los vamos a pasar confinados...»

Suspiró.

—Francisco —se dirigió al Papa—. No sé si se te pueden pedir deseos a ti, pero la abuela decía que eras un tipo majo. Por favor, si hablas con el de arriba, pídele que vuelva Quim, aunque sólo sea para poder despedirme de

él. No me pude despedir de la abuela, y me habría gustado pedirle perdón por haberla dejado en la residencia. Tenía que haber hecho como Quim, buscar un trabajo que me permitiera cuidarla, pero no supe hacerlo. — Volvió a suspirar—. Tal vez ésta sea la nueva normalidad que dicen que vendrá. Tal vez tenemos que acostumbrarnos a vivir en el momento, sacando el máximo partido a las cosas que tenemos hoy, porque tal vez mañana ya no estén. Tal vez tengo que dejar de desear que Quim vuelva. Si se ha ido es porque para él lo nuestro no fue tan importante como para mí; está claro que no había superado lo de Marta. Quizás lo que tengo que hacer es aceptar la propuesta de Ramiro. O quedarme sola. Tal vez la vida me ha dado un regalo con Quim, para que tenga dulces recuerdos durante las frías noches de invierno. —Suspiró por tercera vez, con más sentimiento—. ¡Aaaaay! Amén. O Gracias. No sé, lo que se diga en estos casos.

Rita, la jefa del club que le había abierto las puertas no lo había engañado: sabía exactamente lo que necesitaba. Para disgusto de las chicas más jóvenes, se lo había llevado con ella y había cerrado la puerta.

Cuando Quim vio que lo había llevado a la cocina, alzó las cejas.

—Anda, siéntate ahí. —Rita le señaló una mesa de madera—. Te voy a hacer algo que vas a tardar mucho tiempo en olvidar.

—Verás, yo...

—Te voy a hacer un bocadillo de atún que quita el sentido. ¿Lo quieres con tomate o sin tomate?

A Quim le rugieron las tripas con entusiasmo.

—Con tomate —respondió, sonriendo.

Ella le devolvió la sonrisa y se puso manos a la obra.

—Eso es que vienes de Cataluña. Estamos en la frontera con Aragón. Sólo tengo que hacer esta pregunta para saber de dónde vienen los clientes. ¿Puede saberse adónde vas a estas horas?

—A un pueblito del Pirineo.

—Ah, tengo buenos clientes por ahí; hay mucha soledad en los valles. ¿Puedo saber el nombre del pueblito? No saldrá de aquí.

—La Munia. La Munia del Risco. Está cerca de Villanueva del Risco.

—Ah, sí. —Rita asintió, mientras esparcía el atún sobre el pan con tomate.

—¿Conoces a alguien de por ahí?

A ella se le escapó la risa por la nariz.

—Conozco a gente de todas partes —respondió—. La maldita cuarentena nos ha quitado mucho trabajo, pero normalmente el salón a estas horas está lleno.

El timbre sonó y las chicas volvieron a discutir en el salón.

Quim miró hacia la puerta con inquietud.

—¿Cómo se llama? —preguntó la mujer.

—¿Yo? Quim, pero no me llames de usted.

Ella se echó a reír.

—No, cariño, tú no, aunque tienes un nombre precioso. Te preguntaba cómo se llama esa mujer que no quieres que descubra que has estado aquí. —Le puso el plato delante—. ¿Para beber prefieres agua o cerveza? Piensa que te lo voy a cobrar a precio de whisky, así que tú verás, que una es buena samaritana, pero no idiota.

A Quim, que tenía la boca abierta y estaba a punto de dar un gran mordisco al bocadillo, se le escapó la risa antes de responder.

—Pues en ese caso, ponme una birra. Y un agua para llevar. Y no me la cobres a precio de whisky, que estoy bajo mínimos. —Mordió el bocadillo y sintió que se elevaba a los cielos.

—Gloria bendita —murmuró.

—¿A que sí? Me salen de muerte, pero no te escaquees. ¿Cómo se llama?

—Gloria.

—Ya, ya, gracias, pero...

—Mi chica, se llama Gloria —le aclaró y Rita se echó a reír—. Y tú, ¿cómo te llamas?

—Te diría que me llames como quieras, pero me temo que Gloria te tiene bien atrapado, así que llámame Rita.

—Encantado, Rita. —Cuando ella le sirvió una cerveza de la nevera, gimió, y al dar un nuevo mordisco al jugoso bocadillo, volvió a gemir.

Ella se apoyó en la encimera y con los brazos cruzados ante el pecho le dirigió una sonrisa cómoda.

—Cómo me gusta complacer a mis clientes.

Poco después, Quim se marchaba, con otro bocadillo y una botella de agua en la mochila. Rita le había ofrecido una habitación para pasar la noche, pero él había preferido adelantar camino bajo la protección de la oscuridad.

Cuando salió el sol, encontró una cabaña medio derruida a unos cien metros de la carretera y se metió dentro, junto a la bici, para dormir un rato. Antes de quedarse dormido, recordó las palabras de despedida de Rita.

—Dale recuerdos a Ramiro. Dile que lo echo de menos.

«Oh, sí», se dijo, sonriendo. «No lo dudes, Rita. Se los daré.»

Mientras Santos y Francho discutían sobre el hondo y el ancho que debían tener los nichos del columbario, Gloria se puso manos a la obra. Cuando los dos hombres se dieron cuenta, ya había acabado una hilera.

—¡Pero, niña! Si aún no lo habíamos decidido.

—Si me espero a que os pongáis de acuerdo, se hará de noche —replicó ella, decidida—. Un ladrillo de hondo y dos de ancho, ¡y santas pascuas! —Francho y Santos cruzaron una mirada—. ¿Qué pasa?

—Que has sonado igual que tu abuela, niña.

Gloria asintió, sin dejar de trabajar.

—Sí, lo decía mucho. ¿Y ahora qué pasa?

—No hemos dicho nada.

—No, pero os oigo cavilando a mis espaldas.

—Nos preguntábamos si... —empezó Santos.

—Ahora que el nieto de Quino se ha ido... —siguió Francho.

—¿Pensabas colocar las urnas de vuestros abuelos juntas o separadas? —concluyó Santos.

Gloria se detuvo con la paleta llena de cemento en el aire.

—Pues no lo había pensado, la verdad.

Era mentira. Le había dado mil vueltas, pero no llegaba a ninguna conclusión. Durante los últimos días los habitantes de La Munia habían hablado mucho del pasado. La muerte de Ramiro había avivado la nostalgia y habían pasado horas bebiendo pacharán y compartiendo recuerdos. Gloria había descubierto que Quino había sido el gran amor de juventud de su

abuela y que se había casado con Jaime prácticamente obligada, a cambio de seguridad y comida para su familia. La tentación de unir a los amantes que la guerra había separado era muy fuerte.

—No sé lo que haré.

—Ya. —Santos se rascó la cabeza.

—Pues sí. —Francho removió el cemento con la pala.

Al cabo de un rato, viendo que el silencio se alargaba, Santos lo rompió con su tema favorito:

—¿Os he contado que la palabra «columbario» viene del latín? En la antigua Roma se enterraban las urnas funerarias en construcciones abovedadas que parecían palomares y por eso...

—Sí, Santos, nos lo has contado —lo interrumpió Francho.

Gloria le dirigió una sonrisa apagada,

—Es muy interesante, Santos. ¿Creéis que me dejarán reparar la iglesia?

—Niña, eso son palabras mayores.

—Lo sé, pero es una iglesia sencilla, no es patrimonio nacional. ¡Y se está cayendo a trozos! —Se encogió de hombros—. Aunque me salga un pestiño, no quedará peor que ahora. Además, en este país los pestiños tienen mucho tirón. Mira el Ecce Homo de Borja. —Se echó a reír—. Si pongo el ábside del revés o un campanario sin puerta igual se llena el pueblo de turistas.

—Díselo a Ramiro —replicó Francho—. Si lo propones tú, seguro que le parecerá buena idea.

—Está loquito por ti, niña.

—Mira, hablando del rey de Roma, por la puerta del camposanto asoma. Gloria hizo una mueca.

—¿En serio? ¿Trae flores?

—Em, no. No trae flores —respondió Santos.

—Menos mal.

—¡Buenos días! —saludó el alcalde, con su entusiasmo habitual.

—Buenos días —replicó Francho—. ¿Qué llevas ahí?

—Un regalo para Gloria.

Ella cerró los ojos con fuerza.

«Que no sea un anillo, por favor. Que no sea un anillo.»

Se dio la vuelta lentamente y ahí estaba el alcalde, orgulloso de sí mismo a juzgar por su sonrisa radiante, cargando una caja de cartón adornada con

un gran lazo rojo.

Una caja demasiado grande para un anillo.

Una caja que no se estaba quieta.

—¡Baaaaah!

«Como cabras», se dijo Gloria una vez más. «Están todos como cabras.»

Alguien tiraba de sus vaqueros, como si quisiera arrancárselos por los pies.

—Mmm, ¿Gloria? ¿Te has despertado juguetona?

Un tirón más fuerte fue la respuesta.

—¿Qué pasa, fiera? —Quim se dio la vuelta y un olor intenso y no demasiado agradable hizo que se olvidara de seguir durmiendo—. Ufff, ¿cuánto hace que no te duchas, buhito?

Al abrir un ojo a medias, se encontró con un montón de lana muy cerca de la cara. Pero no era la lana de las chaquetas de Gloria, limpia y suave; era lana sucia, apelmazada y pegada al trasero de un ser vivo que parecía haber decidido que sus vaqueros eran el complemento ideal para su dieta.

—¡Pero, bueno! ¡Quita de ahí, bola de lana! ¡Suéltame!

—¡Beeee! —exclamó la oveja, ofendida.

Quim aprovechó que lo había soltado para ponerse en pie y examinar la situación.

Aunque los cencerros y balidos que procedían del exterior le indicaron que la oveja formaba parte de un rebaño, dentro del pequeño refugio de pastor no había ninguna más.

—Venga, sal con tus colegas. Aquí no hay nada que comer. Yo estoy correoso ya, y si pretendes comerte mi bocadillo, vas a tener que pasar por encima de mi cadáver.

La oveja lo miró como si estuviera planteándose.

—Tenemos malas pulgas, ¿eh?

A Quim le pareció que el animal le dirigía una mirada irónica.

—¿Qué me estás queriendo decir? ¿No me digas que tienes pulgas? ¿Y qué demonios has estado haciendo antes de que me despertara? ¿Me has frotado ese culo peludo por la cara, bestia inmundita? —Quim empezó a rascarse. De pronto, le picaba todo—. Mira, tú quédate si quieres, bicho del demonio, pero ¡yo me largo de aquí!

Se puso la mochila a la espalda, cogió la bici y salió al campo. Sólo cuando se encontró con un pastor que llevaba un bastón más grande que él

entre las manos, recordó que era un viajero furtivo y que, como no tuviera más cuidado, nunca llegaría junto a Gloria.

—¿Es suyo el refugio?

—Ajá.

—Perdón, no quería molestarlos, ni a usted ni a su amiga. —Señaló la baja edificación de piedra que no tenía puerta ni ventanas, sólo un hueco para entrar y un agujero en el techo para que saliera el humo de la hoguera.

—¿Qué estás diciendo, chaval? ¿Me estás acusando de tener una relación inapropiada con Merceditas?

—¿Merceditas?

Reconociendo su nombre, la oveja salió, balando alegremente.

—No lo acuso de nada, vamos, ni se me ha pasado por la cabeza. Qué tontería, ja, ja, ja. —Quim tragó saliva porque la expresión del pastor cada vez era más alarmante.

—¿Qué pasa? ¿Te parezco feo? ¿Crees que Merceditas nunca se fijaría en un hombre como yo?

—¡No, por Dios! Pero, ¿qué dice? Es usted un hombre muy... apuesto y varonil.

El pastor frunció el ceño, haciendo que las dos pobladas cejas se convirtieran en una sola.

—¿Me estás haciendo proposiciones deshonestas, joven?

Quim tenía la sensación de seguir durmiendo y de estar dentro de una pesadilla. Cada vez que abría la boca, la situación empeoraba. No le extrañaría nada que el pastor le propusiera un trío con Merceditas de un momento a otro. Había llegado el momento de dejarse de palabras y pasar a la acción.

—¿Qué es eso? —Señaló hacia el lado contrario y cuando el pastor se volvió, echó a correr, arrastrando la bici.

—¡Eh! ¿Adónde crees que vas? ¡Delincuente, okupa, voy a avisar a la Guardia Civil! ¡No llegarás muy lejos!

—¡Mierda! —Quim echó a correr río arriba. El problema era que no sabía qué río era. Todos los ríos de montaña de la zona se parecían, pero no todos llevaban al valle del Risco.

Pasados unos minutos, cuando el balido de las ovejas quedó atrás, se detuvo un momento a consultar el navegador del móvil, pero no pudo consultar ni la hora, porque se le había acabado la batería.

—¡Mierda! —repitió—. Miró a su alrededor, tratando de situarse. El sol estaba en lo alto del cielo. Se había acostado de madrugada, así que debía de haber dormido unas seis horas, pero no tenía sueño. El encuentro con el pastor lo había espabilado más que una ducha.

Se acercó al río para lavarse un poco, y el contacto con el agua le hizo recordar las duchas que había compartido con Gloria. Alzó la vista hacia las cimas de los Pirineos que separaban España de Francia. Por alguno de aquellos collados debió de pasar su abuelo, cargado de miedos y esperanza.

—Espérame, Gloria —murmuró—. Volveré, te lo prometo.

Se secó las manos en los vaqueros y con la cara aún mojada, reemprendió el camino, sin atreverse a poner un pie en la carretera hasta que la oscuridad volvió a cubrirlo con su manto.

Tras otro día de trabajo, Gloria estaba viendo el telediario de la noche abrazada a su nueva compañera de piso: la cabrita que le había regalado Ramiro. Al principio se negó a aceptarla, pero cuando el cabritillo la miró a los ojos, como rogándole que lo salvara del hambretón que tenía pinta de poder comérsela en dos bocados, estuvo perdida.

Ahora, además de tener que formarse en albañilería y otras ramas de la construcción, debía aprender cómo se cuidaba a una cabra, pero no le importaba. Le encantaba aprender cosas nuevas y la cabrita le hacía mucha compañía.

—Eres mucha mejor influencia que Águeda, Pilara y Guayén —le dijo, acariciándole la cabeza—. Cada vez que quedamos, acabamos dándole al pacharán de mala manera —le confesó, con una sonrisa irónica.

En la tele hablaban del director del Centro de Coordinación de Emergencias y Alertas Sanitarias, que había ofrecido la rueda de prensa habitual desde el palacio de la Moncloa. El presentador comentaba que las redes sociales habían sacado punta al momento en que el director había sufrido un ataque de tos y al ver las caras alarmadas de los periodistas, había aclarado que se había atragantado con una almendra que se había comido antes de empezar a hablar.

Gloria se aguantó la risa. Le gustaba oír hablar a ese hombre de pelo ensortijado y gris, como sus argumentos. En un mundo en que todo era blanco o negro, el gris era tan poco habitual como necesario para la convivencia. Al escucharlo, tenía la sensación de estar ante alguien que había visto mucho sufrimiento en el mundo y había aprendido a tolerar y a buscar refugio en el humor para seguir viviendo. Le recordaba a un cura o a un sabio de la tribu.

Cuando desde la pantalla el epidemiólogo preguntó a los periodistas si tenían más preguntas, ella no pudo contenerse y levantó la mano:

—Gloria Ariza, para El Risco Confidencial. ¿Podría decirme si cree que Quim volverá en esta fase?

—¡Baaaah!

—No seas así —lo defendió, frotando la cabeza de la cabrita sin nombre con la nariz—. No lo conoces.

—¡Baaaah!

—No me estás animando. Te voy a llamar Gruñona como sigas así.

Quim se sentó con la espalda apoyada en la pared de piedra, respirando rápida y entrecortadamente. Estaba en el puerto del Portillón, uno de los pasos de montaña que unían España y Francia, famoso por ser ruta de contrabandistas en otra época. No era un amplio collado sino un paso angosto, casi una puerta tallada por el hacha de un dios mitológico. Había dejado atrás Los Llanos del Hospital de Benasque y había seguido ascendiendo hasta llegar a la frontera, sorteando los controles policiales repartidos a lo largo del valle del Ésera.

El ascenso lo había dejado agotado, ya que iba arrastrando o cargando a cuestas la bicicleta de montaña, más pesada que una de carretera. A ratos se imaginaba que era un caballo, su fiel compañero de aventuras y la llamaba Jolly Jumper, como la cínica montura de Lucky Luke.

Había ido racionando el bocadillo que le preparó Rita y no se había atrevido a entrar en ninguna de las localidades por las que pasó para

avituallarse. Tenía miedo de que la policía lo interceptara y lo enviara de vuelta a Barcelona.

Sin embargo, al pasar por el santuario de Guayén, vio que alguien había dejado bolsas de comida junto a la fuente del abrevadero y sintió un agradecimiento tan grande que se le saltaron las lágrimas. Allí mismo engulló un plátano y siguió su camino hacia el Portillón. Tenía miedo de encontrarlo cerrado y de tener que buscar un paso alternativo, todavía más peligroso, que lo obligara a dejar abandonada a Jolly Jumper, pero tuvo suerte y no se encontró con nadie.

Las piernas le pesaban como si fueran de mármol. Emocionado, contempló el precioso paisaje de las Maladetas. Estaba convencido de que pronto se encontraría un remedio contra el virus y podrían volver a circular libremente, pero no pudo evitar sentir un nudo en el estómago pensando en esos hombres, mujeres, ancianos y niños que estuvieron justo en ese mismo lugar, contemplando la tierra que los había visto nacer sin saber si volverían a poner el pie en ella.

Como su abuelo, con quien cada vez se sentía más identificado.

No podía permanecer sentado mucho rato o se le enfriarían los músculos. Rápidamente se comió un trozo de pan con queso y se dispuso a emprender el descenso, más peligroso que la ascensión y más con el mamotreto que cargaba. Entre el manto de nubes que cubría el país vecino, junto a unos lagos, vio un refugio de montaña. ¿Estaría guardado? ¿Dispondría al menos de una zona abierta donde poder descansar unas horas antes de proseguir su camino hacia el oeste?

Al sur quedaba Barcelona, donde lo llamaban el francés, el franchute o el gabacho. Al norte, Créteil, donde lo llamaban el español. Nunca se había sentido en casa... hasta que lo encerraron en un pueblo que parecía estar colgado de un risco, a caballo entre los dos países. Y contra toda lógica, allí había encontrado su hogar, su nido.

—Vamos, Jolly Jumper. Buhito nos espera.

—Rrruuuuu, rrrrruuuuuuu, curruuuuuu, curruuuuu...

Gloria se encontraba en ese universo paralelo que existe entre el sueño y la vigilia, cuando los ruidos de la vida real se cuelan en las ensoñaciones, creando situaciones incomprensibles.

Mientras alguien daba martillazos no muy lejos de allí, se vio bajando la escalera de la casa helada, vestida con el camisón de su abuela. Un malhumorado y desconocido Quim le preguntaba si era la niña del exorcista y si formaba parte de una *scape room* rural. Un principio poco prometedor para una historia que sólo podía mejorar. El desconocido se acercó lentamente y la empotró contra la pared de la cocina mientras los vecinos tapiaban puertas y ventanas.

—Quim —susurró, gimiendo, mientras se daba la vuelta en la cama.

—¡Baaah!

—No te pongas celosa, a ti también te quiero.

—¿Me quieres, buhito? —le susurró Quim al oído.

Durante unos momentos, Gloria no supo si volvía a tener fiebre, si estaba soñando o si el jefe del Papa Francisco le ofrecía un nuevo capítulo de la serie *2020*, una superproducción internacional tan variada e intensa como *La casa de papel* y con giros igual de inesperados.

Con cautela, por miedo a despertarse del todo y encontrarse con que el dueño de la voz sexy había desaparecido, se volvió hacia la puerta con un ojo medio abierto.

—¿Eres tú de verdad?

—¡Baaaah!

—Rrruuuuu, rrrruuuuuuuu, curruuuuuu, curruuuuu...

Gloria gruñó al ver que la cabra estaba junto a la ventana, charlando animadamente con el palomo, pero que no había ni rastro del que había pensado que era el amor de su vida.

—¡Ingenua, ilusa, ababol de secano! —se reprendió—. Déjate de amores, que no está el año para ñoñerías. Lo que hay que hacer es arrimar el hombro para salir de ésta cuanto antes.

Poco después, estaba desayunando de pie, apoyada en el marco de la puerta de casa, con la mascarilla colgando del cuello y lista para la jornada de trabajo.

—Ya te vale, Santos. Me dijiste que el palomo no volvería.

El anciano se encogió de hombros.

—Te ha cogido cariño. Qué culpa tengo yo.

Águeda, sentada en el banco, alimentaba a la cabrita con un biberón. Al principio, Gloria no había visto nada claro lo de convivir con el animal, por muy adorable que fuera, pero ése parecía ser el año de los hechos consumados. La vida le había arrebatado a Alejandro, le había dejado a Quim en la casa como si fuera una apetitosa pizza a domicilio y se lo había vuelto a llevar como si alguien se hubiera dado cuenta de que lo habían entregado en el lugar equivocado.

Si siguiera en la ciudad, ni se le ocurriría tener una cabra en casa, pero en el pueblo era distinto. Pilara se había ofrecido a ayudarla, Guayén había empezado a tejerle un jersey y Águeda no había dicho nada, pero se presentó por la noche con un biberón y esa mañana había hecho lo mismo.

—Si la cabra es mía, ¿no debería darle yo el biberón, Águeda? —preguntó, mojando un trozo de torta del valle en el tazón de café con leche.

—Tuya, mía... Es un cabritillo de La Munia —replicó la arisca mujer, que no tenía ninguna intención de soltar al pequeño.

—¿Es macho o hembra?

—No es un choto, no —respondió Santos—. No tiene cuernos.

—Mejor, no quiero meter más hombres en casa. —Gloria mordió la torta con saña.

—Si el nieto de Quino vuelve, ¿no lo dejarás entrar? —preguntó Francho, que la esperaba para ir a trabajar.

Gloria negó con la cabeza, decidida.

—Ni hablar. Si quiere vivir en el pueblo, tiene su casa.

Águeda la miró de reojo, en silencio.

Santos abrió la boca, pero volvió a cerrarla y señaló hacia la parte alta de la carretera que cruzaba la plaza.

—Pues se acerca un forastero enmascarado arrastrando su vehículo. ¿A quién te recuerda, Francho?

Apoyado en su bastón hecho de rama de cerezo, éste ladeó la cabeza antes de responder:

—Me recuerda a un joven que llegó de la ciudad hace poco y al que tuvimos que encerrar en la casa Santacana para que pasara la cuarentena.

Gloria, que había mojado otro trozo de torta en la leche, la dejó suspendida en el aire, sin atreverse a volver la cabeza.

—Pero no debe de ser el mismo, porque éste viene de las montañas —comentó Santos.

Poco después, Quim llegó ante la casa. Gloria, que tenía los ojos clavados en el suelo, fue alzando la mirada, recorriéndolo de abajo arriba: zapatillas de trekking, vaqueros polvorientos y rotos por los bajos, camiseta sudada y una sonrisa que se adivinaba radiante detrás del pañuelo negro que le cubría media cara, haciéndolo parecer un forajido en un western. Un forajido peculiar, con el pelo recogido en un moño, que se presentó diciendo:

—Tu pedido especial, recién llegado de la ciudad y entregado a domicilio.

No había pasado ni una semana desde que se fue, pero Gloria lo vio cambiado. Parecía más delgado y tenía los pómulos más prominentes, pero no era eso.

«Son sus ojos.» La estaba mirando como si acabara de cruzar el Atlántico y estuviera viendo al fin tierra firme. «No te dejes embaucar. Todos los bandoleros son iguales. Apasionados cuando llegan, pero nunca se quedan.»

—Te has equivocado de casa. Yo no he pedido nada, así que ya puedes devolvérselo a Marta o a quien quieras.

Francho y Santos, notando la tensión en el ambiente, retrocedieron muy despacio mientras Águeda abrazaba al cabritillo.

Quim dejó caer la bici al suelo y se plantó ante ella, con los brazos algo separados y las manos a la altura de las caderas.

La torta eligió ese momento para caer sobre el café con leche, salpicándole la cara a Gloria, que estaba tratando de hacerse la digna, mientras fulminaba a Quim con la mirada.

—La madre que... —murmuró ella, cerrando los ojos y secándose con el dorso de la mano.

Quim se movió tan rápidamente que, cuando ella quiso darse cuenta, le había arrebatado la taza, la había dejado sobre el banco corrido y había vuelto a plantarse ante ella, un poco más cerca.

—Quim, ¿qué quieres? No puedes estar yendo y viniendo cuando te dé la gana sin avisar. Esto no es un refugio de montaña.

—Esto será lo que tú quieras que sea, Gloria. He ido a cortar los lazos con la ciudad, porque quiero quedarme aquí. Y quiero compartir esta nueva vida a tu lado.

Estaban todos tan pendientes del culebrón que no oyeron acercarse el todoterreno descubierto del alcalde, que se detuvo a poca distancia. Pilara y Guayén salieron de sus casas y se acercaron al mismo tiempo que Ramiro.

—Hombre, Quinito, has vuelto —exclamó Ramiro, dirigiéndole una mirada asesina.

—Mi nombre es Quim y he vuelto porque echaba de menos a Gloria. Aunque estaba tranquilo porque sabía que tú le darías todos los mensajes que te he ido dejando para ella, ¿verdad?

—¿Mensajes? ¿Qué mensajes? —Gloria frunció el ceño—. Sólo me dijo que Marta te había llamado y habías salido corriendo tras ella. Ah, y que debía aceptar su proposición y convertirme en primera dama del valle.

Quim miró de reojo a Ramiro, que se revolvía inquieto en el sitio.

—Yo nunca diría esa gilipollez.

—Me extrañó, la verdad —admitió Gloria—, pero el caso es que te largaste. Sin despedirte. Y los hechos hablan más alto que las palabras.

—No me largué; fui a interceptar a Marta. Me dijo que estaba en Barcelona, de paso, y quería alcanzarla antes de que volviera a escaparse.

—Entiendo que necesitaras poner un cierre más bonito a vuestra historia, pero...

—Ni cierre, ni porras. Lo que necesitaba era su firma para clausurar el crédito y la cuenta conjunta que teníamos en el banco. Marta es una estafadora profesional, no quería vivir con esa amenaza constante.

—Oh, eso no es lo que me contaste, Ramiro.

—Yo...

—Y supongo que tampoco le diste el resto de mis mensajes.

—¿Qué mensajes?

—Te llamé todos los días, pero no tienes cobertura. Hablé con Ramiro y le pedí ayuda para poder volver en autocar. La policía no me dejaba salir de la ciudad por el confinamiento y le pedí que me enviara por mail un certificado de empadronamiento, un permiso de trabajo, lo que fuera, para que me dejaran venir, pero se negó.

Gloria miró a Ramiro con los ojos muy abiertos, y Quim sintió celos; quería todas sus miradas de buhito para él.

—¿En serio, Ramirín? —le afeó Santos—. Si no nos ayudamos entre nosotros, ya me dirás.

—¿Y por qué iba a enviarle nada? No está empadronado en el pueblo.

—Aún no, pero lo estaré, te guste o no —replicó Quim.

—No te dejes convencer por sus palabras —contraatacó el alcalde—. Te dirá lo que sea para convencerte de que te quiere, ¡pero en realidad lo único que le interesa es meterse en tu cama!

Esta vez, cuando Gloria se volvió hacia Quim con los ojos muy abiertos, él sonrió debajo de la máscara improvisada, y ella quiso besarle las arruguitas que se le formaron en las sienes.

—No lo dudes, buhito. Quiero dormir en tu cama todas las noches. Me he vuelto adicto a dormir abrazado a tus camiones de ama de llaves de Rebeca, con la cara hundida en tu pelo de colores.

Alguien suspiró. Tal vez Guayén, aunque también podría haber sido Santos.

—Me gustaría empadronarme contigo y compartir contigo todas las cuarentenas que nos traiga la vida. —Quim se acercó un poco más, con la intención de acariciarle la cara, pero Ramiro lo agarró del brazo y lo apartó bruscamente.

—¡No lo escuches, Gloria! Tú y yo teníamos un acuerdo; tenemos hasta un ser vivo en custodia compartida —exclamó, señalando al cabritillo.

Quim se volvió hacia Águeda, que tomó la pata delantera de la cabra y lo saludó con ella.

—¡Hola, pequeña! —Le devolvió el saludo—. ¿Eres pariente de Merceditas?

—¿Quién es Merceditas? —preguntó Gloria, con el ceño fruncido.

—Una hembra muy fogosa que me despertó hace unos días. Me quería arrancar los vaqueros. —Levantó un pie, mostrándole el destrozo—. ¿Te lo puedes creer?

«Oh, sí. Me lo puedo creer.» Gloria carraspeó y sacudió la cabeza.

—¿Estás celosa de una oveja, buhito? —Quim volvió a acercarse, la sujetó por la nuca y la besó con ternura, sin quitarse el pañuelo—. No estés celosa —murmuró—. Te has colado en mi corazón y no hay sitio para nadie más, ni mujeres, ni ovejas, ni cabras.

—Besos robados y palabras bonitas, eso es todo lo que te dará —insistió Ramiro, a la desesperada—. ¿Vas a renunciar a una propuesta de matrimonio por cuatro besos mal dados? Seguro que tu amante bandido no te pide que te cases con él.

—No me ha parecido que besara mal —opinó Guayén.

—Aunque el pañuelo no ayuda —comentó Águeda.

—No ayuda —corroboró Pilara, negando con la cabeza.

—No, no voy a pedirte que te cases conmigo —replicó Quim, y Gloria sintió algo parecido al desencanto, lo que no tenía sentido ya que ella no quería casarse.

—¡Ja! ¿Lo ves? ¡Te lo dije! —exclamó Ramiro, satisfecho.

—Y no voy a pedírtelo porque acabamos de conocernos y no quiero que me tomes por loco —recalcó la última palabra mientras miraba al alcalde de reajo—, pero me casaré contigo cuando tú me lo pidas.

—Oh. —Gloria lo miró con sus preciosos ojos redondos y él se los cerró con dos besos.

—No sé qué traerá el futuro en este mundo tan desquiciado, pero sé que el día que me pidas que sea tu marido me harás un hombre feliz.

La sonrisa radiante de Gloria dejó a Ramiro sin argumentos ni ganas de seguir luchando.

—No te lo pienses mucho, niña, que ya estamos viejos y nos gustaría ir de boda —la animó Pilara—. ¿A que sí?

Gloria miró a su alrededor y vio que todos sonreían ilusionados, todos menos Ramiro.

—Podríais casaros en el Pilar —propuso Águeda.

—O en Montserrat —opinó Guayén—. Una cuñada mía se casó allí con un catalán y fue muy bonito.

—No —replicó Gloria con decisión—. Acabo de verme entrando en una iglesia del brazo de Ramiro. —Al ver que el alcalde le dirigía una mirada esperanzada, alzó la mano—. Como padrino. Quien me espera al pie del altar es él. —Señaló a Quim, que soltó el aire que había estado conteniendo—. Y la iglesia en la que entro es la del pueblo. Cuando me case, lo haré aquí, en La Munia, al pie del Risco. Y os necesito a todos para hacerlo posible.

—A mí no me necesitas para nada —replicó Ramiro, herido en su orgullo—. Puedes entrar del brazo de cualquier otro.

—Te equivocas. Te necesito, Ramiro; te necesitamos todos. Juntos podemos devolverle al valle la vida que nunca debió perder.

Quim se acercó al alcalde y se lo llevó un par de metros aparte, mientras el resto de habitantes de La Munia abrazaban a Gloria y el cabritillo trataba de comerse un peón del tablero de ajedrez.

—¿No pretenderás que te felicite, no, Quino?

—Quim. Y no, no pretendo que me felicites. Sólo quiero que Gloria pueda hacer realidad su sueño. Y si se ha visto entrando en la iglesia de tu brazo, eso tendrá.

—Muy seguro te veo.

—No puedo obligarte, pero si puedo hablarle a Gloria de Rita.

Ramiro se atragantó y Quim le dio unas solidarias palmaditas en la espalda, aunque tal vez se le fue un poco la mano con la solidaridad, porque el alcalde casi acabó en el suelo.

—No sé de qué me hablas.

—Sí lo sabes. Yo voy a encerrarme en casa de Gloria y voy a pasar allí quince días. Aunque hablar no va a ser mi prioridad, sí que pienso contarle todo lo que he hecho durante mi ausencia. Y eso incluye mi paso por el club de Rita, que me hizo unos bocadillos de atún que me salvaron la vida y me dio recuerdos para ti. De ti depende que mencione esa última parte o me lo calle para siempre.

Ramiro, que podía concebir la vida sin Gloria, pero no sin su carrera política, resopló y le ofreció la mano.

—Cállatelo para siempre. Bienvenido al pueblo, vecino.

—Muchas gracias, alcalde.

Sonriendo, Quim se volvió hacia los demás.

—Águeda, ¿puedes encargarte de la cabra unos días?

—¡Claro!

—Guayén, ¿puedes guardar la bicicleta en el patio? Debo ocuparme de algo urgente.

—Cuenta con ello, hijo. Por curiosidad, ¿esta bicicleta funciona? Siempre te veo arrastrándola. Me recuerdas a tu abuelo. Ramiro me contó la anécdota de cuando llegó al pueblo arrastrando la moto con sidecar...

—Lo hablamos otro día, Guayén, te lo prometo. Francho, Santos, ¿podéis traer hasta la puerta los tablones que usasteis la otra vez para cerrar puertas y ventanas? —preguntó, mientras se acercaba a Gloria con una expresión digna del asaltante de una diligencia—. Yo me encargo de cerrarlas esta vez. —Agachándose, se la cargó al hombro y ella soltó un grito mientras se agarraba a su espalda—. Desde dentro.

—¡Quim! ¡Ni se te ocurra! No puedes dejarme encerrada otra vez —protestó ella—. ¡Tengo un pueblo que reconstruir!

Pero él no le hizo caso.

—Abuelo, abuela —saludó, al pasar frente al aparador—. Gracias por cuidar de Gloria, pero ya no hace falta. —Subió la escalera sin soltarla y, mientras le acariciaba las nalgas, se dijo que era mucho más agradable de transportar que Jolly Jumper—. He vuelto a casa y no pienso marcharme nunca más.

Al llegar a lo alto de la escalera, se metió en la que había sido habitación de los abuelos de Gloria, pero que tras el primer confinamiento se había convertido en la habitación de Quim. Esperaba que, tras el segundo confinamiento, se hubiera convertido ya en la habitación de los dos.

La soltó sobre la cama, donde cayó rebotando.

—A partir de ahora yo me encargo de cuidar de ti.

—No estoy enferma.

—¿No?

—No.

—¿No sientes mucho calor? —insistió él, levantándose unos centímetros la camiseta.

Gloria tragó saliva al ver su torso no excesivamente musculado, pero sin una gota de grasa.

—Estoy mejor que nunca.

—Pues en ese caso, cuida tú de mí. —Quim se tumbó boca arriba a su lado y Gloria no se lo pensó dos veces y se sentó sobre él.

—¿Estás malito?

—Destrozado. No sabes lo que ha sido venir desde Barcelona por caminos, de noche, escondiéndome de la policía, cruzar los Pirineos dos veces

—¿Dos veces?

—Me equivoqué de valle y tuve que recorrer parte del camino por Francia, con Jolly Jumper a cuestas...

—¿Jolly Jumper?

—Otro día te lo cuento.

Ella le acarició el pecho mientras se mecía sobre sus caderas. Inclinandose muy lentamente sobre él, le hundió la cara en el cuello y sintió una gran satisfacción al reconocer el olor que tanto había echado de menos.

—Me habrás traído algo de Francia, ¿no? ¿Queso, chocolate?

—Gloria bendita —murmuró él, hundiendo la cara en su pelo—. No, sólo tenía una cosa en la cabeza.

—¿Cuál?

—Ésta. —La sujetó por la cintura y la acarició con los pulgares—. Llegar aquí, estar así, contigo.

—Pues ya estás aquí. —Gloria se incorporó y le dirigió una mirada traviesa—. ¿Harías cualquier cosa por mí?

—Lo que sea —respondió él, sin dudar.

—Pues usa ese pañuelo para taparte los ojos mientras me desnudo.

Él obedeció, pero antes de cubrírselos Gloria pudo ver el brillo del deseo en ellos.

Ella le desabrochó los vaqueros y, deslizándose sobre sus piernas, se los bajó hasta los tobillos. Aguantándose la risa, se levantó y fue hasta la puerta de puntillas. Desde allí, le dijo:

—¡Pues pasa aquí la cuarentena tú solo!

—¡Gloria! —Él trató de levantarse al mismo tiempo que se quitaba el pañuelo y sólo logró caerse de lado sobre la cama, con el pañuelo cubriéndole un ojo, como si fuera un pirata—. ¡Gloria, maldita sea!

—¿En qué quedamos? —Su risa le llegó desde la escalera—. ¿Soy Gloria bendita o Gloria maldita?

—La madre que la...

—Anda, asómate al ventanuco.

Quim se subió los vaqueros, pero no se los abrochó. Refunfuñando, salió al distribuidor y se asomó al ventanuco. Gloria estaba en la calle con los brazos en jarras. Su mirada decidida le recordó a la de una pionera del oeste, dispuesta a conquistar tierras vírgenes.

—Me alegra mucho verte, pero no me he pasado llorando los días que estuviste fuera, ni pienso pasarme quince días haciéndote compañía sólo porque tú decidiste irte a la ciudad sin consultármelo y sin despedirte. He descubierto que no necesito un hombre a mi lado para disfrutar de la vida y no sólo eso. He descubierto mi vocación: pienso pasarme el resto de mi vida reconstruyendo este valle.

—Pe, pero Gloria...

—Ponte cómodo en la casa, y date una buena ducha, que falta te hace.

—Pensaba que nos la daríamos juntos —protestó él.

—Todo llegará. Puedes volver a colgar la cesta de la cuerda; luego vendré a comer contigo. Yo en el banco y tú en el ventanuco, por supuesto. —Le guiñó el ojo—. Estas dos semanas las pasaré en otra casa, donde me quieran.

—Mientras no sea con Ramiro —refunfuñó él.

—Nuestros abuelos ya no están aquí por el maldito virus, y Ramiro padre nos dejó porque le falló el corazón, pero no quiero perder ni un abuelo más.

Quim suspiró.

—Voy a buscar el calendario para marcar los días. —La señaló con el dedo—. Y cuando esta nueva cuarentena acabe... prepárate, Gloria Ariza.

—Nací preparada, Quim Guallart, pero ha tenido que venir una pandemia mundial para darme cuenta.

Él se apoyó en el ventanuco y le dirigió una sonrisa.

—¿Me regalarás una rosa?

—¿No prefieres arroz con leche? —respondió ella, con una sonrisa más luminosa y alegre que cualquier flor.

—Tú sí que sabes lo que quiere oír un hombre.

—¿Te acuerdas de cuando vine a buscarte con la moto del alcalde? Te hacía tanta ilusión montar en el sidecar que la... tomé prestada un rato.

—¿Cómo olvidarlo? Llegaste arrastrándola, como tu nieto hace un rato. ¿Es cosa de familia?

—Se acabó la gasolina por el camino. Tuve que hacer la mitad de la cuesta con el maldito trasto a rastras.

—Pero me diste mi vuelta... cuesta abajo.

—No te rías.

—Y al llegar abajo, te esperaba la Guardia Civil para llevarte al cuartelillo.

—En peores sitios he estado.

—Lo sé, y lo siento.

—Y yo siento no haber podido ofrecerte nada más.

—Ese paseo en sidecar fue de las cosas más bonitas que me pasaron en la vida.

—Te merecías mucho más, y yo no tenía nada que ofrecerte, sólo una vida de pobreza y peligro.

—No quería nada. Sólo a ti. Habría cruzado las montañas a pie, descalza, por estar contigo.

—¿Podéis parar un rato? Me estáis haciendo llorar.

—Perdona, Ramiro.

—Perdona, Renacuajo.

Epílogo

La Munia del Risco, septiembre 2020

Sentada frente al columbario donde reposaban al fin las cenizas de Quino Guallart y de Gloria Santacana, una nieta charlaba con su abuela en voz baja. El sol empezaba a ocultarse tras el collado, pintando el cielo con una paleta de rojos y violetas. Cada atardecer era distinto, aunque todos la llenaban de paz.

Habían pasado cuatro meses desde que Quim llegó al pueblo por segunda vez, cuatro meses de una luna de miel que parecía no tener fin. Gloria seguía encantada con su actividad constructora, tanto que se había planteado apuntarse a un curso a distancia, pero la falta de conexión a internet era un problema. Además, sabía que unas clases no la ayudarían tanto como solucionar los problemas que se presentaban en cada obra. Tenía la sensación de que, con cada muro, suelo o tejado que reparaba, recomponía también parte de su alma.

Por eso se había puesto en contacto con la psicóloga que la atendió cuando los ataques de ansiedad la atacaron con fuerza en el pasado, para contarle su mejoría y proponerle el pueblo como destino temporal de pacientes con problemas similares. Los primeros habían llegado ya gracias a la colaboración de Ramiro, que apoyaba todo lo que pudiera darle más vida al valle.

Desde su llegada a La Munia, Gloria no había vuelto a sufrir ningún ataque de ansiedad. Cada vez que surgía un problema, lo solucionaban entre todos. No estaba sola. Quim nunca se alejaba demasiado; Águeda, Pilara y Guayén eran como de la familia; con Francho trabajaba todos los días y Santos no perdonaba su rato de ajedrez, ya fuera con Quim o con ella.

Acarició la cabeza de Bendita, la cabra que se ocupaba de mantener el camposanto libre de malas hierbas. Vivía en el patio, aunque durante el día le dejaban la puerta abierta y rondaba a sus anchas por el pueblo. Tras mucho discutir, Quim y ella habían acordado ponerle ese nombre; básicamente para compensar, ya que Santos murmuraba «Maldita cabra»

cada vez que la veía. Desde que llegó a sus vidas, habían tenido que guardar el ajedrez dentro de la casa, en un lugar elevado, para que Bendita no los dejara sin peones. De hecho, el tablero con la partida a medias ocupaba el lugar de honor de la casa, el mismo sitio donde habían permanecido las urnas de Gloria y de Quino hasta que las trasladaron al columbario. Quim le había preguntado por qué no guardaba el tablero en su casa, y se había ofrecido a pasarse por allí cada día, pero el anciano no había querido. Tras muchos años jugando solo, no cambiaba por nada la satisfacción de poder charlar con gente joven un rato cada día.

—¿Has visto cómo ha crecido Bendita, abuela?

Unos pasos que Gloria reconocería en cualquier parte se acercaron por la espalda.

—Aquí estás. —Quim plantó un beso en la cabeza de Gloria antes de sentarse a su lado en el banco que habían construido juntos.

Ella sonrió al ver que él tenía que estirar bastante las piernas al frente, recordando la discusión que habían tenido sobre la altura del banco. Para Quim era obvio que tenía que ser más alto, pero Gloria protestó. No llegaba al metro sesenta y odiaba que le quedaran las piernas colgando cuando se sentaba en un banco público.

«¡No pienso hablar con mi abuela como si fuera un periquito colgado de un columpio!»

—¿Qué tal? —le preguntó ella—. ¿Novedades en el proyecto? —Ramiro y la psicóloga de Gloria estaban trabajando para resolver algunos temas burocráticos.

—Sí, pero Ramiro me ha hecho prometerle que no te diré nada. Quiere ser él quien te ponga al día mañana —respondió, poniendo los ojos en blanco—. Sigue queriendo impresionarte.

Gloria se volvió hacia él, se montó sobre su regazo y le dirigió una sonrisa peligrosa.

—Pero tú me lo vas a contar, ¿verdad? —le preguntó dulcemente, rodeándole el cuello con los brazos.

—Y si no te lo cuento, ¿qué me harás? —replicó él, sujetándola por las caderas.

Ella le dio una palmada en la mano.

—Ni se te ocurra montar un numerito delante de los abuelos.

—Perdona, mona, pero eres tú la que te has encaramado al árbol.

—¡Oh! ¡Pero mis intenciones eran totalmente castas! Sabes que yo nunca emplearía esos trucos para conseguir lo que quiero.

Él alzó una ceja.

—¿No? Y a lo de usar la lencería que nos trajimos de tu casa cuando fuimos a vaciar tu piso de Barcelona, ¿cómo lo llamas tú?

—Lo llamo ponerse ropa interior —respondió ella, muy digna—. Es una costumbre muy higiénica.

—Lencería de raso negra con transparencias, una gabardina encima y nada más. «Higiénica» no es la primera palabra que me viene a la mente.

—Tenía una espinita clavada con el tema de la gabardina... Y quería quitármela.

—Y te la quitaste...

—Me lo quitaste tú todo, bruto, con los dientes. No hacía falta que lo destrozaras. Podríamos haberlo usado otro día.

Él le deslizó los dedos por debajo del jersey fino y le acarició la espalda.

—Oh, sí. Era necesario y totalmente justificado. ¿A que sí, abuelo?

Gloria le tapó la boca con la mano.

—Sshhh, que te van a oír. Y no mientas. Ese día no quería convencerte de nada; sólo quería seducirte.

Quim se echó a reír y le mordió el dedo corazón.

—Te diría que para seducirme sólo necesitas respirar, pero no quiero coartar tu creatividad. Sorpréndeme siempre que quieras. —Le dio una palmada en la nalga—. ¿Para qué querías que viniera aquí? ¿Has añadido algún detalle al columbario?

—No, quería presentar a Mafalda a los abuelos. —Gloria volvió a ocupar su lugar junto a Quim, que la miró con el ceño fruncido.

Uno de los nombres que barajaron para la cabrita fue el de Mafalda. A los habitantes de La Munia les costaba llamar a Quim por su nombre. La tradición pesaba mucho y les resultaba más fácil llamar Quinito al nieto de Quino. A él no le molestaba, lo hacía sentirse más cerca de su abuelo, pero estaba orgulloso de su nombre y lo defendía. En cualquier caso, mientras discutían sobre si ponerle a la cabra Carlota —propuesta de Gloria— o Les —propuesta de Quim para llamarla Cabra Les, como el queso— había salido el nombre de Mafalda, por el personaje del comic de Quino.

—¿Mafalda? Pero si acordamos llamarla Bendita. ¿Has cambiado de idea?

—No, no he cambiado de idea. —Inspiró hondo antes de añadir—: Quim, te presento a tu hija; abuelos, os presento a vuestra bisnieta —Se llevó la mano al vientre.

Quim sintió que la sangre se le retiraba de la cabeza, le bajaba hasta los pies y volvía a ascender en un tsunami arrollador que le dejaba la cabeza dando vueltas.

—¿Quim? —Gloria se volvió hacia él y le apoyó la mano en la frente—. ¿Te encuentras mal? ¿Tienes fiebre? ¿Te has vuelto a contagiar del bicho?

—Gloria... —Quim carraspeó—. Cuando te he dicho que me sorprendieras siempre que quisieras...

—Tampoco te sorprendas tanto —replicó ella, molesta—. No fui yo quien salió desbocada del segundo confinamiento; parecías Bendita cuando le abrimos la puerta del patio.

—Pe, pero yo pensaba que querías esperar unos años antes de tener hijos. Cuando salió el tema...

Gloria se puso de pie y lo encaró con las manos en las caderas.

—A ver, Quinito, ¿todavía no te has dado cuenta de que en 2020 no se pueden hacer planes? Las cosas vienen como vienen y ahora ha venido Mafalda. —Se acarició el vientre—. Pequeña, ese tipo tan guapo del banco es tu padre. Un poco lento de reflejos, pero nadie es perfecto. —Alzando la cara hacia él, siguió hablando—. Estoy segura de que serías un gran padre si te dieras la oportunidad, pero tampoco vamos a retenerte aquí por la fuerza. Si te agobias, ya sabes por dónde está la salida. Puedes irte valle abajo o por las montañas. —Quim se puso de pie y se acercó lentamente—. Ni Mafalda ni yo vamos a impedirlo.

—¿Cómo sabes que es una niña? —le preguntó él.

—Lo vi. La vi entrando delante de mí en la iglesia del pueblo. Y también me vi asomada a la ventana de casa llamando a Mafalda. Y no era una cabra precisamente; era una niñita que corría por la plaza llamando a todas las puertas para pedir galletas.

Quim le retiró el pelo de la cara y le acarició la mejilla.

—¿Y tenía los ojos grandes?

El rostro de Gloria se iluminó.

—Como dos lunas llenas.

—Joder, Gloria. —Quim la envolvió en un abrazo apretado y le susurró al oído—: Pensaba que este año iba a ser el peor de mi vida, pero desde que

apareciste no ha hecho más que mejorar. Eres el mejor antídoto, la mejor vacuna.

A ella se le escapó la risa.

—Que no te oigan o vendrán a secuestrarnos a Mafaldita y a mí para vendernos en pequeñas dosis.

Quim se separó un poco y se dejó caer de rodillas ante ella.

—Hola, Mafalda —dijo, apoyando las manos en el vientre de Gloria—. Este tipo lento de reflejos es tu padre. No soy nada del otro mundo ni tengo gran cosa que ofreceros ni a ti ni a tu madre, pero lo que soy, es vuestro. Si me queréis, estaré a vuestro lado hasta el final.

Gloria se dejó caer de rodillas sobre los muslos de Quim y le rodeó el cuello con los brazos.

—Juntos, venga lo que venga, afrontémoslo juntos.

Él asintió.

—Te lo prometo, buhito —susurró.

Le tomó la cara entre las dos manos y la besó, lentamente, porque cuando sus cuerpos se unían, las prisas y ansiedades del mundo perdían el sentido y dejaban de existir. Sólo quedaba el presente, un instante eterno de plenitud y felicidad que había estallado en un chispazo de vida: Mafalda.

A pocos metros de distancia, Quino y Gloria contemplaban la escena, emocionados, no desde el columbario donde reposaban sus cenizas, sino desde un ciprés cercano, donde sus almas habían detenido momentáneamente el vuelo.

—Enhorabuena, bisabuela.

—¿Bisabuela ya? ¿Cómo puede ser? Si parece que fue ayer cuando nació la pequeña Gloria.

—Que sepas que eres la bisabuela más guapa que he visto nunca.

—Tú tampoco estás nada mal, bisabuelo.

—El aire de la montaña, que me sienta bien. Igual que a mi nieto. ¿Cuánto crees que tardarán en darnos un bisnieto?

—No tengas prisa, Quino. Hemos de evitar que Mafalda se meta en líos.

—Madre mía, ¿nos va a tocar hacer de ángeles de la guarda canguros? Me temo que se nos acaba la luna de miel.

—Pues aprovechemos estos meses. ¿Te vienes a ver el valle desde lo alto del Risco?

—Te sigo.

—Siempre dices eso. ¿Seguro que no quieres continuar tu viaje hacia el más allá?

—¿Para qué?

—No sé, por lo del Paraíso y esas cosas...

—¿Quién quiere el Paraíso viviendo en este valle? ¿Tú crees que puede ser mejor que esto?

—Pues lo dudo. Esto es, es...

—Gloria bendita.

—Pues no se te ocurra irte nunca más.

—Nunca más. Estoy en casa; tú eres mi casa.

Próximamente

Si te ha gustado la historia de Gloria y Quim, la serie «Como cabras» continúa con *Blanca y radiante*, la historia de Nadia y Charlie.

A diferencia de muchos de sus compañeros, Nadia nunca ha tenido problemas económicos, pero siente que no pinta nada en el mundo. Cree que tiene el nombre muy bien puesto porque siente que no es nadie, que no es nada y que lo mejor que podría hacer sería desaparecer. Su familia se niega a admitir que en su perfecta familia haya un problema mental, por eso es la propia Nadia quien se apunta al programa experimental que se ha puesto en marcha en La Munia del Risco.

Allí conoce a Charlie, entrenador deportivo, un tipo con una personalidad arrolladora, tramposo y marrullero, incapaz de asumir que pueda equivocarse en nada y aunque no quiera reconocerlo, adicto al juego.

Cuando la psicóloga va de visita meses más tarde, se pregunta si el programa habrá funcionado o si cada loco seguirá con su tema. Ven a comprobarlo. ¡Hay vino, queso del valle y arroz con leche de Pilara!